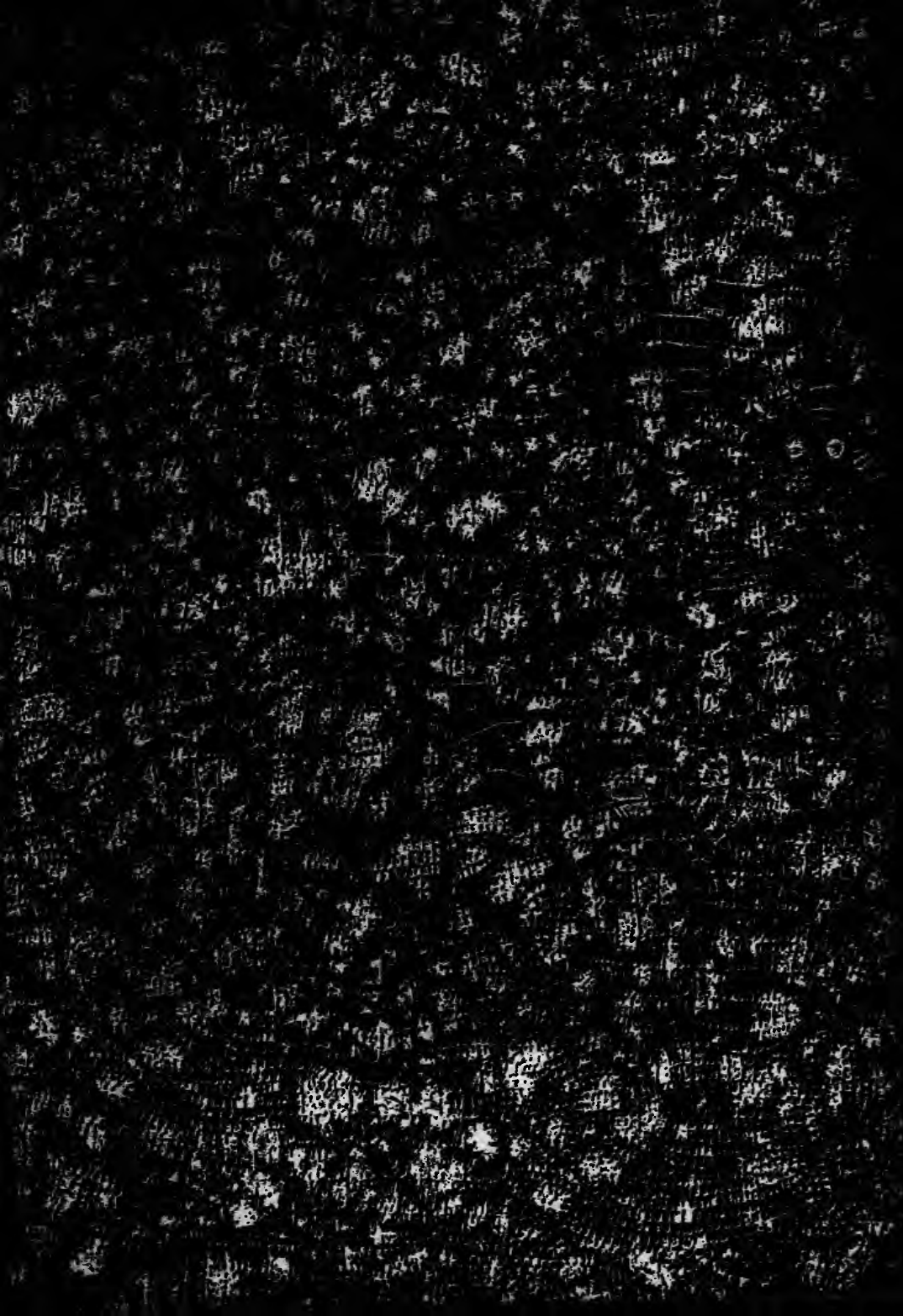


LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF ILLINOIS  
AT URBANA-CHAMPAIGN

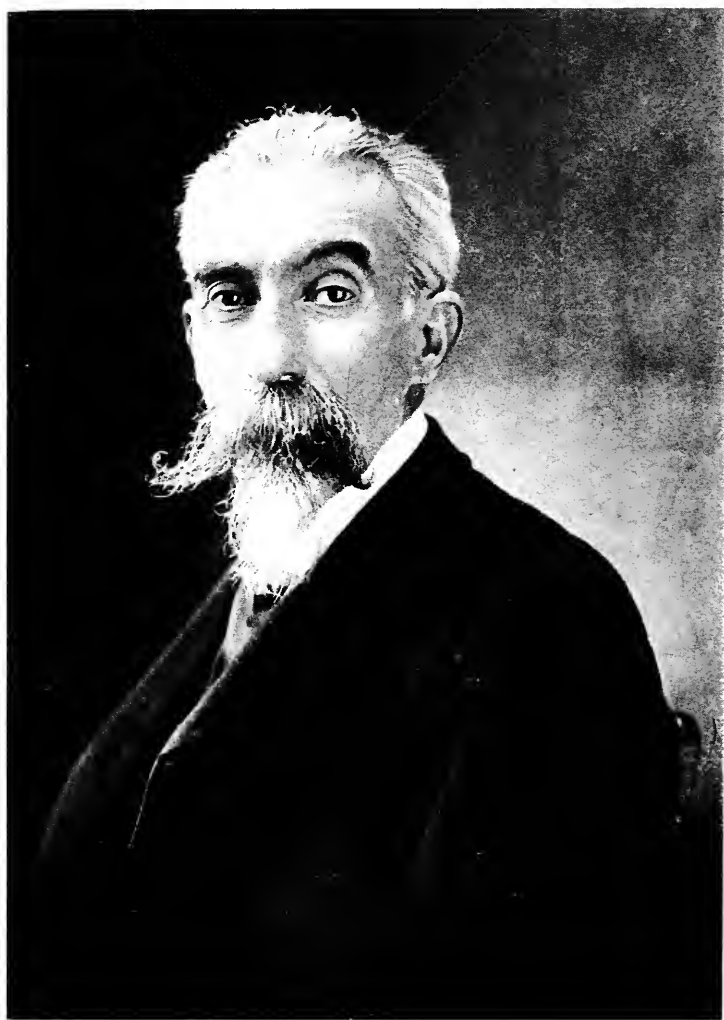
869.3

C816p

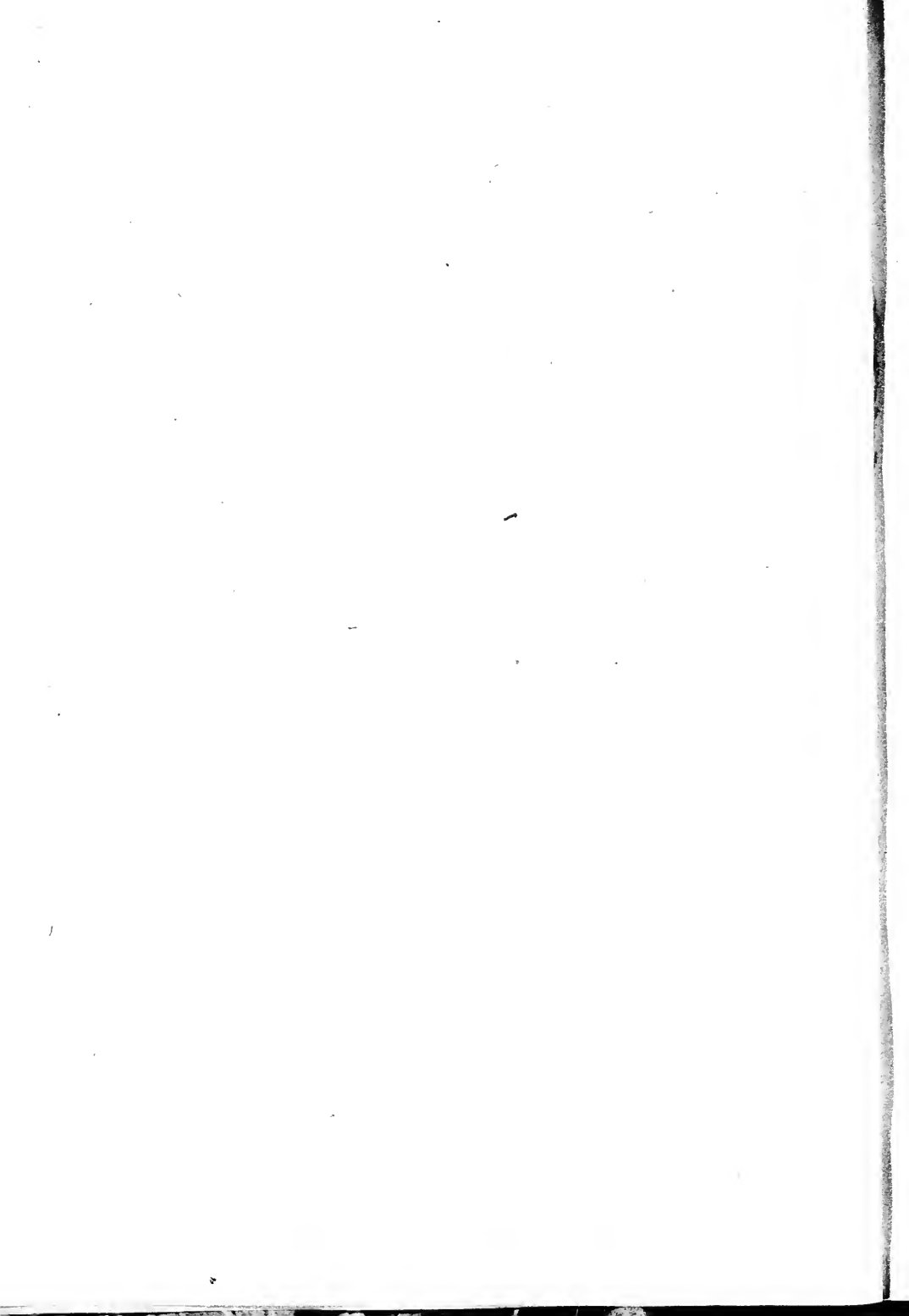








*Martin Coronado*



MARTÍN CORONADO

---

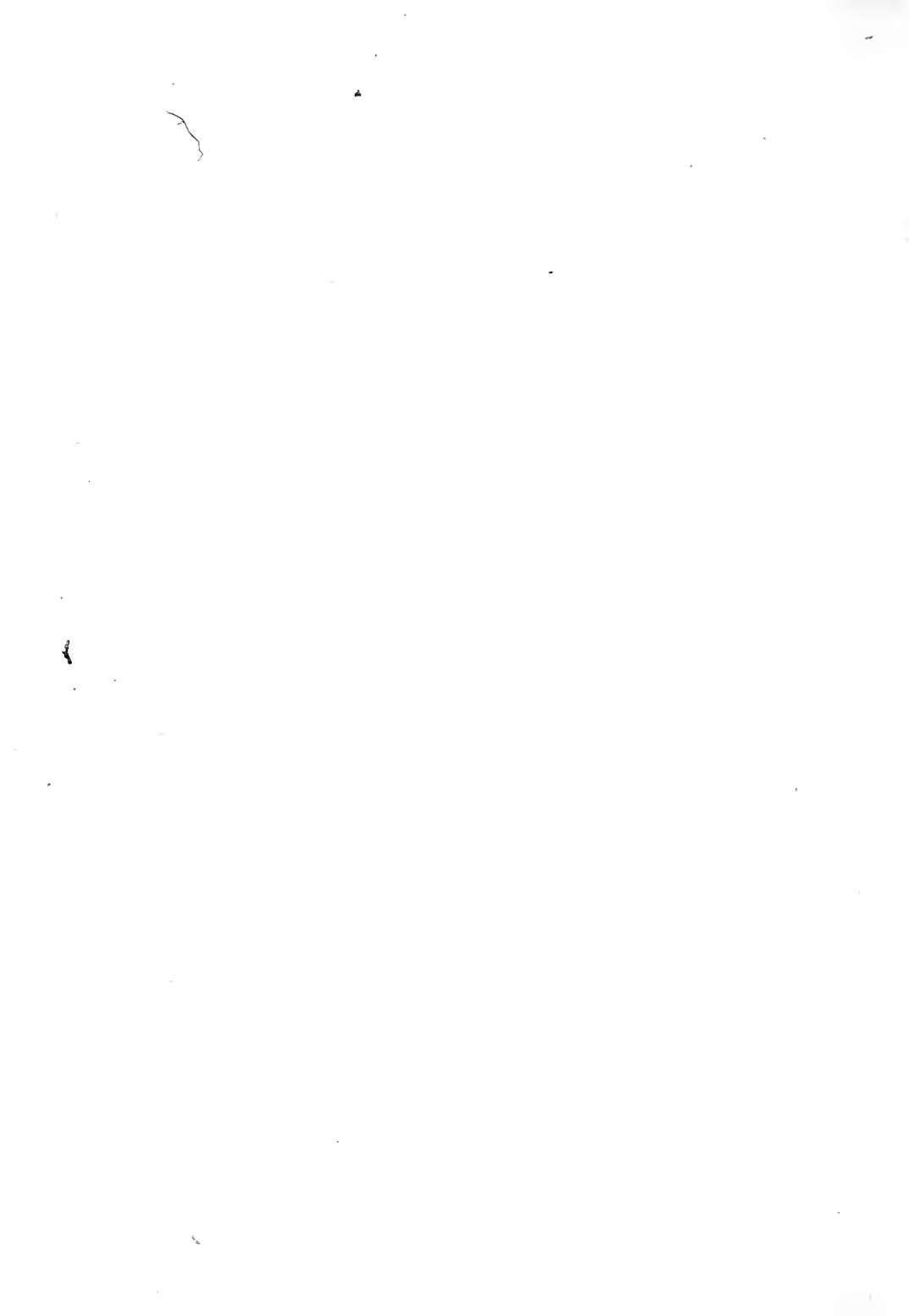
# POESÍAS



CABAUT Y CIA - EDITORES

BUENOS AIRES

1904



869.3  
C816p

À MI PADRE

À LA MEMORIA DE MI MADRE







## UNA HISTORIA

### I

Laura, la casta doncella  
De peregrino semblante.  
Era tan tierna y amante  
Como candorosa y bella:

Y Carlos, el solo dueño  
De aquel corazón en flor.  
La amaba con ese amor  
Que hace de la vida un sueño.

Esto bastaba á llenar  
El anhelo de los dos,  
Porque amar es creer en Dios,  
Es ser bueno y es gozar.

Y pasaban sin dolor  
Las horas de su existencia.  
Sin más sombra en la conciencia  
Que el secreto de su amor:

Sin más recuerdo que aquel  
Que traía á su memoria,  
En ella, á Carlos, su gloria,  
Y á Laura, su encanto, en él:

Y sin más afán sentido,  
Que el afán de la avecilla,  
Que busca entre la gramilla  
La paja para su nido.

## II

Así en dulce languidez  
Iban los días corriendo,  
Cuando resonó tremendo  
El grito del año diez:

Carlos, patriota entusiasta,  
Tomó el fusil en sus manos,  
Y dijo con sus hermanos  
A los opresores: «basta!»

Y dando el adios postrero  
A Laura, su bien querido,  
Cambió su humilde vestido  
Por el traje del guerrero.

## III

Laura lloró; no ese llanto  
Que enrojece las mejillas:  
Laura lloró de rodillas,  
Con una especie de encanto.

Sus labios no se entreabrieron  
Para exhalar un gemido:  
Ante el martirio sentido,  
Temblaron y enmudecieron.

Parecía aquella calma  
La calma del moribundo,  
Que mira radiante el mundo  
Cuando se le escapa el alma!...

Oh! no hay dolor en la vida  
Para la mujer que ama,  
Como el que en ella derrama  
Un adiós de despedida.

La flor bella y perfumada  
Que pasara en un instante  
De los lábios de su amante  
A su boca enamorada;

El beso lleno de fuego,  
De lágrimas y de amor;  
El recuerdo seductor  
De una promesa y un ruego;

La última frase que oyera,  
Y la huella que / dejara,  
Y el paso que se alejara,  
Y el rumor que se perdiera;

Son ¡ay! para la mujer  
Que en vano á su ídolo llama,  
Algo extraño, una amalgama  
De amargura y de placer.

La ansiedad de la agonía  
Y el goce del bien logrado...  
¡Un sollozo entrelazado  
A una dulce melodía!

## IV

Pasó la tarde galana,  
Y la noche silenciosa,  
Y cándida y vaporosa  
Volvió á lucir la mañana.

Y Laura, siempre de hinojos,  
Inmóvil se mantenía,  
Absorta, pálida, fría,  
Enjuto el llanto en los ojos.

¿Cómo pudo padecer  
Su martirio hora tras hora?  
¿Por qué la luz de la aurora  
No la halló muerta al nacer?

¿Qué palabras de consuelo  
Escuchó? ¿quién la sostuvo?  
Dios, que en sus lábios estuvo,  
Guardó el secreto en el cielo.

## V

Era una noche: la luna  
Lanzaba su luz postrera  
Sobre el pueblo que meciera  
De Laura y Carlos la cuna.

Un silencio sepulcral  
Reinaba: sólo una puerta  
Permanecía entreabierta:  
La puerta de un hospital.

De un hogar de bendición  
Para el infeliz soldado  
Que caía denodado  
Al pie de su pabellón...

Vertida la última gota  
De sangre, en humilde lecho,  
A la sombra de aquel techo  
Iba á morir un patriota.

Contra la hueste extranjera  
Fué el primero en batallar,  
Y el primero en empapar  
Con su sangre su bandera.

Y ahora noble piedad  
Le ofrece aquel lecho blando,  
Para que muera soñando  
Visiones de libertad.

## VI

Mas no morirá el soldado.  
Solo y triste: una figura  
Blanca, llena de ternura,  
Corre anhelante á su lado.

Es el ángel de bondad  
Que llaman en derredor  
«Hermana: por el amor,  
«Madre» por la caridad.

Y ella solícita avanza,  
Y llega junto al herido,  
Para decirle al oído  
Una frase de esperanza.

Una frase toda calma,  
Melodiosa, arrobadora...  
¡Eco de una alma que llora  
Para que no llore otra alma!

Y se inclina vacilante  
Hacia él, y cariñosa,  
Su dulce mirada posa  
En su pálido semblante.

Entonces desgarrador  
Gemido lanza su pecho,  
Y se arroja sobre el lecho  
Loca de angustia y de amor.

¡Carlos! grita... El moribundo  
Se estremece: en un instante  
Se alza ebrio y delirante,  
Que aquel grito encierra un mundo.

¡Laura! con pena murmura,  
Viviendo para su amada,  
Y su sombría mirada  
Un relámpago fulgura.

En tanto la muerte cruel  
A Carlos llama ligera...  
Y cuando su amado muera,  
¿Laura vivirá sin él?

## VII

La noche huye: los dos,  
Inmóviles todavía,  
Pueden ver con alegría  
En la mañana á su Dios.

Una hora más!... entreabiertos  
Ríen sus labios unidos...  
¿Duermen?... sí: están dormidos  
Con el sueño de los muertos.

## VIII

Hace algún tiempo, esta historia  
Por vez primera escuché.  
Y de entonces la guardé  
Con cariño en mi memoria.

Al oír de un hospital  
Sólo el nombre, nuevamente  
Traigo á los dos á mi mente  
Desde su lecho nupcial.

Y hoy que miro conmovido  
Reunirse el pueblo afanoso,  
Para brindar el reposo  
Y el alivio al desvalido,



Esa historia de otra edad,  
Con su triste y dulce encanto.  
Llega hasta mí bajo el manto  
De la tierna caridad;

De esa caridad divina  
Que llena el alma de amor,  
Y alza templos el dolor  
Sobre la tierra argentina.

1870



## Á ORILLAS DEL RÍO

Há tiempo en el aprisco la majada  
Dormita silenciosa:  
El pastor, bello y rubio adolescente  
De quince años apenas, faz rosada,  
Y tímido mirar, sueña y reposa,  
Arrullado de amor por la corriente.  
Tendido muellemente  
Sobre la blanca arena de la orilla,  
A intervalos mojada por la ola  
Que sube hasta sus pies, con fé en que brilla  
Todo el candor de la inocencia sola,  
Recita humilde la oración sencilla  
Modelada en su alma  
Al vaivén de la cuna.  
Ora; y entre los vagos resplandores  
De la noche sin luna,  
Entre el incienso de silvestres flores,  
Su espíritu levanta,  
Y el eco de su voz, ritmo empapado  
En cándida ternura,  
Se enlaza al eco de la ola, y canta  
Con ella al Dios de paz: ¡himno sagrado,  
Poesía llena de inmortal frescura!  
Súbito el niño calla: su cabeza  
Sobre una piedra lánguido reclina,  
Y alzando la mirada al firmamento,  
Una á una examina

Las estrellas radiantes. La belleza  
De la noche tranquila y perfumada  
Parece dominar su pensamiento.  
¿Qué ha pasado en el alma candorosa  
Del dulce adolescente?  
Sábelo Dios! De pronto, ruborosa  
La faz, pasó las manos por la frente,  
Y como respondiendo  
A una pregunta del espacio, llena  
De misterio y de encanto,  
«Pensaba en ella», murmuró sonriendo.  
Y se durmió sobre la blanca arena,  
Del cielo bajo el manto.

1871



## CANTO Á JESÚS

¡Salve á tu nombre, redentor del mundo,  
Rayo y sostén de la conciencia humana,  
A quien se vuelven en las horas todas  
Los ojos llenos de tristeza y lágrimas!

Salve á tu nombre,  
Víctima santa,  
Mártir sublime, que tu sangre diste  
A los errores de la edad pasada!

El hombre antiguo, como el cuerpo inerte  
Que oculto empuje en el espacio lanza,  
En su carrera de egoísmo, nunca  
Miró la huella que al pasar dejára:

Nunca detuvo  
Su errante marcha,  
Para mojar los labios del sediento,  
Para borrar el surco de una lágrima.

Nunca de hermano el cariñoso nombre  
Llegó hasta el corazón con la palabra;  
Nunca el gemido respondió el consuelo;  
Nunca el amor convulsionó las almas.

Si uno caía,  
Se le apartaba,  
Como á inútil estorbo, del camino  
Donde la muerte su cabeza helára.

Mas tú, en un día de inmortal recuerdo,  
Elevaste tu voz de aliento y gracia,  
Para llamar á tí los desvalidos,  
Los huérfanos de dicha y de esperanza;  
    Los que comían  
    El pan de lágrimas;  
Los que á sus padres y á sus hijos vieron  
Tocar la tierra con la frente esclava.

Del porvenir el misterioso libro  
En el templo judáico se encerraba,  
Y ellos, los pobres, los hambrientos, ellos,  
Nunca salvaron la primera grada...  
    Ah! tú arrancaste  
    Su última página,  
Y la arrojaste palpitante, viva,  
A aquellas muchedumbres desoladas!

No ya Israel con insolente orgullo  
Señor se dijo de la extirpe humana;  
No ya Dios tuvo en su recinto sólo  
El fuego del altar y la plegaria:  
    Todos los pueblos,  
    Todas las razas,  
En torno tuyo y con placer de niño  
Tomaron parte en el festín del alma.

La caridad, la caridad bendita,  
Marchó sobre la huella de tu planta,  
Y el amor y la fé se difundieron  
En los giros de luz de tu palabra;  
    La tierra toda  
    Batió las palmas,  
Y bajo el polvo de cuarenta siglos  
Adán se estremeció: te adivinaba.

Tu obra concluía... tu reinado, empero  
No era del mundo, y la postrer mirada  
Que de la cruz sobre tu grey lanzaste  
En la hora de angustia de tu álma.

Nos prometía.

Nos revelaba,

Tras el límite negro de la tumba.  
La eterna aurora de la eterna patria.

¡Bendito seas, redentor divino.  
Rayo y sostén de la conciencia humana,  
A quien se vuelven en las horas todas  
Los ojos llenos de tristeza y lágrimas!

En donde quiera

Que un dolor haya,

Siempre á tu nombre irradiará el consuelo  
Sobre la nube de la queja amarga!

Siempre en la frente de los hombres todos.  
Como una estrella misteriosa y pálida,  
El infinito brillará en un rayo  
De la vida inmortal, de la esperanza;

Tendiendo siempre

Irán las almas,

Desde el suelo sin paz de su destierro  
A la región de luz de tu morada!

## LÉJOS

(FANTASÍA)

Sueña el poeta: sueña despierto,  
En medio al éxtasis del corazón,  
Y mira léjos, sobre el desierto,  
Del sol poniente la irradiación.

Lirios y rosas, en lontananza,  
Muévense en lánguido, dulce vaivén,  
Y la flor, hija de la esperanza,  
La siempreviva, tiembla también.

Flores y espacio, luz y colores,  
Todo fantástico y arrobador:  
Tal es el nido de sus amores,  
Tal es el alma del soñador!

Ama y delira: quiere un santuario  
Para su virgen: fuego y altar;  
Y los perfumes de un incensario  
Que Dios tan sólo pueda agotar.

Ama y delira: léjos, muy léjos,  
Bajo otro cielo, su amada está,  
Pero él la arranca de los reflejos  
Del sol espléndido que á hundirse va.

Blanca es la imágen de la doncella,  
Que léjos siempre sonriendo vé;  
Blancas sus ropas, blanca la huella  
Que sobre el césped deja su pié.

Rubia, flotante, sobre la espalda  
Su cabellera busca un sostén:  
¡Cabellos rubios son la guirnalda  
Que de los ángeles ciñe la sién!

De tiempo en tiempo un débil rayo  
A sus pupilas arranca el sol...  
Es esa lumbre que en su desmayo  
Toma los tintes del arrebol.

Cuando la brisa trémula pasa  
Y sus vestidos hace ondular,  
Remeda alzada la ténue gasa  
La red de bruma que envuelve al mar.

Sueña el poeta: todo lo mira  
Con la alegría de la embriaguez;  
Todo á lo léjos sonriendo gira  
Como un recuerdo de la niñez!

De pronto, en medio de la llanura,  
Forman las flores un pabellón:  
La brisa llénalo con su frescura,  
Y el sol le envía su irradiación.

Allí sus ojos, el vate fija,  
Allí su alma... ¡dicha sin par!  
Dosel de flores allí cobija  
Su nido amado, su pobre hogar.



Con la corona de desposada  
La vírgen bella salva el dintel...  
Vuélvese entonces, y su mirada,  
Rica en promesas, tiende hasta él.

Y blanca y trémula como la luna  
Que de las ondas surjiendo vá,  
Muéstrale léjos la esbelta cuna  
Donde su hijo se mecerá.

Sueña el poeta: sueña y delira,  
Y álas demanda con frenesí...  
« ¡Vendo mi espíritu, vendo mi lira,  
Para trás ella volar de aquí! »

Dejad que sueñe su mente inquieta,  
Que hiel y almíbar pruebe á la par :  
¡ No hay pesadilla para el poeta  
Más dolorosa que el áespertar !



## LOS HÉROES DE LA CARIDAD

Ante el dolor sin nombre y sin ejemplo  
Que habita de la Pátria en el santuario,  
Cuando trepa gimiendo á su Calvario  
La mártir de la tierra de Colón;  
Entre los lábios la palabra espira,  
El alma olvida su viril grandeza,  
Y en su enlutado manto de tristeza  
Se envuelve sollozando el corazón.

Pero en medio á esta noche de agonías,  
Sobre el pueblo de Mayo desplegada,  
La esperanza, sin hijos, desolada,  
Ha encontrado un asilo bienhechor:  
Un grupo heróico en sus robustos brazos  
Mantiene en alto la inmortal bandera,  
Para batirla al viento en donde quiera  
Que se doblen las frentes al dolor.

Como el rayo de sol que se desprende  
Al través del crespón de la tormenta,  
Y brilla en los espíritus, y alienta  
Al débil con su bálsamo de luz;  
Ellos alumbran el sombrío cuadro,  
Ellos consuelan al que sufre y llora.  
Y siguen, en su marcha redentora,  
La huella luminosa de Jesús.

Cuando todos se alejan y abandonan  
Al hermano doliente y desgraciado,  
Cuando hasta yace en tierra destrozado  
De la familia el vínculo de amor;  
Ellos, de caridad nobles apóstoles,  
Llenos de santo y generoso anhelo,  
Van á enjugar las lágrimas de duelo  
Y á infundir á los pobres su valor.

Ellos se agrupan con afán solícito  
Ante el lecho sin paz del moribundo,  
Y le hablan al oído de otro mundo  
Donde irá sus dolores á olvidar;  
Ellos invocan la piedad del pueblo,  
Cerrando el corazón al egoísmo,  
Y llevan el vigor de su heroísmo  
Al desolado templo del hogar.

¡Ah! yo venero el nombre de los héroes  
De amor y caridad: la patria mía,  
En sus horas de prueba y de agonía  
Los ha visto en el ara de su altar.  
De la madre amorosa y angustiada  
El grito de dolor no se ha perdido:  
Ellos al borde de la tumba han ido  
Los hijos de esa madre á rescatar.

Mas ¡ay! en esta lucha de gigantes,  
Por tanto sacrificio consagrada,  
Algunos han caído: la jornada  
Sus mártires ofrece á la virtud:  
Sus mártires sublimes, que arrancando  
A la muerte la víctima elegida,  
Alzaron al enfermo con su vida  
Y en silencio ocuparon su ataúd.

¡Apóstoles del bien, benditos séais!  
Cuando amanezca el día del reposo,  
La gratitud del pueblo generoso  
Os dará el conquistado galardón :  
A los vivos, la gloria inmarcesible  
Que el hálito del mal jamás empaña :  
A los muertos, el llanto con que baña  
Las tumbas en que ha puesto el corazón.



## LA TARDE

Bajo la influencia del velado rayo,  
Semeja el llano vaporosa altombra...  
¡Melancólico y dulce es el desmayo  
De la luz en el seno de la sombra!

Oh! yo amo la tarde, con su calma,  
Sus brumas, su misterio, su grandeza:  
A ella tengo vinculada el alma  
Por el lazo de amor de la tristeza.

No sé por qué paréceme más puro  
A la luz del crepúsculo ese cielo...  
La tarde es la expansión: el claro-oscuro  
Respira la poesía del consuelo.

Cuando dejo, rendido de fatiga,  
La labor cotidiana, — silencioso,  
En el misterio de la tarde amiga  
Embellezco mis horas de reposo.

Sumérjome en el éxtasis: la nube  
Que flota en el espacio, solitaria,  
Me parece que á Dios lánguida sube  
Llevándole en sus alas mi plegaria.

Y cuando el sol magnífico desciende  
Entre el verdor de la lejana cumbre,  
Y en haces rojos sobre el llano extiende  
Los postreros destellos de su lumbré:

Su último rayo, que me lanza esquivo,  
Se ofrece á los ensueños de mi mente,  
Como el beso que un ángel fugitivo  
Depusiera al pasar sobre mi frente.

1871



## SOBRE LA TUMBA

DE MANUEL G. ARGERICH

Yo no vengo, mi amado y noble amigo,  
A inquietar con mis lágrimas tu sueño;  
Nó! duermes en paz, enamorado dueño  
De la virtud, la bella é inmortal.  
Yo no vengo á llorar: no de mi lira  
Oirás la nota que el sollozo entraña...  
¡Llorar, cuando tu espíritu se baña  
En las ondas de luz de lo idéal!

Tampoco vengo á murmurar doliente  
Una oración por tí, sin eficacia:  
Los justos que se van no piden gracia  
Al llegar á las puertas del Edén;  
Entran en él triunfantes y sonriendo,  
La pupila brillante y dilatada,  
Y al peso de su gloria doblegada  
La siempre erguida, la radiosa sién.

Yo vengo solamente á visitarte  
Y á recoger aquí mi pensamiento.  
Aquí, bajo el dosel del firmamento,  
Donde no vibra el eco de un rumor;  
Aquí, sobre esta tierra humedecida,  
Donde se posa tímida la planta;  
Aquí, donde tan grande se levanta  
El recuerdo en las alas del amor.

Héme ante tí: de tu abnegada vida  
Traigo en el alma la sencilla historia:  
La virtud, la ternura... tu memoria  
Produce el bienestar de la oración.  
Cual la nota en la cuerda, está en mis labios  
Tu nombre palpitante: nadie espere  
Que al espacio lo dé; ; lo atrae, lo quiere,  
Lo pide sin cesar el corazón!

Duerme en paz, dulce amigo: duerme y deja  
Que yo velando te acompañe en tanto:  
Hay algo de misterio, algo de encanto,  
En abismarse aquí, algo de Dios;  
Yo me siento más grande en tu sepulcro,  
Mi espíritu vislumbra lo infinito,  
;Cómo si el ángel del amor, bendito,  
Quisiera aproximarnos á los dos!





## TULA

Ah! no os pongáis ante ella, si á la vida  
Sólo pedís de la ilusión la palma;  
Si una pálida virgen escondida  
Guardáis en el santuario de vuestra alma

Escuchadme y temblad: negro, luciente,  
Como bruñido ébano el cabello,  
Vela entre rizos su morena frente,  
Y cae serpeando á su torneado cuello.

Oh! qué mujer! sólo el misterio iguala  
Los tintes de su espléndida belleza...  
Virgen parece que al vestir de gala  
Ha olvidado su manto de pureza.

Tiene unos ojos Tula!... vése el rayo  
Centellear al través de su pupila:  
Cuando, tierna tal vez, mira al soslayo,  
La sangre hierve y la razón vacila.

Y sus labios! sus labios, donde el fuego  
Del aire de los trópicos se aspira!  
Cuando se entreabren modulando un ruego,  
Se sueña, se divaga... se delira!

La irradiación sin nombre de sus ojos  
Fascina como el borde del abismo:  
Su sonrisa de amor postra de hinojos...  
¡Llena de luz hasta el infierno mismo!

¿Quién no ama á Tula, quién? ¡Tula estan bella!  
¿Quién la ha visto una vez y no la adora?  
Pero amarla es morir: la muerte ante ella  
Sonríe al corazón como una aurora.

Tula, entre nubes de nevado encaje,  
Envuelta en ondas de crujiente raso,  
Es un destello del amor salvaje,  
Es un ángel de fuego, un sol de ocaso.

Es un volcán en flores desbordado,  
Es el sueño del árabe en compendio:  
¡Es el cielo, en la noche vislumbrado,  
Al resplandor rojizo del incendio!

1871



## ADIÓS AL EDÉN

### I

Callan las aves: ya el sol declina  
En su carrera sobre el Edén...  
Eva en el hombro de Adán reclina  
Su brazo mórbido, su blanca sién.

Triste está y pálida: triste y doliente,  
Como los sauces del derredor;  
En sus pupilas, sobre su frente,  
Ya no hay sonrisas: sólo hay dolor.

Adán absorto, mudo, sombrío,  
Rompe la yerba bajo su pié,  
Y en el letargo de su desvío,  
Ni siente nada, ni oye, ni vé.

No vé, vishumbra, llenos de luto,  
Cual tras las mallas de negro tul,  
La flor, el árbol, el ave, el fruto,  
La peña húmeda, la onda azul.

No escucha: apenas como un murmullo  
Su oído hieren en confusión,  
De las palomas el dulce arrullo,  
Las armonías de la Creación.

No siente; yacen sin movimiento,  
Sin voz, sin vida, dentro su ser,  
Todas las cuerdas del sentimiento  
Que ayer vibraron; no más que ayer!

## II

De pronto Eva toca su brazo...  
Roto el encanto, vuelve en sí Adán:  
«Vamos, murmura, cumpliósse el plazo...  
El sol y el día también se ván.»

Allá tras ellos, lanzando llamas,  
Se alza la espada del querubín;  
Y marchan trémulos bajo las ramas...  
¡Cuántos recuerdos tiene el jardín!

Su lecho de hojas, el dulce abrigo  
De sus caricias, léjos está...  
Mañana el rayo del sol amigo  
Triste y desierto lo encontrará.

Los arroyuelos murmuradores  
Que repitieron su voz de amor;  
La gruta umbría, llena de flores,  
Que de sus besos guarda el rumor;

De las lianas el manto verde,  
La senda oculta que vá al azar.  
Todo se aleja, todo se pierde  
Entre la bruma crepuscular.

Y marchan, marchan, con paso incierto,  
Bajos los ojos, mudos los dos;  
Inmenso ante ellos se abre el desierto...  
¡El bien, la dicha, quedan en pos!

Al fin ya pisan la tierra nueva,  
La tierra ingrata: léjos se vén...  
Edén, ¡oh, llora! perdiste á Eva,  
Ya no eres bello: ¡vélate, Edén!

### III

Cierra la noche: pálida estrella  
Su lumbré arroja desde el cenit;  
Los peregrinos buscan la huella  
Del Paraíso: ¡ya no está allí!

En vano triste vá su mirada  
Girando en torno llena de afán:  
En la llanura desamparada  
Tan sólo quedan Eva y Adán.

Y Adán vacila: Eva la fuente  
De la esperanza busca en su amor,  
Le ofrece trémula su blanca frente,  
Y el beso ahóga tanto dolor.

Marchan; y arena miran doquiera,  
Cielo y arena: adiós Edén!  
¡Adiós corona que Dios pusiera  
De su elegido sobre la sién!

Y Adán sin guía, sin un abrigo,  
En el desierto de soledad,  
Avanza errante, pobre mendigo  
De la perdida felicidad.

Pobre! ¿qué importa, si tiene á Eva  
En el camino de la expiación?  
Adán es rico: Adán se lleva  
El Paraíso del corazón!

1871



## Á LA LUNA

### I

No hay alma que tus rayos no busque suspirante,  
Diadema que coronas las noches del amor,  
Ni ensueño de poeta que á tí no se levante,  
Siguiendo por el cielo tu blanco resplandor.

¿Qué guardas en tu seno? ¿qué vínculo divino  
Enlaza á los espíritus tu dulce claridad?  
Tú llenas de bellezas las zarzas del camino,  
Tú pueblas de sonrisas la azul inmensidad.

Todos te aman, todos: cuando en el cielo avanzas,  
Risueña y vaporosa, la noche es un Edén;  
Cuando tu lumbre ocultas, las bellas esperanzas.  
Parece que contigo veláranse también.

Mil veces de este sitio, de soledad cercado,  
Mis ojos han seguido tu lánguida ascensión:  
¿Qué dulce y bella eres! tu disco en luz bañado,  
Como un asilo eterno se ofrece á la ilusión.

### II

¡Oh, luna melancólica! ¿no has visto en tu carrera  
Al ángel de las dichas que guarda el porvenir,  
Flotante en el espacio la undosa cabellera,  
La oliva entre las manos, errante discurrir?

¿No has visto si buscaba, sedienta la mirada,  
Las blancas espirales del humo de mi hogar,  
Las rosas que lo cercan, los sauces, la enramada,  
Donde modula el viento su eterno suspirar?.

¡Oh luna! ¿no le has visto? ¿jamás de tus destellos  
Su pálida figura fantástica surgió?  
¿Jamás estremecida besaste sus cabellos?  
¿Jamás bajo tus alas su frente cobijó?

Secreto impenetrable! ni al eco del reproche,  
Ni al eco del suspiro, que suben hacia tí,  
Te agitas y respondes... la misma cada noche,  
Hermosa, pero muda, te elevas al cenit.

Tu luz, toda consuelo, colora la esperanza,  
Sonríe á los dolores, arrulla el corazón;  
Más ¡ay! pálida siempre, jamás un rayo lanza  
Al fondo misterioso de la inmortal región!





## ORACIÓN

Coronada la frente de azahares,  
Enlazadas las manos sobre el seno,  
En los labios la última sonrisa,  
En los ojos el último destello;  
    Voló su alma  
    Como un ensueño:  
Que las alas del ángel la cobijen;  
Que la arrulle el amor de los recuerdos!



## SUEÑO DE AMOR

Como dulce paloma sorprendida  
En su nido de paz por la alborada,  
Yo la soñé en mis brazos reclinada,  
Por mis cantos de amor estremecida.

Al buscar su mirada, toda el alma  
Se anegaba en la luz de su pupila:  
¡Atracción melancólica y tranquila,  
Cual la del cielo azul y el mar en calma!

Era bella sin par, blanca belleza,  
Con tintes de crepúsculo vestida;  
Y algo como una luz desvanecida  
Flotaba en derredor de su cabeza.

Yo sentía su aliento perfumado  
Acariciar mi frente y mis cabellos,  
Y en sus ojos, en tímidos destellos,  
Recogía su amor embelesado.

Aureolada su frente de inocencia,  
Palpitante en sus labios la ternura,  
¡Qué hermosa estaba así, lánguida y pura,  
Respirando candor de adolescencia!

## SIN NOMBRE

A UN AMIGO

Yo de tus labios escuché sufriendo  
Aquella historia al corazón robada;  
Yo ví la duda obscurecer tus ojos,  
Yo ví en tu frente la ilusión sin patria;  
Y del acento  
De tu palabra,  
Arrebaté la nota del sollozo  
Para llevarla al fondo de mi alma.

Ah! ¿Qué consuelo brindaré á tu pena?  
¿Cómo á tu pecho volveré la calma?  
Yo sólo puedo á tu dolor unirme,  
Cual se le unen las amigas lágrimas;  
Yo sólo puedo  
Decirte: «ama»,  
Que es el amor la encarnación más bella  
Del angel tutelar de la esperanza.

Ama sin tregua, aunque el dolor te rinda,  
Aunque tu frente y tu vigor abata,  
Aunque te sientas vacilar, y creas  
Que eterna noche el porvenir te guarda:  
Entre la sombra  
Verás lejana,  
La blanca faz de la mujer querida,  
Como una estrella, encaminar tu planta.

Todo es amor en la creación: la vida  
En todas partes al amor se enlaza;  
Hasta en el borde de la tumba oscura  
De amor las flores se entremecen lánguidas.

Ama la tierra,

El cielo ama:

Amor es el aliento de los seres,  
Amor es el destello de las almas.

Ama por siempre, corazón herido  
Que el llanto inunda y el dolor desgarrar;  
Ama! que el himno del amor se eleve  
Sobre el gemido que tu voz embarga.

Ama! y la noche

De tu desgracia,

Tendrá, como la noche de los cielos,  
La promesa de luz de la alborada.



## ASÍ!

Joven el corazón, el alma ardiente,  
Un solo bien en la creación siguiendo,  
La estrella de la fé sobre la frente,  
Incólume el candor de adolescente...  
Así la vida y el amor comprendo.

1872



## MADRE!

Madre! feliz el que en su seno exhala  
El primero y el último suspiro,  
El que llora y sonríe bajo el ala

De aquel inmenso amor.

Triste el que evoca su bendita sombra  
En cada hora que el dolor consagra,  
El que en eterna soledad la nombra,  
Sin que nadie responda á su clamor!

Recuerdos de la infancia placentera,  
Ella os presta su cándida poesía,  
Ella os viste de luz, de primavera,

De belleza inmortal.

La cuna que á su lado no la mira,  
Como un ángel de paz, risueña y tierna,  
Es una hoja pálida que gira  
Al soplo de un helado vendaval.

La dicha que á su nombre se eslabona  
Es la única hermosa de la vida:

La gloria sólo es grande si corona

Su frente y nuestra sién.

Donde quiera que brilla su mirada,  
Las nobles ambiciones se despiertan:  
El alma de su amor desamparada  
Languidece á la sombra del Edén.

. . . . .

Madre!... la mía en el sepulcro mora,  
Bajo los sauces de dolientes ramas,  
Que el sueño de la noche redentora

Arrullan sin cesar.

Há muchos años que su voz no suena  
Y en torno mío la esperanza agita;  
Há muchos años que el recuerdo llena  
El sitio predilecto de mi hogar.

Ah! pero vive al corazón asida  
Su dulce imágen, que robé á la muerte,  
Último rayo de la fé sentida

Que llevo al porvenir;

Y como el iris de la eterna alianza,  
Ella me alienta en mis amargas horas,  
Y me enseña que el ángel de esperanza  
También sabe en la sombra sonreír.

1873.



## LAS GAVIOTAS

Como copos de espuma, á la llanura,  
VÍ que abatiendo las nevadas alas,  
Bajaban bulliciosas las gaviotas  
A la primera luz de la mañana.

Qué airosas y qué bellas! Ora heridas  
De súbito temor, el cuello alzaban;  
Ora coquetas, con gentil donaire  
El cuerpo hundían en la yerba blanda;

Ora la fresca gota de rocío  
Sobre sus albos pechos resbalaba;  
Ora el viento, rizando su plumaje,  
Las mecía al pasar bajo sus ráfagas.

Ah! pero ví también cruzar el cielo  
Otras aves de plumas enlutadas...  
Y el ala de los cuervos hizo sombra  
Sobre aquel césped de gaviotas blancas.



## LA NIÑA SE VÁ

Pálida está la frente de la niña,  
Pálida su mejilla y demacrada,  
Y en su pupila azul, medio velada,  
Tiembla el rayo de luz.

Pálida está, y entre sus manos, trémulas,  
Ofrenda de la madre al infinito,  
Tiene oprimido el símbolo bendito  
De fé, de amor: la cruz.

Ah! no lloréis, los que de hinojos puestos,  
Esperáis su partida sin retorno,  
Y veis dolientes, de su cuna en torno,

Marchitarse la flor;  
No la lloréis: espíritu del angel,  
Ausente de la patria, al cielo aspira,  
Y al irse ni se queja, ni suspira,  
Ni os busca en derredor.

Una sonrisa entre sus labios brilla,  
Que embellece su faz y la colora,  
Como el suave destello de una aurora  
Que empieza á despuntar;  
Y en su frente de nácar se percibe,  
Flotante irradiación de un alma pura,  
Una blanca aureola de ventura,  
De dulce bienestar.

La niña vá á partir: es ya la hora...  
El coro del Señor la voz suspende,  
Un angel de los cielos se desprende...

Avanza... ya está ahí.

¡Qué dulce debe ser lo que le dice!  
¡Qué bello el porvenir que la diseña!  
La niña alza las manos, y risueña  
Las tiende hacia el cenit.

No la lloreis: cubridla de azucenas,  
De lirios, y de nardos, y de rosas:  
Que la besen las flores cariñosas,

Y vosotros también!

Besadla, apresuraos; y libertada  
De la sola ansiedad que la consume,  
Subirá con las ondas de perfume  
A la patria del bien.



## EL ECO

En esa hora de tristeza y calma  
En que apaga la voz de su querella  
El aire adormecido;  
De naciente pasión henchida el alma,  
Como un ave sin nido,  
Vagaba por el campo la doncella.

—«¿Dónde estás dulce bien? ¿dónde te escondes?  
Decía con acento acongojado;—  
Te llamo y no respondes,  
Y sólo en las delicias de mi sueño,  
Te miro enamorado  
Besar mis labios para ser mi dueño.»

Así sus tiernas quejas exhalaba,  
Y una vez y otra vez las repetía,  
Doliente y lastimera;  
Su voz de valle en valle resonaba,  
Y á lo lejos el eco parecía  
Responder suspirando: «Espera, espera!»

## BAJO LOS SAUCES

La sombra de los sauces oscilaba,  
Sobre la cuna rústica extendida;  
A su lado, la madre contemplaba  
Del ángel de su amor la faz dormida.

Dormía el inocente al eco blando  
De las hojas que el viento estremecía,  
Hermoso, sin afán, tal vez soñando  
Que un ala misteriosa le cubría.

De una cascada el lánguido murmullo  
Llenaba la arboleda de rumores,  
Y lejos, dos palomas, en su arrullo  
Decían á la selva sus amores.

Aquella soledad en dulce calma,  
Despertaba un anhelo indefinido;  
La sed de la ternura henchía el alma...  
La sombra era el misterio; el bosque, el nido,

La madre, suspirante, enamorada,  
Se inclinó sobre el niño de repente,  
Con un dedo en los labios, la mirada  
De orgullo y de pasión resplandeciente.

Y trémula, feliz, casi de hinojos,  
Absorbiendo su aliento con delicia,  
No pudo más, y le besó en los ojos,  
Con todo el corazón en la caricia.

Estremecióse el niño, arrebatado  
A la región azul; y confundiendo  
Pena y placer en su inocente enfado,  
Rompió á llorar, pero lloró sonriendo.

1873



## LA BIBLIA

Era aquel libro, aquel!... mi frente ardiendo  
Entre las manos apoyé sin calma.  
Y al calor de la fiebre, mi pupila  
Se fijó con amor sobre sus páginas.

Una luz débil, vaporosa y triste,  
El cuadro de mi afán iluminaba,  
Proyectando sus pálidos destellos  
Sobre el fondo desnudo de la estancia.

Solo estaba en presencia de aquel libro  
Que al cielo toca y lo infinito abarca,  
Y en cuyas hojas suspirante vive  
El génio tutelar de la plegaria.

Solo estaba en presencia del gigante,  
Yo, pigmeo, yo, polvo de la nada,  
Pidiendo al monumento de los siglos  
El vigor inmortal de la esperanza.

Miré y leí: desconocido impulso  
Movió mi corazón, y sus borrascas  
Abatieron las iras, como abate  
Sus furores el mar sobre la playa.

¡Inefable placer! toda mi vida  
Se encontró en el éxtasis del alma,  
Y sentí que un espíritu invisible  
Batía sobre mí sus ténues alas.

¿Dormí? ¿soñé? ¿Quién sabe! yo lo ignoro;  
Yo sólo sé que unas figuras blancas  
Surjieron ante mí, de frescas rosas  
Y pálidos jazmines coronadas.

Una á una, en el aire suspendidas,  
Me miraron sin ceño, y luego rápidas  
Huyeron, señalando sobre el cielo  
La huella luminosa de su planta.

¡Ah! ¡yo las conocí! Eva, la dulce,  
La gala del Edén, enamorada,  
El brazo, de pasión estremecida,  
Al cuello de su Adán entrelazaba.

Moisés, alta la frente, al aire sueltos  
Los nevados cabellos por la espalda,  
Llena la bella faz de resplandores,  
Hundía en el espacio la mirada.

Magdalena, los labios entreabiertos  
Por suspiros de amor, hermosa y lánguida,  
Parecía aspirar en el ambiente  
Efluvios de pasión, besos de llama.

David, el rey profeta, el alma llena  
De la eterna inquietud de las borrascas,  
Deslizaba sus dedos como un soplo  
Sobre las cuerdas trémulas del arpa.

Ruth, la doncella de las trenzas rubias,  
La alegría de Moab, rica de gracias,  
Cual la dorada espiga de sus campos,  
En el espacio azul se balanceaba.

Josué, la sien radiosa, la pupila  
Por la fé del espíritu inflamada,  
Diríase que en torno, con orgullo,  
Buscaba al sol para gritarle: « ¡ pára! »

Sara, la esposa augusta, la figura  
Que iluminó la tienda del patriarca,  
En brazos de los hijos de sus hijos  
Reclinaba la frente soberana.

. . . . .

¡ Cuánta luz y belleza ! aquellas formas  
La visión de lo eterno despertaban,  
Y hacían levantar estremecida  
La oración en los lábios y en el alma.

Me postré de rodillas en silencio,  
Cerré los ojos, y junté las palmas,  
Y así me halló la luz del sol naciente  
Y el errante clamor de la campana.





## PROMESA

« ¿ Me juras, dijo ella,  
Radiante de pasión, que eternamente  
Seré la sola estrella  
Que ilumine los sueños de tu mente ? »  
Y él, bajo su mirada  
Llena de luz, la respondió de hinojos:  
« Lo juro por tu frente nacarada;  
Lo juro por el rayo de tus ojos ! »



## EN EL SALÓN

Brillante está el salón: en los espejos  
Se retratan las luces á porfía,  
Llenando los contornos de reflejos  
Y haciendo chispëar la pedrería.

Mujeres tentadoras, vaporosas,  
En fantástica danza confundidas,  
Van y vienen, cual bellas mariposas,  
De blanca gasa y de ilusión vestidas.

Brillante está el salón: ¡cuánto descuella  
La dulce Alicia, de la fiesta gala!  
Llevando los espíritus tras ella,  
Sobre la alfombra rápida resbala.

Su ser respira deliciosa calma...  
¡Dentro tai vez el huracán domina!  
Alma de sacrificio es aquella alma  
Que á través de su lujo se adivina.

Acaso del amor sintió en un día  
Subirle al corazón la ardiente llama.  
Y con su ídolo huyó su lozanía...  
Y hoy, sólo un nombre y un recuerdo ama!

La danza bulliciosa la arrebatada,  
El vértigo de su alma se apodera,  
Ondula su vestido, se desata  
Su abundante y dorada cabellera.

Parece que la fiebre la domina,  
La fiebre del recuerdo, que devora,  
Y á otro mundo el espíritu encamina  
Por la huella de rosas de la aurora.

¡Qué triste debe ser en el instante  
En que los sueños cantan la esperanza,  
Sentirse sobre el mundo vacilante  
Y contemplar un bien que no se alcanza!

Alicia gira en tanto arrebatada,  
Agitado el aliento y comprimido,  
El seno borrascoso, la mirada  
Sedienta de la sombra y del olvido.

Gira, y gira sin tregua, y á lo lejos,  
Parece que el espíritu vislumbra,  
Que al morir de la luz y sus reflejos,  
Se hundirá para siempre en la penumbra.

## ANGELA

### I

De blanca gasa vestida,  
Vaga la mirada, y llena  
De esa dulzura que anida  
Donde hace sombra una pena  
Cuando el amor es la vida;

Angela, la amante hermosa,  
Sobre el balcón reclinada,  
Tiene en la mano una rosa,  
Con que juega descuidada,  
Pensativa y silenciosa.

La tarde, la tibia tarde  
De un día de primavera,  
De sus galas hace alarde,  
Y del sol, que oculto arde,  
Recoje la luz postrera.

En la sombra replegados,  
Vénse al fondo de los huertos.  
De verde reja cercados,  
Erguirse de flor cubiertos  
Los rosales perfumados.

El cielo hácia el occidente  
Luce una faja de grana,  
Y algún bello adolescente  
Dice al pie de una ventana  
Las emociones que siente.

## II

Angela está ensimismada  
Porque su amado la deja  
Al despuntar la alborada,  
Y le aguarda enamorada  
Con su dulce y tierna queja.

Algüen le ha dicho que ausente  
El amor es cual la hoja  
Que arrebatata la corriente,  
Que vá á posarse indolente  
En donde el agua la arroja;

Y quiere que él la revele  
Con su adiós de despedida,  
Cuánto el corazón le duele,  
Para que esto la consuele  
O la mate á su partida.

## III

La luz desmaya: en el cielo  
Brilla una pálida estrella,  
Y Angela, doliente y bella,  
Entre la bruma descuella  
Con su amor y con su anhelo.

Mucho tarda aquel que adora,  
Mucho tarda, y la estremece  
Ver que la sombra traidora  
Tan rápidamente crece,  
Que en breve, será la aurora.

En vano afanosa mira:  
Nada á vislumbrar alcanza....  
Es ya la noche!... y suspira,  
Y huérfana de esperanza,  
Los ojos en torno gira.

De pronto se oye un acento  
Que al pié del balcón murmura  
Su nombre.... ¡Es él! ¡oh contento!  
Que vá á llenar de ternura  
Sus horas de sentimiento!

Quiere llamarle gozosa,  
Pero el placer se lo impide,  
Y agitada y temblorosa,  
El obscuro espacio mide,  
Y deja caer la rosa.

## IV

La luz del alba teñía  
De blanco y rosa el oriente,  
Cuando, llena de agonía,  
Angela se estremecía  
Llorando á su amado ausente.

Aún vibraba en el fondo  
De su espíritu enlutado,  
Aquel eco enamorado  
Que hasta en su pesar más hondo  
Derramó un goce ignorado.

« Adiós — la dijo el mancebo,  
Mirándola conmovido : —  
Para triunfar del olvido,  
Grabada tu imagen llevo  
En mi corazón herido ».

Luego la besó llorando  
En los labios y en la frente,  
Y, vuelta la faz doliente,  
Se fué alejando, alejando,  
En silencio y lentamente.

Angela, muda, oprimida,  
Alzó al aire su pañuelo,  
Y con él le envió sentida  
La voz de su despedida,  
Y la sombra de su duelo.

## V

Mucho tiempo se ha pasado :  
Ya ha vuelto al hogar paterno  
El amante suspirado,  
Y Angela le mira tierno  
Enagenarse á su lado.

Todo otra vez se engalana  
De perpétua primavera  
Para la niña, que ufana  
Sueña con su amor, y espera  
En una dicha cercana.

Todo en derredor brillante  
Frescura y vida respira...  
Sólo el venturoso amante  
Hay horas en que suspira  
Y pone triste el semblante.

Mas, fugitiva, no crece  
La nube, y cuando su amada  
La descubre y se estremece,  
La sombra se desvanece  
Al rayo de su mirada.

## VI

La iglesia, de flores llena,  
Está toda iluminada,  
Y vibrante y compasada,  
La voz del órgano suena  
Bajo la noche callada.

Es ya de todos sabido  
Que en las perfumadas naves,  
Será en breve bendecido  
El dulce amor de dos aves  
Que quieren hacer su nido.

Y á la puerta, silenciosa,  
Una muchedumbre aguarda  
A la novia vaporosa,  
Y al doncel de faz radiosa  
Y de apostura gallarda.



## VII

Ya llegan: la novia es ella,  
Es Angela, que descuella  
De jazmines coronada,  
Blanca, fantástica y bella,  
Como la forma de una hada.

Su amado, de amor henchido,  
Con furtiva planta avanza,  
Cual si fuera estremecido  
A arrebatarse al descuido  
Sus alas á la esperanza.

¡Qué cuadro! no hay más poesía  
En las flores á la aurora,  
Que en el rubor que colora  
La virginal alegría  
De la niña encantadora.

Ni hay voces tan imponentes  
En un bosque americano,  
Como las notas fervientes  
Que dentro el templo cristiano  
Vierte el órgano á torrentes.

## VIII

Al pié del altar de linojos  
Se encuentra la desposada,  
Bajos y dulces los ojos.  
Toda llena de sonrojos,  
Temblorosa y agitada.

Su mano enlaza á la mano  
De su gentil prometido,  
Y el sacerdote, un anciano  
De rostro descolorido,  
Sonríe á su amor cristiano.

La muchedumbre en suspenso  
Rodea á los tres: difunde  
Sus perfumes el incienso,  
Y en medio del humo denso  
Todo el grupo se confunde.

Angela está tan hermosa  
Como una ilusión naciente,  
Vaga, aérea; se presiente  
La magestad de la esposa  
Aureolando aquella frente.

Ya el sacerdote ha invocado  
Al Dios del hogar: ya extiende  
El brazo.... cuando impensado  
Un grito el espacio hiende,  
Pero un grito desolado.

## IX

De negras ropas vestida,  
Cual la imágen de una vida  
Sin destellos de esperanza,  
Una mujer dolorida  
Con pie vacilante avanza

Trae un niño de la mano  
Rubio y de frescas mejillas,  
Y puesta ante él de rodillas,  
Dice llorando al anciano  
Estas palabras sencillas:

« Yo era buena y era pura:  
Amó un hombre mi belleza,  
Y halagando mi locura,  
¡Ay! me arrancó la pureza  
En cambio de su ternura.

• Este niño es hijo mío  
Y es el hijo de aquel hombre;  
¡Un hijo sin padre!... impío,  
Nególe el cruel su nombre  
Y le arrojó en el vacío.

• Que baste el dolor que lloro,  
Que baste mi desconsuelo:  
No le caséis, os lo imploro....  
Yo soy madre.... yo le adoro....  
¡No me arrebateis mi cielo! »

## X

Angela se alza sublime,  
Y pálida y bamboleando  
Llega á la mujer que gime,  
Con algo en la faz que oprime  
A los que la están mirando.

— ¿Sufres? la dice. — Me muero.  
La pobre mujer murmura.  
— ¿Has amado al que yo quiero?  
— Le he dado mi ser entero.  
— ¿Y él? — Tan sólo esta amargura.

— ¡Pruébalo! — Y Angela ansiosa  
La envuelve con su mirada,  
Mientras la bella enlutada  
Saca del seno una rosa  
Por el tiempo marchitada.

La niña vacila: unido  
A la flor en nudo estrecho,  
Está el lazo que prendido  
Llevaba á su amante pecho  
Al partir su prometido.

## XI

Angela siente que su alma  
Busca suspirando el cielo,  
Y se la vé bajo el velo  
Alzar los ojos en calma,  
Pero cubiertos de duelo.

— ¡Pobre hermana mía! — dice  
A la madre: — ¡Yo te hice  
Tanto mal!... fué mi destino...  
Pero Dios mi amor bendice  
Al ponerte en mi camino.

¿ Hay dolor que al tuyo exceda ?  
Mía es la culpa : perdona,  
Y déjame que te ceda  
Por tu llanto esta corona,  
Que es todo lo que me queda. —

Y quitando de su frente  
La corona perfumada,  
La coloca dulcemente  
En torno á la sién doliente  
De la pálida enlutada.

El blanco velo desprende  
Al mismo tiempo, y tranquila  
Sobre sus hombros lo tiende. . . .  
¿ Y ni una lágrima asciende  
A brillar en su pupila !

Solo sí, como un gemido,  
Murmura, vuelta al mancebo :  
« Para triunfar del olvido,  
Grabada tu imágen llevo  
En mi corazón herido. »

## XII

— ¿ Padre mio ! ella le adora, —  
Dice la niña al anciano : —  
Benediclos : del que llora  
Quiero ser yo redentora  
Como el apóstol cristiano.

Oyela su prometido,  
La frente al suelo inclinada  
Y el corazón oprimido,  
Y un sollozo comprimido  
Exhala su alma angustiada.

— ¡Angela! ¡y no me perdonas! —  
Esclama al fin delirante: —  
¿Al traidor, al inconstante,  
A su destino abandonas,  
Sin perdonar al amante?

Y Angela responde triste:  
— Hay otro ser desgraciado  
A quien dichas prometiste:  
¿Recuerdas que le has amado,  
Y no recuerdas que existe?

Y le empuja blandamente  
Hasta que cae de rodillas  
Junto á la mujer doliente,  
Que dulces lágrimas siente  
Resbalar por sus mejillas.

### XIII

No hace el doncel resistencia  
Al ruego de aquel acento,  
Que enlaza su dulce influencia  
A la voz que en su conciencia  
Levanta el remordimiento.

Nó ! que se encuentra pequeño  
En presencia de su amada,  
Tan grande, tan abnegada,  
Que hace de su amor un sueño  
Y hunde su dicha en la nada;

Y sus brazos enlazando  
Al cuello del tierno niño,  
Se inclina sobre él llorando,  
En su inocencia buscando  
La esperanza y el cariño.

## XIV

Angela souríe: ¡ acaso  
Nunca se la vió más bella !  
Mas ¡ ay ! belleza de ocaso,  
Más pálida que la estrella  
Que sigue a' sol paso á paso.

— Unidlos, padre: lo quiero, —  
Repíte al buen sacerdote; —  
Unidlos presto; os espero...  
Ya la novia tiene dote:  
La he dado mi amor primero.

## XV

Otra vez alza el anciano  
Los brazos, y se suspende  
La muchedumbre, y no en vano.  
Pues la bendición desciende  
Sobre aquel grupo cristiano.

No, cual antes, un gemido  
Viene á vibrar de repente:  
Sólo el órgano imponente,  
Canta lo desconocido  
Como el rumor del torrente.

¡Huid, pasiones sombrías!  
Ya tiene el amor, fecundo  
En ternezas y alegrías,  
Un nuevo hogar sobre el mundo  
Donde alzar sus armonías.

## XVI

Súbito la muchedumbre  
Se estremece: ¿qué ha pasado?  
¿Por qué el órgano ha callado?  
Llena la iglesia de lumbre,  
¿Qué otra sombra la ha cruzado?

Todos, el brazo tendido  
Y afanosa la mirada,  
Buscan un punto... ¿Qué ha sido?  
— Que Angela en tierra ha caído,—  
Dicen, — y está desmayada.

—¿Será á causa del perfume  
Del incienso?— No se sabe.  
—¿Qué extraño mal la consume?  
— Se ignora. —¿Acaso está grave?  
— ¡Tal vez! — Su amor .. — Se presume.



Y la anciana y la doncella,  
Con el alma entristecida  
Se dirigen hácia ella....  
—¡Qué pálida está! — ¡Qué bella!  
—Parece una flor caída.

## XVII

En sus brazos con anhelo  
El anciano la reclina;  
Fijamente la examina,  
La nombra.... y extiende un velo  
Sobre su faz peregrina.

Y luego triste murmura:  
—¡Angela! ¡pobre hija mía!  
¡Tan hermosa y sin ventura!  
¡Tu vida fué toda pura, .  
Tu nombre una profecía!



## EN EL CEMENTERIO

Cuando poso mi planta en este suelo,  
Y me cubre la sombra del ciprés,  
Estremece mi espíritu el anhelo  
De ver rotas las tumbas á mis pies.

De sus blancos sudarios desprendidas,  
Quisiera ver alzarse en derredor  
Las sombras que al recuerdo siempre asidas  
Me siguen en la vida con amor.

Quisiera verlas dulces, renaciendo  
A todas las ternuras otra vez,  
Los rayos de la aurora recogiendo  
Para vestir su eterna palidez.

Quisiera que noticia me pidieran  
De los seres amados, con afán,  
Y que llenas de júbilo sonrieran  
Al decirles mi labio donde están.

Tengo sed de infinito, y me entristece  
Lo estrecho de la última mansión:  
Que viven esos muertos me parece  
Y que tienen ahogado el corazón.

¡Dadles aire, Señor! que no sucumba  
Su espíritu oprimido! dadles luz  
A esos pobres cautivos de la tumba  
Que yacen á la sombra de la cruz!

La muerte es vuestra esclava: que se humille,  
Que desgarre su fúnebre cendal,  
Para que en torno de sus frentes brille  
El iris precursor de lo inmortal.

1873



## À LA SOMBRA DEL LAUREL

### LA DONCELLA

Anciano, ¿no habéis visto en el camino  
Al dueño de mi alma y de mi amor,  
Errando por el valle, peregrino,  
Cual la sombra sin voz del trovador?

### EL ANCIANO

Esta aurora, al bajar de la montaña,  
He visto melancólico á un doncel,  
Contemplar desde léjos tu cabaña,  
Reclinado á la sombra de un laurel.

### LA DONCELLA

¿Le encontrásteis? ¿él era!... ¿Revelaba  
Mucho afán, mucha pena, ¿no es verdad?  
¿No oísteis si mi nombre pronunciaba  
Para llenar con él la soledad?

### EL ANCIANO

Quizá. Más tarde, cuando el sol radiante  
Alumbraba las flores del vergel,  
Volví á verle! cuán pálido el semblante!  
De hinojos á la sombra del laurel.

## LA DONCELLA

Anciano, yo le amo: en su latido  
Lo anuncia sin cesar mi corazón...  
Decidme si buscaba en el olvido  
Remedio á su dolor y su pasión.

## EL ANCIANO

Nó, que en redor de su abatida frente  
Volaban los recuerdos en tropel.  
¿Te quería ese bello adolescente  
Que ví triste á la sombra del laurel?

## LA DONCELLA

Escuchad: vino al pie de mi ventana  
Una noche de plácida quietud,  
Y una canción más tierna que galana  
Hizo oír al compás de su laúd.

## EL ANCIANO

¿Y llevó hasta tu alma una caricia?  
¿Y arrulló tus ensueños?... Tal vez él  
Pensaba en esa noche con delicia  
Suspirando á la sombra del laurel.

## LA DONCELLA

Desde entonces le adoro, y desdeñosa  
Me encuentra, ¿lo creereis? yo soy así:  
Tengo miedo al halago de otra hermosa,  
Y quiero encadenarle junto á mí.

## EL ANCIANO

¿El desdén á su amor has ofrecido?  
¿El desdén nada más? fuiste cruel..  
¡Ah! por eso esta tarde, el sol caído,  
Le ví muerto á la sombra del laurel.

1873



## LA AZUCENA

Nunca ví otra flor más llena  
De dulce melancolía :  
La tristeza y la poesía  
Se hermanan en la azucena.

Aquella blanca corola  
De palidez circuida,  
Recuerda una despedida,  
Un suspiro, un alma sola.

Ante ella, la luz deslumbra,  
Y el espíritu indolente  
Un vago deseo siente  
De silencio y de penumbra.

Hay un algo indefinido  
En el aire que la mece,  
Que el corazón adormece  
Al compás de su latido.

A la luz de la alborada,  
Su poética blancura  
Tiene toda la frescura  
De una caricia soñada.

Y cuando la tarde espira,  
Y en su tallo languidece,  
Alma de virgen parece  
Que recuerda y que suspira.

Amorosa compañera  
De una hermosa desolada,  
La ví una vez enlazada  
A una negra cabellera.

Y entre los rizos mecida,  
Semejaba la azucena  
Una lágrima de pena  
Entre crespones perdida.

Que tal es de su belleza  
La dulce melancolía,  
Que en su cáliz la poesía  
Se hermana con la tristeza.





## EL NIDO

Paseaba el bosque  
Luciendo el alba,  
Cuando en acecho  
Bajo las ramas  
Ví de rodillas  
Á mi adorada.  
Quise ir á ella,  
Quise nombrarla,  
Pero á una súplica  
De su mirada,  
Tornó su nombre  
Del lábio al alma,  
Y sobre el césped  
Paré la planta.  
Entonces ella  
Cual nunca ufana,  
Mostróme el nido  
De una calandria  
Sobre la horqueta  
De un viejo tala.  
Y ví que el ave,  
Trémula el ala,  
A sus polluelos  
Alimentaba ;

Y que los hijos,  
Acariciándola,  
Se estremecían  
Con dulces ansias,  
Como al arrullo  
De una esperanza,  
Mientras el cielo  
Se coloreaba,  
Y entre el follaje  
Lucía pálida  
La luz sin fuego  
De la mañana.

1873



## Á UNA NIÑA

Cuando tu lábio trémulo de besos  
Balbucea una frase sin sentido,  
; Cuántos recuerdos en el alma opresos  
Sacuden el letargo del olvido!

Aquellas dulces y apacibles horas  
En que la infancia desplegó su vuelo ;  
Aquellos cuentos de hadas protectoras  
Que el maternal amor trajo del cielo.

Aquellos cantos de pasión, oídos  
Como un arrullo en el sopor del sueño ;  
Aquellos ojos de ternura henchidos,  
Que espiaban siempre con temor risueño!

Háblame niña: con afán te escucha  
Mi corazón, de tu candor sediento;  
La sed de gloria y la ambición de lucha  
Se pierden en las notas de tu acento.

Con ambos brazos•á mi cuello asida,  
Dime ternezas como tú las sabes,  
Llenas del mundo en que tu mente anida,  
Del mundo de las flores y las aves.

Yo te comprendo : en tu inocencia vive  
De mis ensueños el anhelo vago,  
Y de tus besos el calor recibe,  
Y de tu voz el inefable halago.

Dentro de mí la juventud dilatas,  
Me abres el cielo con tu faz sonriente,  
Y el velo azul de la ilusión desatas  
Para que flote en torno de mi frente.

1876



## NUBE BLANCA

Parece que ha habido riña  
Esta tarde entre los dos,  
Porque él sin decirla ¡adiós!  
Se ha alejado de la niña.

Y con paso vacilante  
Camino del bosque vá,  
Sin que ella le nombre ya  
Para que vuelva el semblante.

¡Y se estingue el resplandor  
Del sol, y la sombra sube!  
Triste, muy triste es la nube  
Que vela un cielo de amor!

De pronto el amante observa  
Algo que pára su pie,  
Y muy luego se le vé  
Inclinado hácia la yerba.

Y á los últimos reflejos  
De la luz, alza en la diestra  
Una flor roja, que muestra  
A la doncella de lejos.

Aquella hija del llano  
Es la flor que ella prefiere....  
La niña sonríe y quiere  
Alcanzarla con su mano.

Y al fin junto á su amador,  
Por un beso se la arranca....  
¡Qué bella es la nube blanca  
Que cruza un cielo de amor!

1873



## ¡VEN, PRIMAVERA!

Ven á cubrir los campos, fecunda primavera,  
De flores que perfumen el aire en derredor;  
Ven como siempre hermosa, brillante compañera  
De todos los ensueños y dichas del amor.

Huyeron ya en girones las brumas del invierno,  
Huyeron ya los días de luz crepuscular,  
Y el cierzo que en la noche sobre el hogar paterno  
Sus alas gemidoras batía sin cesar.

La hora es, pues, llegada: despierta de tu sueño,  
Y torna tus dominios de reina á visitar,  
Y dile al ave sola que su amoroso dueño  
La busca en la espesura del bosque secular.

Ven, bella primavera: te aguarda estremecido,  
Latiendo tumultuoso, mi ardiente corazón:  
Ven á vestir el árbol, á columpiar el nido,  
Y á alzar en el espacio la voz de la creación.

¡Qué triste es en tu ausencia la vida del poeta,  
Sedienta de armonías, de luz é inmensidad!  
Cual en estrecha cárcel, su alma siempre inquieta  
Aguarda con tu vuelta su antigua libertad.

Radiante primavera, despierta con tus horas  
De ambiente perfumado, de dulce languidez;  
Que surjan tus paisajes, que brillen tus auroras,  
Que tus alegres himnos se escuchen otra vez!

Por ti suspira trémula la bella enamorada,  
Para ceñir de rosas su frente virginal,  
Y sueña que tu luna la alumbra reclinada  
En brazos del mancebo que encarna su ideal.

Ven, bella primavera: corónate de flores,  
Y torna las llanuras y el bosque á recorrer,  
Para que entone el ave su cántico de amores,  
Y el alma de las vírgenes se empiece á enrojecer.

Ven, como siempre amiga: te aguarda estremecido,  
Latiendo tumultuoso, mi ardiente corazón;  
Ven á vestir el árbol, á columpiar el nido,  
Y á alzar en el espacio la voz de la creación.





## LA CINTA ROJA

Del abismo sombrío  
De mis recuerdos,  
Surge, como la luna  
Del mar inmenso.

Siempre, como en las horas  
Llenas de ensueños,  
En que eran nuestras almas  
Un pensamiento:

En que temblando uníamos  
Nuestros deseos,  
Como dos alas blancas  
Con sed de vuelo!

Siempre como era entonces  
Pasar la veo;  
Siempre la misma cinta  
La ciñe el cuello.

Aquella cinta roja  
Cuyos extremos  
Aprisionaba el aro  
Del guardapelo;

Aquella cinta, que era  
    Como el compendio  
De un amor de veinte años  
    Que ya está lejos !

Con ella estaba el día  
    Que mi secreto  
La deslicé al oído  
    Con labio trémulo;

Cuando, bajos los ojos,  
    Hinchado el seno,  
De hallarme á solas tuvo  
    Placer y miedo;

Cuando me dió las flores  
    De su cabello,  
Y escapó sin mirarme,  
    Pero sonriendo.

La cinta estaba entonces  
    Para mis sueños,  
Roja como la aurora  
    Del sol de Enero!

Con ella engalanada  
    Vino á mi encuentro  
En la primera cita  
    De nuestro cielo;

Cuando arranqué á su labio,  
    Como un trofeo,  
Un beso y un suspiro  
    Y un juramento.

La cinta estaba entonces  
Sobre su cuello,  
Roja como sus labios  
Después del beso!

Con ella jugueteando,  
Por darme celos,  
Una tarde me dijo:  
« Ya no te quiero. »

Y me habló pensativa  
De otro mancebo,  
Que tenía los ojos  
Negros, muy negros.

La cinta estaba entonces  
Para mi duelo,  
Roja como la sangre,  
Como el incendio!

1877



## LA OLA

Mira esa ola que encrespada tiende  
Su melena de espuma chispéante,  
Creación de la borrasca, la suspende  
Sobre el mar en sus alas de gigante.

Pavor infunde: el alma estremecida,  
Se la mira avanzar, alta y enhiesta;  
Parece una montaña conmovida  
Que despeña las nieves de su cresta.

¿Tiemblas? ¿piensas que amaga en sus furores  
Absorber nuestro hogar, el dulce nido  
Que espera tentador, lleno de flores,  
Entre el bosque de acacias escondido?

Pues bien, mírala ahora: languidece  
Su soberbia febril; llega, y desmaya.  
Y su horror y sus iras desvanece  
En el blando regazo de la playa.

La ola está vencida; de ella apenas  
Queda una ondulación suave y tranquila,  
Que se extiende besando las arenas  
Y se deja sondear por la pupila.

Así las tempestades de mi alma,  
Si un día surgen en mi hogar sereno,  
Las trocaré en arrullo, en dulce calma,  
Al apoyar mi sien sobre tu seno.

## REVELACIÓN

Ayer no lo sabía,  
Oh, no! por vez primera  
De largo se vestía,  
Y aturdida, sonriente, y hehlicera,  
A la par de las blancas mariposas,  
Viajeras del jardín, giraba inquieta  
En torno de los lirios y las rosas,  
Como el eterno ensueño del poeta.

Pero ya no lo ignora,  
Porque dejando insomne esta mañana  
El lecho con la aurora,  
Trás la danza brillante que engalana  
Su último recuerdo y lo colora,  
Halló la senda del jardín cubierta  
De flores deshojadas:  
¡De flores á su paso derramadas  
Por una mano experta  
En alfombrar la ruta de las hadas!

— Ah! ¿quién será? — se dijo de repente,  
Recogida en los labios la sonrisa,  
Una mano en la frente,  
Y otra en el corazón, que se lo avisa.

Y recordó que anoche la miraron  
Con tan ávidos ojos!  
Que tantos á su lado suspiraron,  
Cuando tímida y llena de sonrojos  
En los giros del vals la arrebataron!

Que desprendió una mano misteriosa  
La flor de su cabello,  
Que como nunca se sintió dichosa,  
Que no quería que cesara aquello!

Su lindo pie, para marchar tendido,  
Esquivó entonces el bordado suelo  
Y se quedó en el aire suspendido...  
Semejante á esas aves, que en su anhelo  
De luz y libertad, el primer vuelo  
Van á ensayar del borde de su nido.

Brilló sobre su frente sonrojada  
Algo como la luz de una aureola,  
Y murmuró bajando la mirada:  
— ¡Qué miedo tengo de venir tan sola!




## LA LEYENDA DE LAS MADRES

### I

Puesto ya el sol, recogido  
El hálito rumoroso,  
La pampa estaba en reposo  
Bajo el cielo entristecido.  
El viento, medio dormido,  
Batía el ala insegura,  
Y bajando de la altura  
El crepúsculo severo,  
Como el sueño del pampero  
Se extendía en la llanura.

Una mujer, — la más bella  
De todas, la madre amante, —  
Cruzaba la pampa, errante,  
Dejando la luz tras ella;  
Sin más rumbo que la huella  
De su pie despedazado,  
Pisando el trébol mojado  
Por el rocío del cielo,  
Iba contando su duelo  
Al desierto desolado.



Aquel niño, su alegría,  
Que en los brazos estrechaba,  
Como un día que se acaba,  
Se moría, se moría!  
Y ella, pobre! no podía,  
Siendo toda su fortuna,  
Darle una, ¡sólo una!  
De esas ansias de aleteo  
Que encantaban su deseo  
Cuando lo espiaba en la cuna.

Era una extraña dolencia,  
Languidez desconocida,  
La que agostaba la vida  
De aquella dulce inocencia;  
Y los hombres, y la ciencia,  
Con crueldad indiferente,  
Para ella solamente  
Cerraban en lontananza  
Los caminos de esperanza  
Que cruzaban por su mente

## II

Pero un día, su memoria  
Vió entre lágrimas, lejana,  
Una imágen soberana  
Llena de rayos de gloria;  
Y al arrullo de una historia  
Dulcemente recordada,  
Sintió en el alma angustiada  
Como un beso de consuelo,  
De esos que bajan del cielo  
En una noche estrellada!



Era un mundo del portento  
Esa historia: — maravilla  
Contada con fé sencilla  
Al dolor y al sentimiento.  
Deslumbrado el pensamiento,  
Alzó la frente sombría,  
Y hundió, loca de alegría,  
La mirada de su duelo  
En aquel rincón del cielo  
Sin tinieblas todavía.

Vió prodigios. Ojos muertos  
Por lágrimas y dolores,  
Henchir de luz y colores  
Los párpados entreabiertos;  
Labios mudos y desiertos.  
Dar paso á la nota alada;  
Y una manecita helada,  
Ya del color de la cera,  
Hurgar el seno hechicera,  
Blanda, tibia y sonrosada.

Vió, y en pós de aquellos trazos  
Luminosos, fué valiente,  
Meciendo al niño doliente  
En la cuna de sus brazos;  
Dióle todos los regazos  
El calor de su ternura,  
Y en la senda de amargura  
Sonó el grito de su afán:  
« Madre mía de Luján,  
Ampara mi desventura! »

## III

La noche abismó en su seno  
Las últimas claridades,  
Y en las vastas soledades  
Tendió su manto sereno:  
El cielo, de estrellas lleno,  
Acentuó su azul sombrío,  
Y el aire inmóvil y frío  
De las noches transparentes,  
En las hojas relucientes  
Empezó á helar el rocío.

La madre siguió adelante:  
La sombra no la detuvo,  
Y toda la noche anduvo  
Sola, llorosa y errante.  
Estaba aún tan distante  
La que todo bien alcanza!...  
Era horrible la tardanza:  
Y helaba, y no lo sentía,  
Porque toda la encendía  
La fiebre de la esperanza.

Íbala ahogando el quejido  
De su niño, y lo estrechaba  
Al seno, que se alhuecaba  
Con ánsias de hacerle nido.  
Su cuerpecito aterido  
La daba anhelos insanos,  
Y después de esfuerzos vanos,  
Quería, con sus querellas,  
Hacer bajar las estrellas  
A calentarle las manos.

## IV

Clareó el alba. Cenicienta,  
Blanca, rubia, por las lomas,  
Despertando alas y aromas,  
Paseó la luz opulenta.  
El sol, aún soñolienta,  
Besó á la pampa tendida,  
Y la pampa, estremecida  
Al calor del rayo de oro,  
Desató el raudal sonoro  
De los himnos de la vida.

Siempre vueltos al oriente  
Los ojos enrojecidos,  
Siempre arrastrando gemidos,  
Siempre en oración ferviente  
Iba la madre doliente,  
Por la salvaje llanura,  
En pos de aquella ternura  
Insaciable y poderosa,  
Que era madre cariñosa  
De las madres sin ventura.

La cruz del hogar sagrado,  
¡Con qué gozo delirante  
La vió en el fondo brillante  
Del horizonte dorado!  
Allá estaba el suspirado  
Amparo de tanto duelo,  
La que el dolor y el consuelo  
Unía en estrecho lazo,  
Sellando el eterno abrazo  
De la patria con el cielo!

Era ella! A la distancia,  
La veía como en sueños,  
Buscar con ojos risueños  
Su pobreza y su ignorancia;  
La veía en una estancia  
Llena de oro y de reflejos...  
Y por hacerle festejos,  
Y para hallarla piadosa,  
Entre sonriente y llorosa  
Le tendió su hijo de léjos.

## V

Alto el sol en su carrera,  
El cielo resplandecía,  
Y el aire tibio batía  
Sus alas de primavera, —  
Cuando al fin, por vez primera  
Consolado su gemido,  
Ponía el pié dolorido  
La mártir ante el santuario,  
Y olvidaba su calvario  
Besando al niño dormido.

Dormido... ¿Qué fuerza extraña,  
Qué ternura omnipotente,  
Animó al pobre inocente  
Como el calor de una entraña?  
¿Fué la fiebre? ¿Fué la saña  
De aquella noche traidora,  
Que atrayendo vengadora  
Del sol el ala encendida,  
Llamó su sangre á la vida  
Al despertar de la aurora?

Para las almas sencillas  
No hay sombra en el pensamiento,  
Y la madre ante el portento  
Se desplomó de rodillas;  
Bañó el llanto sus mejillas  
Como fuente desbordada,  
Y así, humilde, arrodillada,  
Signió andando sin reposo  
El camino doloroso  
De la última jornada.

## VI

Largo tiempo, sin aliento,  
La vieron todos los ojos,  
Arrastrándose de hinojos  
Sobre el duro pavimento;  
Ni una queja, ni un lamento,  
Revelaron su agonía,  
Y con la santa energía  
Y el poder de su cariño,  
Se alzaba besando al niño  
Cada vez que se caía.

Así, heroica, grande y fuerte,  
Con su tesoro salvado,  
Llegó al templo consagrado,  
Fugitiva de la muerte;  
Ya no estaba frío, inerte,  
El amor de sus amores,  
Y asilados sus dolores,  
En la nave solitaria,  
Abrió el alma á la plegaria  
Como al sol se abren las flores.

Luego, en el ansia postrera,  
A su Virgen invocando,  
Subió apenas, desmayando,  
Las gradas de una escalera;  
Hacia ella, el alma entera  
La llamaba y la atraía,  
Y á sus piés llevar quería  
Como la ofrenda mas pura,  
La inocencia y la dulzura  
De aquel niño que dormía.

Después... tembló vacilante  
La luz... soñó maravillas,  
Y despertó de rodillas  
Al pié de un altar brillante:  
Era *Ella!* deslumbrante,  
Poderosa... y la miraba  
Tan dulcemente, que estaba  
Tentada, en su regocijo,  
De abandonarle su hijo  
Para ver si lo besaba!

## VII

Hija del pueblo, que tienes  
La fé santa, la fé pura,  
Y en tus horas de amargura  
Al hogar del templo vienes;  
Alma blanca, que mantienes  
La plegaria inmaculada, —  
Esa región encantada  
Donde el cielo azul empieza, —  
Del misterio y la tristeza  
Candorosa enamorada:

Anda, y lleva por la senda  
Del dolor desesperado,  
Al triste hogar desolado  
Tus creencias en ofrenda;  
Anda, y dile que suspenda  
A la madre sus gemidos,  
Que hay sobre todos los nidos  
Y las cunas de este mundo,  
Allá en el cielo profundo  
Unos brazos extendidos!

Anda, y muestra á la amargura  
De los pobres sin amparo,  
La luz de tu eterno faro  
Levantado en la llanura;  
Y allá irán, con tu ternura,  
Con tu dulce confianza,  
A buscar en lontananza  
A esa Virgen de Luján,  
En cuyo santuario están  
Dios, la patria y la esperanza!



## CARAPACHAY

Alzada la esbelta proa,  
El agua en sus flancos riza,  
Y rápida se desliza  
Como un cisne mi canoa.

Los sauces, la cabellera  
Sumergida entre las ondas,  
Alzan murallas de frondas  
En una y otra ribera.

En lecho de algas mecidos  
Por una brisa indolente,  
Al paso de la corriente  
Tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona  
El árbol al lado mío,  
Porque ha empezado el estío  
A deshojar su corona;

Y esas hojas, y esas flores,  
De la corriente cautivas,  
Van pasando fugitivas  
Como recuerdos de amores.



A veces furtiva lanza  
Un destello á la pupila,  
Una luz que tiembla, oscila,  
Y se extingue en lontananza.

Y á veces lejano suena  
Un rumor que hasta el oído  
Llega claro, difundido  
En la atmósfera serena.

Ya es el golpe acompasado  
De algun remo que voltea,  
Ya es un ave que aletea  
Entre el ramaje callado.

La noche está transparente,  
Tibia, vestida de gala,  
Y mi canoa resbala  
Sobre la tersa corriente.

Y en tanto, con el desvelo  
De la madre ante la cuna,  
Está mirando la luna  
El paisaje desde el cielo.



## DESOLACIÓN

Ayer aquí, sobre la muelle alfombra  
Por la postrera vez arrodillada,  
El alma ya en la sombra,  
Y el crepúsculo eterno en la mirada, —  
Suspendida en mis brazos, casi inerte,  
Blanca, la pasionaria  
Cuya ternura se enlazó á mi suerte,  
Llamó á Dios con la última plegaria  
Desde el dintel sombrío de la muerte.

Hoy, el nido vacío  
Como un desierto al corazón espanta:  
¡Qué soledad! ¡qué frío!  
El silencio parece que levanta  
Horizontes de tumba al lado mío.

¡Venid, recuerdos, y en tropel girando,  
En torno á mi dolor batid las alas!  
Vosotros sois la vida  
Que atraviesa la muerte suspirando;  
Vosotros, las escalas  
Que llevan las ternuras sin consuelo,  
Los adioses de eterna despedida,  
A encontrar en el cielo  
La caricia perdida.

Todo está como ayer: al pie del lecho,  
El sillón solitario, abandonado,  
Como un nido deshecho,  
Ofrece á mi tristeza,  
Aquí y allá, las hebras esparcidas  
Del cabello dorado,  
Que era como el fulgor de su belleza.

Siempre, desde el sillón á la ventana,  
Se deslizaba ella,  
A espiar el sol, las flores, la mañana,  
Con ansias de cautiva;  
Y allí, sobre la alfombra, está la huella  
De su planta furtiva,  
Que ha dejado mi pobre soñadora,  
Como la estela de su vida, estrella  
Que se apagó en la aurora.

Ese rayo de sol que se desprende  
Al través de la verde celosía,  
Y que á mi pie se extiende,  
Es el mismo que ayer, cuando de hinojos  
Mi Blanca se extinguía,  
Fué á alumbrar en el fondo de sus ojos  
El amor de su última mirada  
Que buscaba la mía.

¡Quién pudiera llorar, como se llora  
Cuando la vida, de inocencia llena,  
No tiene esta ansiedad, que me devora,  
Y este orgullo feroz, que me encadena!  
Tal vez me acecha ahora  
La risa desdeñosa, que amuralla  
El dolor en el alma prisionero,  
Y en un grito altanero  
Trueca el clamor del corazón que estalla.

Adios, mi Blanca, adios; tú solamente  
Sabes que tengo lágrimas que azotan  
Con ira de torrente  
Mi vida desolada.  
Aquí dejo en el fondo de tu nido  
El último sollozo, la postrera  
Explosión del dolor que me ha vencido,  
Y voy, alta la frente,  
A decir á ese mundo que me espera  
Que ni siquiera sé que te he perdido.

1876



## LAS ENREDADERAS

Reflejando su imagen sonriente  
Sobre un arroyo que jamás murmura,  
Tendían, bajo un sol resplandeciente,  
Una malla salvaje de yerba  
Desbordada en la límpida corriente.

Eran burucuyás: frutos dorados,  
De dulce aroma y de frescura llenos,  
Entre la pompa de la flor ahogados,  
Mostraban, como estuches mal cerrados,  
La roja pulpa en los colmados senos.

El nervioso ramaje de un seibo,  
Suspendía á las lianas en sus brazos:  
Aquel rey de las islas, siempre altivo,  
Atraído de amor por tantos lazos,  
Inclinaba su frente de cautivo.

Sobre el tapiz con que la orilla alfombra  
El camalote en flor que la engalana,  
En la esbelta canoa americana  
Bogábamos los dos, bajo la sombra  
De aquel manto de verde filigrana.

Ibamos mudos, con el alma henchida  
De un amor palpitante en el desvío  
De su mirada, para mí escondida;  
Las hojas nos rozaban: de rocío  
Teníamos la frente humedecida.

El aire, de perfumes saturado,  
El cielo azul, la luz de la mañana,  
Habían nuestras almas inundado...  
Yo arrebaté una flor de la liana,  
Y ella cortó la flor que estaba al lado.

— ¿Qué significa, —murmuró, — (tenía  
Bajos los ojos, agitado el seno), —  
Esta espléndida flor? — Bien lo sabía,  
Pero de orgullo y de ternura lleno,  
«Pasión,» la dije, y le entregué la mía.



## EN LA MUERTE DE FLORENCIO DEL MÁRMOL

Florencio! amigo amado!  
Hermosa y noble juventud caída  
En el dintel del porvenir soñado;  
De aquel hogar que acarició tu vida  
De eterno desterrado!

¡Qué soledad tan triste  
Nos dejas al partir, hermano mio!  
La pléyade en que tu alma confundiste,  
Luto por siempre viste  
Y lleva en sus entrañas el vacío.

Suspiros de honda pena,  
Lágrimas del recuerdo desolado,  
Surgen doquiera que tu nombre suena;  
¡Ya no estará jamás á nuestro lado  
El joven lidiador de tez morena!

Aquel que fuera un día  
Pasión de la justicia encadenada  
En brazos de la infame tiranía,  
¡No tiene ya la voz, ni la mirada,  
Con que el derecho á combatir se erguía  
En su alma sublevada!

Aquel que oyó el lamento  
De Cuba la infeliz, pidiendo en vano  
Alas de tempestad al mar y al viento .  
Para llevarle el brazo del hermano,  
¡No tiene ya el acento  
Que traducía el grito americano !

Aquel que en Tacna, errante,  
Como un espectro del valor postrado,  
En pos de la batalla, delirante,  
Iba á buscar su puesto de soldado,  
¡No tiene ya en el pálido semblante  
Del entusiasmo el resplandor sagrado !

Es la torpe injusticia vencedora  
La que su tumba ha abierto,  
Mostrándole las sendas del desierto  
En plena juventud, en plena aurora :  
Alma de niño, pura y soñadora,  
En el desplome del derecho ha muerto !

Tal vez... tal vez, en día no lejano,  
Una hueste guerrera  
Gritos de redención lance en el llano ;  
Y entonces, enlazados de la mano,  
Como en los tiempos de la edad primera,  
Iremos todos á decirle : « Hermano,  
Álzate á bendecirla : es tu bandera, »





## LA NOVIA

Pasa ante mí para cantarte, diosa  
Del Edén inmortal de los amores;  
Pasa ante mí, magnífica y radiosa,  
Rendida bajo el peso de las flores.

En tu marcha triunfal, la blanca gasa,  
El tul de espumas que sobre ella ondéa,  
Se animan con el fuego que te abrasa  
Y en el fondo de tu alma centelléa.

El pálido azahar en luz se inunda  
Y ciñe su aureola á tu cabello:  
Tu lámpara de vírgen, moribunda,  
Lanza á tu frente su postrer destello.

En vano blanca y vaporosa avanzas,  
Tímido el paso, la mirada esquiva,  
Velando tus anhelos y esperanzas,  
Reina de un alma y del amor cautiva;

En vano, en vano, recoger pretendes  
Las radiaciones de tu ser: te agobia  
La pasión, y deliras, y te vendes,  
Convulsionando tu cendal de novia.

Así es el alba, despertar sereno  
De la mañana: su candor compendia  
Un sueño virginal; pero en su seno  
Tiene el rayo del astro que la incendia.

El cielo de la América en tu cuna  
Vertió su luz de eterna primavera;  
¡Y quieres con los velos de la luna  
Ahogar del sol la desbordante hoguera!

En torno tuyo circular se siente  
La vida que tu espíritu colora,  
Y los dorados sueños de tu mente  
Destellan de tu sién rayos de aurora.

Mañana, la corona desceñida,  
En el hogar, henchido de embelesos...  
¡Torrentes de ternura comprimida,  
De caricias, de arrullos y de besos!

Si tu labio de virgen enmudece,  
Ebrio de amor tu corazón no calla,  
Y al golpear su cárcel, me parece  
Que al fin la rompe y tu corpiño estalla.

¡Qué bella estás, estremecida y roja,  
Las manos sobre el seno jadante!  
¡Qué bella estás, en tu infantil congoja  
Buscando asilo bajo el tul flotante!

Me atraes y me deslumbras: yo me anego  
En la luz de tu imagen ruborosa,  
Y porque tienes corazón de fuego,  
Sobre su altar mi corazón te endiosa.

Pasa ante mí para cantarte, pasa,  
Reina de la pasión, virgen morena,  
Entre la blanca nube de la gasa  
Que la luz del relámpago encadena.

Pasa ante mí, con tu inefable anhelo,  
Que por los goces del hogar suspira,  
Y deja que en la senda de tu cielo  
Flores de juventud ponga mi lira.

1875



## FLOR SILVESTRE

— Niña, si tú me quieres,  
Te daré el corazón, el alma toda:  
Serás la más feliz de las mujeres.  
Y la reina del fausto y de la moda.

— Brillante caballero,  
Que así conmueve mi apacible calma:  
Tan grato porvenir yo no lo quiero.  
No cabe en él mi alma.

Soy niña y estoy sola,  
Desamparada y triste sobre el mundo..  
Donde el trabajo á la mujer inmola  
Como un suelo infecundo;

Mas tengo allá á lo lejos,  
En aquella chocita que se mira  
Del sol á los reflejos,  
En ese valle que de amor suspira.

Una prenda, un tesoro  
De inefable esperanza y de consuelo.  
Más hermoso que el oro  
Brillando bajo el sol que alumbra el cielo.

Es un ángel... el fruto sin fortuna  
De un amor desgraciado, no mentido...  
¿Quiere usted que le lleve ante su cuna  
A besarlo dormido?

## EL LAZO AZUL

Al deslizarse mi pié  
Por la húmeda gramilla,  
Un lazo azul con su hebilla  
Esta mañana encontré.

Por cierto estaba hechicero  
Entre las flores del prado,  
Un rayo de sol dorado  
Brillando sobre el acero.

Y apenas mi buena estrella  
Me lo señaló al descuido,  
Ya lo soñé suspendido  
Del cinturón de una bella.

Ante aquel dulce color  
Que hablaba de cielo y gloria,  
Presentí una blanca historia  
Llena de sueños de amor.

Pensé en la luz de la luna  
Y en la fresca margarita,  
Y adiviné de una cita  
La suspirada fortuna.

¡Qué hermosa debió vagar  
Por el llano iluminado  
La virgen que á su adorado  
Fué allí trémula á encontrar!

¡Cuánta imágen sonrosada  
Su mente acariciaría,  
Recordando el primer día  
En que supo que era amada!

Bajo el vaporoso tul  
De la noche suspirante,  
Surge ante mí á cada instante  
La dueña del lazo azul.

Y tal la llegué á entrever  
Que en medio de cien doncellas,  
Todas cándidas y bellas,  
La sabría conocer;

Y la diría al oído  
Presentándole mi ofrenda:  
«Hoy he hallado esta prenda;  
Tómala: tú la has perdido.»



## LA CAUTIVA

De la tierra extranjera  
Vendrá el gigante de las patrias glorias,  
Al pié de la bandera  
Que tiene su alma y guardará altanera  
En urna azul su polvo de victorias.

Proscripto del destino,  
Vendrá en la muerte á levantar su tienda  
Bajo el sol argentino,  
Y en cada ola que alzaré el camino  
La libertad le llevará una ofrenda.

La América al soldado  
Daré las palmas de la tierra toda  
Donde lloró el pasado,  
Donde á la sombra del pendón sagrado  
Cruzó triunfante la conquista goda!

La proa del navío  
Por el laurel se sentirá sujeta,  
Y allá hasta el mar bravío  
Irán las ondas del Platino río  
Con la caricia de la patria inquieta.

Con extraño murmullo,  
Sobre los flancos del bajel severo  
Pondrán amor y orgullo,  
Y harán oír, á San Martín su arrullo,  
Y al ronco mar los gritos del Pampero.

El gigante caído,  
De aquellas olas guardará el lamento,  
Porque ellas habrán ido  
Sobre el abismo á conmover su oído,  
Con esta endecha que les dijo el viento:

“Allá, tras la neblina  
En que parece que á tocar sus brumas  
El cielo al mar se inclina,  
Hay una tierra que nació argentina,  
Y en la borrasca se ciñó de espumas.

“A aquella tierra un día  
El sol de Mayo la besó en la frente,  
Y hoy llora todavía,  
Perdida y sola en la extensión vacía,  
Con el recuerdo de su amor ausente.

“Hija del Nuevo Mundo,  
Le llama triste á consolar su pena,  
Y oye sólo, iracundo,  
Del Océano el estertor profundo  
Que en el confín del horizonte suena.

“Cual víctima expiatoria,  
A su cadena la amarró el pirata  
De aventurera historia,  
Para vengar la tempestad de gloria  
Que á sus milanos desbandó en el Plata.



“Y allá gime cautiva,  
Luchando en vano por romper sus lazos  
Con ira convulsiva,  
Con el rubor de la romana altiva  
Cuando el esclavo la estrechó en sus brazos.

“Su clamoroso alerta  
Todos los ecos que el abismo esconde  
Alza en la mar desierta,  
Pero jamás la soledad despierta,  
Pero jamás el vengador responde!

“Ay! el ave marina  
Sabe no más lo que se queja á solas  
La cautiva argentina,  
Cuando le grita el huracán: *Malvina!*  
Y dicen: *Falkland!* las sombrías olas.

“Ella, la compañera  
De sus peñascos descarnados, sabe,  
Que inerme y prisionera,  
En la ansiedad del abandono espera,  
Como encallada y solitaria nave;

“Que eterna sombra arroja  
Sobre las cumbres donde rueda el trueno,  
Una bandera roja  
Que en el delirio de mortal congoja  
Como una garra se clavó en su seno;

“Que el sueño del rescate  
La hace vibrar como gigante lira  
Templada en el combate,  
Cuando sus álas la tormenta bate  
Y en soplo audaz la libertad respira;

“Que la soberbia azota  
Del opresor la miserable esclava,  
Cantando su derrota,  
Y donde quiera que su enseña flota  
El estandarte de la patria clava;

“Y que ora en explosiones  
De orgullo airado, su penacho agita  
De niebla hecha girones,  
Llamando al viento á desatar turbiones,  
Y dando al rayo vengadora cita;

“Y ora pide doliente  
Su inmensa tumba, su grandeza entera,  
Al hondo mar rugiente,  
Para perderse entre el oleaje hirviente  
Con el sudario de la azul bandera!”

Así dirán airadas  
Las anchas olas del Platino río,  
De espuma coronadas,  
Volcando flores, de la patria enviadas,  
Sobre los flancos del triunfal navío.

Ay! en la urna muda  
Como un recuerdo dormirá el atleta  
Que América saluda;  
Pero el secreto de la mar ceñuda  
En cada oído lo dirá el poeta.

De su lira sonora  
Saldrá perenne la canción guerrera,  
Que marcha voladora,  
Como la luz, á despertar la aurora,  
Como la chispa, á reventar la hoguera!

## VISIÓN DE ENSUEÑO

Te soñé cuando niño: en torno mío  
Agitabas tus alas de paloma,  
Como el ángel risueño de las cunas  
Que envuelve á la inocencia en su aureola.

Eras pálida éntonces como el alba  
Cuando en la frente de la noche flota,  
Y etérea como el rayo de la luna,  
Y blanca como el velo de las novias.

Al despuntar mi dulce adolescencia,  
Otra vez te soñé: tierna y piadosa,  
Surgías á mi paso como un astro,  
Girando entre mi espíritu y la sombra.

¿Dónde no estabas tú? yo te veía,  
Hada de mis ensueños protectora,  
Ya viajera en el ala de las nubes,  
Ya flotante en la espuma de las olas.

No eras pálida ya: te coloreaba  
Ese tinte indeciso que eslabona  
La nítida blancura de las nieves  
Y el esplendor de llama de las rosas.

Después, mi juventud lanzó en relámpagos  
La luz primaveral: brilló la antorcha  
De los sueños de amor sobre mi frente.  
Y un nuevo sol precipitó las horas.

Mi alma de poeta sintió el vértigo  
Del abismo de luz; la sed de pompa  
Del cielo tropical, cuando despierta  
Palpitante en los brazos de la aurora.

Y te volví á soñar! visión del nido  
Que tiembla bajo el manto de las hojas:  
Destello del amor de una mirada.  
Poéma del arrullo de las tórtolas.

Creación de la esperanza, que resume  
El Edén de la vida y su corona,  
En un vestido blanco ondeando al aire  
Sobre un tapiz de margaritas rojas!

Eso eras tú cuando golpeó mi lira  
A la puerta del templo de la gloria:  
Eso eras tú cuando busqué en el cielo  
El alma hermana de mi alma sola.

Hoy todavía, tu inmortal sonrisa  
Entre mis lábios el suspiro ahoga:  
Hoy todavía, misteriosa estrella,  
Sobre la noche de mi vida flotas.

## AMOR DE POETA

— Recuerdas ? Tu planta pisaba insegura  
Las hojas caídas debajo el talar ;  
Mi mano oprimías con casta ternura,  
Y en mundos de gloria me hacías soñar.

— Qué día tan bello !

— La tarde caía,  
Fundiendo en el aire su ténue arrebol,  
Y el aire dorado llevar parecía  
A todas las sombras el beso del sol.

Tendido el ramaje, las hojas en calma,  
El monte sombreaba tu pálida sién ;  
Los sueños mecían tu arrullo en mi alma...  
— De tí estaba llena la mía también.

— No sé cuanta imagen cruzó por mi mente;—  
¿ Quién cuenta latidos ? — De pronto te ví,  
Absorta é inmóvil, la mano en la frente,  
; Y estabas entonces más cerca de mí !

El monte raleaba : rasgado el follaje,  
El cielo filtraba su pálido azul;  
Un cielo más puro que el aura salvaje,  
Y más vaporoso que un manto de tul.

Fué sólo un segundo : con tierna entereza,  
"Ah, cuánto te quiero !" dijiste no más,  
Y luego en mi hombro tu hermosa cabeza  
Cayó desplomada, tendida hácia atrás.

En lluvia de rizos tus negros cabellos  
Sentí por mi espalda rodando caer,  
Y en tanto mi mano jugaba con ellos,  
El alma en los ojos te quise leer.

Tu dulce mirada vagaba en el cielo.  
— Pensaba en las tumbas que guarda la cruz.  
La muerte ¿ es la nada ?

— La muerte es un vuelo  
Que emprenden las almas con alas de luz.

No en ella pensabas : tu faz ruborosa  
A voces decía tu anhelo inmortal ;  
No piensa en la muerte la vírgen radiosa  
Que lleva en sus venas el sol tropical.

¿ En nube de espumas cruzaba el espacio  
Tu nido de amores, refugio del bien ?  
¿ Ó acaso buscabas la luz de topacio  
De un astro encantado ?

— Buscaba mi Edén.

— Celeste sonrisa tus lábios plegaba.

— Decía tu nombre.

— ¿Pensabas en mí?

— Pensaba en un goce que nunca se acaba,

Y en dos palomitas que estaban allí.

— Mi dulce adorada, ¿porqué de mi vida

La eterna borrasca viniste á buscar?

La gloria es relámpago de nube encendida,

¿Lo sabes?

— Lo ignoro: no sé más que amar.

## NIÑA MIMADA

Es tirano entre tiranos,  
Y me manda... porque es ella;  
Y es inocente, y es bella,  
Como una flor de los llanos.

Es amor de idolatría  
El amor que me encadena  
A la sombra de su pena  
Y á la luz de su alegría.

Si al lado mío la siento,  
Si su vestido me toca,  
Mi alma, como una loca,  
Se olvida del pensamiento.

De sueños y resplandores  
Inunda mi vida entera,  
Porque ella es la primavera  
Y el cielo de mis amores.

Y lo sabe, y es coqueta  
Como la flor con la brisa,  
Y es suspiro ó es sonrisa  
De la ilusión del poeta,



A veces, mirando esquiva,  
El corazón entristece ;  
Otras, rogando, estremece  
Con rubores de cautiva.

La viérais ! Con cuánto anhelo  
De nada me hace una riña,  
Y alza entre el hombre y la niña  
Una tempestad de cielo !

Desdenes finje, y enojos,  
Y hastío, y contrariedades ;  
Yo la digo... iniquidades,  
Besándola con los ojos.

Y al fin, en són de ofendida,  
Para que verla no pueda,  
Me esconde el rostro, y se queda  
Como paloma dormida.



## EL CANTAR DE LOS CANTARES

Lleva la nave, viajadora inquieta,  
Un Edén escondido :  
Son dos novios de ayer, que han hecho el nido  
Donde lo haría el sueño de un poeta.

Ellos quisieron, para amarse á solas,  
La errante soledad del camarote,  
Y el nido, puesto á flote,  
Con alas de vapor hiende las olas.

Allí está la pareja, cuyo anhelo  
Unió la tierra al cielo  
Con invisibles lazos,  
Cuando en nombre del Dios que abre las flores  
El dulce amor la aprisionó en sus brazos.

Ella, la hermosa frente  
Al peso del rubor tiene doblada,  
Y ha entornado los ojos, porque siente  
El miedo de la luz en la mirada.

Él, se ha puesto de hinojos  
Para tomar y acariciar sus manos,  
Para sentir, espiándole los ojos,  
Que es suya, toda suya,  
La virgen de los ruegos soberanos.

Allí están, en profundo  
Extasis de pasión, sabiendo apenas  
Que pueda haber más gloria en este mundo  
Que el beso forjador de sus cadenas.

Y en tanto que ella esconde,  
Huyendo del rubor, sin saber dónde,  
Sobre su pecho el rostro enrojecido,  
Él traduce los besos en palabras,  
Y el poema inmortal canta en su oído:

•Acuérdate, mi amada,  
Del día aquel que nos unió el destino,  
Cuando puso el Señor en mi camino  
La promesa del cielo en tu mirada.

•Aquel hermoso día  
Era un arrullo la creación entera,  
Y al través de tu alma y de la mía,  
Como un enjambre de alas rumorosas,  
Pasó la primavera.

Yo no sé cómo fué que nos sentimos  
Con sed de luz de cantos y de aromas;  
Nos amamos mirándonos,  
Como brotan las flores en racimos,  
Y nacen en casaes las palomas.

•Desde entonces, la vida,  
Sonrojada en los dos, tuvo colores,  
Y ofreció á la ilusión, embellecida,  
Regazo azul para soñar de amores.

« ¡Quién tuviera la voz de la inocencia  
Para encantar las almas, evocando  
De nuestro idilio la inefable historia!  
¡Tanta dulce memoria  
Que á nuestro corazón se está asomando!

« El tiempo aquel — acuérdate alma mía! —  
Cuando en las tardes tu beldad galana  
En vaporoso traje se envolvía,  
Y á mí me parecía  
Que era marco del cielo tu ventana;

« Cuando en el templo, lleno  
De luz crepuscular, al lado tuyo  
Iba á sentirme generoso y bueno,  
Y á orar por mis quimeras, con el alma  
Mecida por las ondas de tu seno!

Acuérdate, mi encanto,  
De aquella noche de las dulces horas  
Por cuya sombra suspiramos tanto!

« Cuando por vez primera  
Atravesó el dintel de tu morada  
Mi tímida ternura,  
Que envidiaba á tus rosas la ventura  
De acariciar tu negra cabellera!

« Ni en la voz de pasión con que embelesas  
Mi existencia cautiva,  
Hay más gritos de amor que en el relámpago  
Con que me dijo ruegos y promesas  
Tu mirada furtiva.

« Cuánto ideal risueño  
Con sus visiones de brillantes galas,  
Aquella noche acarició mi sueño,  
Cuando tu imagen me cerró los ojos  
Y el alma insomne desplegó las alas!

« Como soñar contigo era mi vida,  
Soñé que eras de Dios hija mimada,  
Un Dios tan justo y bueno,  
Que tan sólo á mis besos consagrada  
Te guardaba en los cielos escondida!

« En la hora nupcial del Paraíso,  
La estrella del amor brilló en tu frente,  
Y, porque Dios lo quiso,  
Un ángel puro abandonó en mis brazos  
Tu belleza inocente.

« Y eras, mi bien, tan bella,  
Que no había en mi espíritu adormido  
Otro rayo de sol que el de tu huella;  
Y el cielo, y Dios, y el ángel, y la estrella,  
Tenían el color de tu vestido!

« Acuérdate, mi gloria,  
De tanta imagen dulce y sonriente,  
Que despertar se siente,  
Como una aurora eterna, en la memoria.

« Aquel cambio de flores á hurtadillas,  
Sin que nadie nos viera;  
Y aquel hallarse siempre y donde quiera  
Unidas por *milagro* nuestras sillas;

• Y aquel pensar los dos la misma cosa,  
Que parece mentira,  
Como si fuera el alma luminosa,  
Cuando el amor la mira;

• Y aquellos celos míos, que llenaban  
Mi alma de relámpagos, y luego,  
Vencidos por la pena de tu ruego,  
En tus hermosos ojos se apagaban!

• Nunca estará lejana  
De nuestro corazón, en hora alguna,  
Esa bandada inquieta de recuerdos,  
Que en derredor de la inocente cuna  
Sus alas blancas batirán mañana.

• Hora que estoy de hinojos,  
Alza tus negros ojos  
Para ver el abismo de los cielos;  
Alza, para mirar si son más rojos  
Tus labios ó mis celos.

• Todo en torno respira  
El amor y la luz: voces extrañas  
Arrullan en el aire que suspira,  
Y el río, como el cielo que nos mira,  
Tienen besos de sol en las entrañas.

• Bésame tú también en nuestro nido:  
Quiero, de encanto lleno,  
Contar sobre tu labio estremecido,  
Desde el primero al último latido  
De ese mi corazón que está en tu seno!

«Alza, mi bien, la frente coronada  
De lánguidos rubores,  
Más bellos todavía que las flores  
Con que teje la vírgen desposada  
Su diadema de amores.

«Flota en el aire tibio  
El perfume de todas las corolas:  
La luz en el espacio centelléa:  
Y en el blando regazo de las olas  
Nuestro lecho nupcial se balancéa.

«Escóndete en mis brazos, alma mía,  
Y bésame en secreto,  
Que hay un rayo de sol que nos espía  
Para contarlo al oléaje inquieto.

«Bésame eternamente,  
Arrullando las horas de mi vida  
Con tu dulce caricia enamorada,  
Y te amaré rendida  
Más que te amaba un tiempo suspirada.

«Sueños y desvaríos  
De la dicha serena,  
En ese beso eterno, mi morena,  
Pasarán de tus labios á los míos.

«Y hoy, y mañana, y siempre, al lado tuyo,  
Con miedo de la noche abrumadora,  
Veré el día que parte,  
Y entre tus brazos soñaré la aurora  
Con ansia de la luz para mirarte!»

Así canta el amor, en el oído  
De la novia agitada y suspirante, .  
El poema del nido,  
Mientras la nave, errante  
En alas del vapor, tiende su estela  
Sobre el camino del Edén perdido.

1884





## EN LA ESTANCIA

Hundióse rojo el sol, un sol de estío,  
Desplegando en la atmósfera inflamada,  
Tras ancha nube de color sombrío,  
Su abanico de luz tornasolada.

Sobre la loma plácida y desierta,  
Hendiendo el trébol, al azar vagaba,  
La sudorosa frente descubierta  
Para orearla en el aire que pasaba.

Del viejo rancho al lejos se veía,  
Cayendo en flecos, el pajizo alero,  
Y la cumbre, erizada todavía,  
Del mojinete que azotó el pampero.

Bajo el alero abierta, la ventana,  
Con su cortina azul, alzada apenas,  
Dejaba adivinar, hosca y tirana,  
Miedos de sol y rostros de morenas.

La oscura nube, por la luz herida,  
Como encumbrado y solitario monte,  
Destacó su silueta enrojecida  
Sobre el purpúreo azul del horizonte.

Y el sol se fué. Palideció en la esfera  
El incendiado rastro de su vuelo,  
Y cual si chispa del incendio fuera,  
Brilló una estrella en la mitad del cielo.

Lanzó la noche del brumoso Oriente  
Brisas cargadas de salvaje aroma,  
Que pasaron, batiendo en el ambiente  
Alas de sombra azul, de loma en loma.

Inundado de súbita frescura,  
El campo verde respiró contento,  
Y flotó como un velo en la llanura  
La vaporosa niebla de su aliento.

Después, la noche. Vacilando en ella,  
Una tímida luz brilló lejana:  
Nunca en la vuelta me faltó mi estrella  
Tras la cortina azul de la ventana.



Torné al hogar. Mi pie se deslizaba  
Sobre el trébol cubierto de rocío,  
Y un mundo de luciérnagas chispeaba  
Bordándolo de luz en torno mío.

Desbandaba las sombras á mi paso  
Un continuo y fugaz relampaguéo,  
Cual si hubiera en el fondo del Ocaso  
El temblor de un inmenso pestañéo.

A intervalos cruzaban por mi lado  
Insectos zumbadores, y en mi oído  
Vibraba, en el silencio prolongado,  
De los grillos el áspero chirrido.

Perdidas en la sombra, de repente  
Chillaban las lechuzas agoreras,  
Y el chocar de sus picos, sordamente  
Retumbaba en las huecas vizcacheras.



La luz del rancho me miraba en tanto  
Con la dulce inquietud de su cariño,  
Y mi alma evocaba con encanto  
Recuerdos llenos del candor del niño.

Era el tiempo feliz en que mi mundo  
Cabía en el fulgor de una mirada;  
La palidez del día moribundo  
Se apagaba en la rústica ramada.

Amarradas al pie de los horcones,  
Rumiaban en silencio las tamberas,  
Que eligieron por mansas los peones  
Para ser ordeñadas por puebleras.

Una morena de rasgado ojos,  
Maga de amor, ensueño de poeta,  
Hacía su papel puesta de hinojos,  
Con miedo y sobresaltos de coqueta.

La vaca por süave la quería,  
Y se entregaba á ella: una barrosa,  
Que en viéndola llegar, no se movía,  
Y entornaba los ojos perezosa.

¡Cuánto afán y calor de las mejillas  
A la morena le costaba aquello!  
Al ponerse de pie, libre de horquillas,  
Rodaba por la espalda su cabello.

Así venía, balanceando al paso  
Su talle esbelto, entre la parda bruma,  
Y me tendía, rebosando, el vaso  
En que temblaba la crujiente espuma.



## RENACIMIENTO

Llega la primavera  
Tendiendo flores por la verde grama,  
Para que pase el dios que inquieta espera  
Y en el silencio de sus noches llama.

La luz inunda el cielo,  
La tierra viste sus brillantes galas,  
Y el aire tibio, fatigado el vuelo,  
Bajo el risueño azul pliega las alas.

Surge otra vez radiosa  
La eterna juventud de sol dorado,  
Que agita el corazón y abre la rosa  
Con su cálido aliento perfumado.

Levántate en mis brazos,  
Visión de amor de mi insaciable anhelo,  
Dulce como el mecer de los regazos  
Que incitan á soñar mirando al cielo.

Hermosa prometida  
De las ternuras tímidas, levanta,  
Y vamos juntos á cantar la vida  
Bajo el palio triunfal que la agiganta.

Cantemos la alegría  
De las rojas y espléndidas auroras,  
Con que despierta la inquietud del día  
A henchir de savia y languidez las horas;

Las sombras escondidas  
En la plácida calma de los montes;  
Las verdes lomas como el mar tendidas;  
El azul de los amplios horizontes;

Las tardes vagarosas  
Besadas por el sol desvanecido;  
Las noches apacibles, rumorosas,  
Como roce de plumas en el nido.

Tú, que otrora encendiste  
Como un rayo de sol mi pensamiento,  
Y en el fondo del alma me escondiste  
El dulcísimo arrullo de tu acento;

Ven, como el bien pasado,  
A acariciar mi corazón vibrante,  
Sobre la alfombra de verdor del prado,  
Bajo la azul inmensidad brillante.

Ven á hundir en las ondas  
De esta luz inflamada, tu hermosura,  
Y á desatar al sol las trenzas blondas,  
Como un nimbo de gloria, en la llanura.

Mi corazón te espera  
Con despertar de juventud dormida,  
Que se enciende al pasar la primavera  
Y florece en la frente encanecida;

Como la helada fuente,  
Cautiva del invierno en la montaña,  
Que se despeña en olas de torrente  
Cuando brilla la luz y el sol la baña.

## LOS OJOS NEGROS

Fué tu mirada sola,  
Beso de amor en luz desvanecido  
Que dilató en mi alma su aureola,  
El rayo de consuelo  
Que levantó en sus alas de plegaria  
Mi corazón herido,  
Para encender la estrella solitaria  
Que la esperanza le dejó en el cielo.

Allá en el fondo de tus negros ojos,  
Desplegaba tu cándida ternura  
Su aurora de sonrojos,  
Y como un ala inquieta  
Con las caricias de la brisa extraña,  
Temblaba con mis cantos de poeta  
El crespón desflocado en tu pestaña.

Cautivo de un segundo,  
Dentro de mí se desbordó en latidos  
Mi edén de amor... mi mundo,  
Coronado de flores y de nidos,  
Que erraba eternamente  
Como un dios vagabundo  
En los azules sueños de mi mente.

Sentí rodar la luz en oléaje  
Al fondo de mi espíritu sombrío,  
La pompa de su fúnebre ropaje  
Desgarró mi dolor en tu mirada,  
Y mi fe desolada  
Te abrazó en el naufragio del vacío.

Prenda de mi rescate,  
Así me alzaste, soñador caído  
En la arena del último combate;  
Y aún llena mi oído  
El temblador murmullo  
De aquel acento del amor rendido  
Con que besó mis lágrimas tu arrullo.

Yo desde entonces amo  
Los ojos negros, donde el alma anida,  
Triste como la voz con que te llamo;  
Los ojos donde mira la tristeza  
Desde el abismo de pasión dormida  
Que en el dintel de la pupila empieza.

Hay algo de santuario,  
Como un asilo en la penumbra abierto  
Al corazón doliente y solitario.  
En esos ojos que el amor dilatan,  
Y el velo del crepúsculo desatan  
Para que baje el cielo hasta el desierto.

Caricia de la noche que suspira,  
Y en el misterio tímida se queja,  
Como el alma en mi lira,  
Llevan en la mirada  
Esa estela de lágrimas que deja  
La dicha que se aleja  
Con el adiós de la mujer amada.



Es en los ojos negros, soñadores,  
Que ha enlutado el afán de la esperanza  
Y la ausencia del sol de los amores,  
Donde está prisionera  
La ternura que alcanza  
A alojar en ella la creación entera.

Allí la vida toda se estremece  
Y en la pasión desmaya,  
Como el ave en el nido que la mece,  
Y la ola en la arena de la playa.

Allí, puesto de hinojos,  
Está el amor que implora;  
El amor, que es el cielo de los ojos  
Donde el cielo del éter se colora,  
Y donde van á sonrosar sus tules  
Esas nubes azules  
Que se incendian al rayo de la aurora.

Allí tiembla y palpita,  
Como el rubor en el ardiente beso  
Que el corazón al lábio precipita,  
Algo desconocido  
Que guarda el alma en el misterio opreso  
Como un recuerdo del Edén perdido.

En la negra pupila  
Languidece la luz de la mañana:  
Ella sólo es hermana  
De la tarde tranquila  
Que con flores dormidas se engalana.

Es que está siempre en ella  
Con sed de amor en oración la vida,  
Suspirando su tímida querella;

Es que es urna de lágrimas henchida,  
Y el rojo sol la lágrima evapora;  
Es que, como la noche, ama la estrella,  
Y la estrella se muere con la aurora.

Toda orfandad de cielo  
Y toda soledad desamparada,  
En ella siempre abismarán su duelo:  
Nunca tendrá el consuelo,  
Para besar el alma, otra mirada.



## LAS GOLONDRINAS

Son ellas! Son las viajeras,  
Que despiertan con su vuelo  
La luz, el aire y el cielo  
De todas las primaveras;  
Son ellas, las mensajeras  
Del amor desconocido,  
Que van buscando el oído  
De la virgen soñadora,  
Para cantarle, á la aurora,  
Las dulces noches del nido.

1883



## SOLEDAD

Muchas veces, cual antes, he venido  
A vagar solitario por aquí,  
Donde tanto recuerdo hay escondido,  
Donde cada rumor, como un latido,  
Suenan dentro de mí.

Sollozante en el alma, lejos de ella,  
El eterno lamento de mi fé,  
He buscado, al pasar con mi querella,  
Sobre las sendas húmedas la huella  
Furtiva de su pié;

He buscado en la arena, junto al río,  
La cifra que á hurtadillas escribió  
Enlazando su nombre con el mío,  
En las doradas tardes del estío  
Que el tiempo se llevó;

He buscado en la rama cimbradora,  
Que balanceaba el viento sin cesar  
Como un dosel de sombra arrulladora,  
El nido aquel de la torcaz, que otrora  
Nos hacía soñar.

Ay! aquí los recuerdos del pasado  
Flotan como girones de crespón  
Que un soplo de borrasca ha desbandado:  
Todo, hablándome de ella, me ha enlutado  
De ausencia el corazón.

Allá cuelga la verde enredadera  
De las ramas del árbol, como un chal  
Que arrojara la diosa Primavera,  
Para emprender con rápida carrera  
Su camino triunfal

Allí agobia al chañar de nuestras citas  
El florecido manto de su sien;  
Allá frescas, vivaces, infinitas,  
Tienden al sol las rojas margaritas  
La alfombra de mi Edén.

Allá un grupo de sauces soñolientos  
Mira á sus piés las olas resbalar  
Con el último beso de los vientos,  
Y su sombra, con blandos movimientos,  
Se deja columpiar.

Allá cruza serpeando misteriosa  
La senda predilecta de los dos,  
Donde á mis sueños la ilusión dichosa  
Abrió sus alas de color de rosa...  
¡Donde me dijo adios!

La misma esplendidez tiene el paisaje,  
La misma luz, la misma juventud;  
Siempre verde y lujoso está el follaje;  
Siempre mueve su seno el oleaje  
Con igual inquietud.

Pero falta mi virgen al santuario,  
Y hoy circula en las frondas el rumor  
De un eterno sollozo solitario;  
Hoy, hasta el cielo azul, como un sudario  
Cubre tanto esplendor.

La ausencia está en mi alma! Nada alcanza  
A llenar tan horrible inmensidad,  
Y arrastro, sin mi estrella en lontananza,  
Enferma de tristeza la esperanza  
Por esta soledad.

1879



## ALMA!

Decís que todo muere! — Yo me siento  
De linaje inmortal.— Decís que un día  
Se extinguirá mi espíritu en la nada,  
Como un eco en el viento!  
Yo sé que el infinito es la jornada  
De todo pensamiento.

Decís que solamente  
Queda de pie la ciencia vencedora;  
Que el progreso los templos ha cerrado;  
Que ante el siglo, torrente  
De las supremas cumbres despeñado,  
Retroceden los dioses del pasado  
Con el pavor del vértigo en la frente!—

Y bien! yo creo aún. Suele en los huecos  
De la peña sombría  
Que azota el cierzo y el torrente baña,  
Desplegar su risueña lozanía  
La flor de la montaña.

Creo en el alma, y creo  
En su inmortal destino,  
Que abre la inmensidad ante mi anhelo,  
Como un rumbo divino.  
Si no tuvieran la amplitud del cielo,  
Las alas oprimidas en la tierra,  
¿Adónde irían á tender el vuelo?

La muerte, para mí, no es más que un paso  
Hacia la eterna luz, en que la vida  
Se baña y se colora:  
Se duerme, como el sol en el ocaso,  
Y se despierta en brazos de la aurora.

Habláis de ciencia! ¿En nombre  
De qué principio amuralláis de tumbas  
El porvenir del hombre?  
¿Es acaso la ciencia  
Una deidad sombría  
Que desploma y apaga en la conciencia  
La misteriosa estrella que la guía?

Nó, no es lá ciencia humana  
El pavoroso espectro de la duda  
Que huye siempre ante el sol de la mañana,  
Llevándose en su marcha bamboleante  
La eterna noche en la pupila muda.

Es ella la que vierte  
En el fondo de todas las tinieblas  
La inmensa claridad desconocida;  
La que enciende en el seno de la muerte  
La antorcha de la vida.

Es ella la que aduerme cariñosa,  
En el combate del dolor, la queja  
De la carne angustiada:  
Es ella la que deja  
Tachonado de estrellas el camino  
Que recorre en el éter su mirada.



Luz! siempre luz! ¿En dónde  
Se encuentra, pues, vuestro ideal sombrío?  
¿En qué ignorada lobreguez se esconde?  
No queda en los profundos  
Abismos del vacío,  
Un rincón misterioso que no sea  
Senda triunfal de soles y de mundos.

¿Pero es verdad acaso  
Que traducís la convicción sincera,  
Cuando llamáis al alma una quimera,  
Y delirio á la fé, y á Dios la nada?  
No tenéis ni siquiera  
Una lógica honrada.

Yo en la noche he oído  
De vuestra voz el desolado acento,  
Llamando á la que fué gloria y contento  
Del solitario nido. —  
¿Para qué la llamáis, si se ha perdido  
Como un eco en el viento?

Yo os he visto ante el lecho en que moría  
El hijo idolatrado,  
Amenazar al cielo  
Con el puño crispado  
A cada convulsión de su agonía. —  
¿A quién amenazáis, si allá en la altura  
Reina la nada en la extensión vacía?

Es que lucháis en vano  
Por ahogar entre muros de granito  
Los vuelos de infinito  
Que hay en el fondo del cerebro humano.

Vuestra duda febril, de sombras llena,  
No llegará jamás á donde alcanza  
La fé, blanca y serena,  
Que conduce en sus alas luminosas.  
Al través de la noche, la esperanza.

1884



## SIEMPREVIVA

Cuando partí, su corazón ya mío  
Lanzó su vida de mi planta en pos:  
Aquel nido de amor quedó sombrío  
Como tumba sin lágrimas... vacío  
Como el alma sin Dios.

¿Por qué mi paso errante en su camino  
No se desvió del rancho de su hogar,  
Cuando triste, y doliente, y peregrino,  
El martirio de amor de mi destino  
Arrastraba al azar?

Fuí tan cruel! Mis ojos con empeño  
La envolvían en rayos de pasión,  
Para arrancar á la quietud del sueño  
Su ternura de tórtola sin dueño  
Dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna  
Reservada á los pobres del saber,  
Y á quince años, el sello de la cuna  
Guardaba aún, sin inquietud alguna,  
Su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada  
Buscó la mía su pupila azul;  
Como el sol que corona una alborada,  
El amor en su frente inmaculada  
Tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos,  
Rozando mi tostado á su alazán:  
Ella, trémula siempre ante los nidos,  
Con tumultuoso oleaje de latidos  
Revelaba su afán.

Muchas veces á mí se adelantaba,  
Lanzando á la carrera su corcel,  
Y una rama á los molles arrancaba:  
—¿La quieres para tí?—me preguntaba,—  
Se parece al laurel!

O si no, con las flores de los tolas,  
Miniaturas de nácar del jazmín,  
Que en racimos abrían sus corolas,  
Tachonaba sus trenzas, dueñas solas  
Del agreste jardín;

Y radiante de júbilo venía  
Su victoria en mis ojos á buscar:  
—¿No es verdad que estoy bella,—me decía—  
Que soy tu sueño, que tu lirá es mía,  
Que me vas á cantar?

Otras veces las cuestas empinadas  
Ascendía, sigtiendo el caracol  
De la senda tortuosa en las quebradas,  
Cubierta con las alas desplegadas  
De su gorra de sol.

El vaivén de su cuerpo en la montura  
Revelaba abandono y languidez:  
Se doblaba su mórbida cintura  
Como rama de sauce que asegura  
Dos nidos á la vez.

Yo entonces la seguía; y orgullosa  
De guiarme en la marcha:— Por aquí!  
Repetía mil veces afanosa,  
Y agregaba entre audaz y ruborosa:  
— No tan lejos de mí!

Pensativa otras veces, como inquieta  
Del abismo sin luz del porvenir,  
Parecía á mis sueños de poeta  
Estrella de crepúsculo, sujeta  
A temblar... y á morir.

Entonces de las manos me tomaba,  
Me atraía hacia ella, y sin querer  
Su secreto en mi oído abandonaba:  
— Esa pampa tan verde, — murmuraba —  
Qué hermosa debe ser!

Y qué tierna! y qué bella! no colora  
Al cielo el sol como el amor su faz;  
Su sonrisa era el beso de una aurora,  
Su palabra, caricia tembladora,  
Arrullo de torcaz.

Todo pasó: la arena del camino  
Marcó otra vez la huella de mi pié,  
Y triste y solitario y peregrino  
Con la sombra inmortal de mi destino  
Del valle me alejé.

Fuí cruel, muy cruel! Alma perdida  
En la noche sin astros del dolor,  
Al amor sollozante de mi vida  
La inmolé sobre el ara conmovida  
    Por mi eterno clamor.

Ah! pero en vano amuralló la ausencia  
De mi memoria el enlutado altar:  
¡Mártir de mi delirio y tu inocencia,  
Dios te ató en aquel día á mi conciencia:  
    No te puedo olvidar!

Tu adiós; tu último adiós, vibra en mi oído  
Como el eco tenaz de la expiación,  
Y triunfante del tiempo y del olvido,  
Tu blanca imagen arrullando el nido  
    Es mi eterna visión.

Córdoba. 1877



## GERVASIO MÉNDEZ

En larga noche de duelo  
Cruzó el poeta la vida,  
Con la fé jamás vencida  
De las visiones del cielo.  
Sintióse alado, y el vuelo  
Tendió sobre sus dolores;  
Cantó glorias, cantó amores,  
Amarrado á su cadena,  
Y fué la muerte serena  
Su primer lecho de flores.



## CLARO-OBSCURO

Un rayo de sol dorado  
Deslizó en el cuarto obscuro,  
Al través de las rendijas,  
Sus claridades de triunfo.  
Todas las sombras huyeron,  
Todas... menos la que puso  
En cada rincón del cuarto,  
Triste, desolado y mudo,  
El sueño de amor de otrora  
Al desvanecerse en humo.  
Al pié del lecho en desórden  
Había ropas de luto,  
Y á la cabecera, puesta  
Por consuelo y por escudo,  
Una vírgen dolorosa  
En la soledad del muro.  
La madre estaba dormida,  
Como duerme el infortunio,  
Con lágrimas desbordadas  
En los ojos, y en tumulto  
Agolpados los suspiros  
A los lábios, por ser muchos.  
Sobre su brazo enarcado  
Tenía un ser diminuto,  
Con la cara envuelta en rizos  
De crespos cabellos rubios.



Pero el niño no dormía:  
Sus ojos de azul profundo  
Espíaban llenos de encanto  
Sobre lo blanco del muro,  
El rayo de sol inquieto,  
Con ansias de hacerlo suyo.  
En el afán de alcanzarlo,  
Con impacencias de júbilo,  
Batía brazos y piernas  
Sobre su nido seguro:  
Y ora extendía en el aire,  
Bien apretados los puños;  
Y ora golpeaban el leche  
Sus taloncitos desnudos,  
Blancos, rosados, lucientes,  
Como pelones maduros.

1899



## INVIERNO

Las hojas han caído;  
Las angulosas ramas se bifurcan  
Sobre el pálido azul del horizonte.  
Y sólo queda, del amor, el nido  
En la desnuda soledad del monte.

Es que del verde inquieto  
Faltó el dosel á las vibrantes alas  
De rubor y pasión estremecidas,  
Y el amor es un tímido secreto  
Que se cuenta en penumbras escondidas.

Las gotas del rocío  
Destilan como lágrimas, mojando  
Del árbol mustio la alfombrada planta.  
Olvidadas del sol, pálido y frío,  
Que arrebuja en nieblas se levanta.

Y al viento se abandona,  
Urna de amor, entre el ramaje helado,  
El nido melancólico y desierto:  
Es la eterna esperanza: es la corona  
Que en brazos de la cruz guarda su muerto.

EN EL ALBUM  
DE FEDERICO GAMBOA

Fuí tu amigo desde el día  
Que á la tierra de mi hogar  
Le trajiste de la tuya  
El saludo fraternal;  
Que quien siente sus grandezas  
Y la viene á visitar  
Tiene siempre en nuestras almas  
Homenaje de amistad.  
Después, quiso la fortuna  
Que se echaran á volar  
Tus anhelos y los míos  
En abierta intimidad;  
Y si amante de mi patria  
Te quería como á tal.  
Cariñoso compañero  
Te he querido mucho más.  
Sé que tienes noble el alma,  
Que es tu lema la lealtad,  
Que ambicionas como altivo,  
Y es de cumbres tu ideal.  
De esa estirpe y esa talla  
Son aquellos que me dán,  
Con el nombre del amigo,  
El calor de la amistad.

A un amigo, tú comprendes,  
No se deja así no más,  
Con las alas siempre inquietas  
Como un pájaro en el mar.  
Yo he pensado, y he buscado  
El secreto de este mal,  
Y aquí pongo el voto mío  
Que lo puede remediar:  
"Quiera Dios que una porteña  
De inquietante vecindad,  
Te cautive y te asegure  
En la trampa del imán:  
Y te quiebre por el eje  
En las gradas de un altar,  
Y te dé su amor por cárcel,  
Y te obligue, por final,  
A escribir, contra *Apariencias*,  
Las *Memorias de un papá*."



# LOS POETAS

A CARLOS GUIDO Y SPANO

## I

Pasaron ya los tiempos  
De la fuerza brutal divinizada;  
Crepúsculo del alma y de la historia,  
En que todas las sendas del progreso  
Se abrían con empuje de victoria  
Sobre el rastro sangriento de la espada.

Hoy es del pensamiento  
El imperio del orbe. En las serenas  
Regiones de la luz, cima de escombros  
Es el conquistador, héroe ó verdugo;  
El gran Napoleón hoy puede á penas  
Servir de pedestal á un Victor Hugo.

## II

Ya no ciñen el casco de la guerra,  
Ni la tiara del César, como otrora,  
Los dioses de la tierra.

Los héroes de la estirpe soberana.  
Los astros del eterno centelleo,  
Nacen hoy de la raza soñadora  
Que dió á Franklin las nubes por pëana  
Y el cielo por dosel á Galileo.  
Ellos van, en la marcha redentora.  
Al frente de la inmensa caravana:  
Ellos tienen el cetro de la aurora  
Para guiar á la conciencia humana.

## III

Llamadles sabios ó poetas: nunca.  
Sombras ni tempestades  
Podrán borrar la estela luminosa  
De su paso al través de las edades.

Ni morirán jamás, mientras se vea  
Una estrella en los cielos encendida.  
Y el alma sienta y crea,  
Y flote la ilusión sobre la vida:  
Mientras el fuego del amor fecundo  
Guarde en un corazón, en uno solo,  
La juventud y el porvenir del mundo.

## IV

De pié sobre las tumbas del pasado,  
Vencedor de la muerte y del olvido.  
El trovador errante  
Canta aún en las almas la grandeza  
Del eterno idëal desconocido:

Y en la lejana soledad vibrante,  
Con su laúd de mágico sonido,  
Despierta las leyendas misteriosas  
Que el mundo antiguo le contó al oído.

Asilado en los viejos torreones,  
Surge aún de las ruinas del castillo  
El sollozo inmortal de sus canciones;  
Y en la noche, á los rayos de la luna,  
En medio de armaduras y trofeos,  
Le vemos todavía  
Vagar con sus brillantes devaneos,  
Sin nombre, sin hogar y sin fortuna,  
Sonámbulo de amores y torneos.

## V

En el ara del Cristo condenada  
A eterna proscripción y eterno duelo,  
La raza de Judá cruza la vida,  
Maldita y perseguida,  
Sin patria ni en la tierra ni en el cielo.  
Pero en vano los siglos á los siglos  
Transmitirán el bárbaro anatema,  
Para extinguir su nombre en la memoria,  
Y arrancar de su frente la diadema  
Que en la cuna del mundo  
Tejió el Señor con rayos de su gloria.

Los salmos del Profeta  
Serán siempre la voz de la esperanza,  
Alzada sobre todos los dolores;  
Y en el beso de todos los amores,  
Y al compás del balance de las cunas  
En el fondo de todos los hogares,  
Resonará esa música del cielo  
Que se llama *El cantar de los cantares*.

## VI

Mucho pueden los nobles soñadores  
De anhelos inmortales;  
Los del altivo espíritu encendido  
Por la fé de los grandes idéales.

Es el clamor de plácido y Zenéa  
El que nos ata al corazón cubano;  
Y del Plata hasta el golfo mejicano,  
La maldición de Mármol centelléa  
En el cerebro insomne del tirano

## VII

Mucho pueden los nobles soñadores:  
Ora llenen de insólitos ruidos  
La quietud de la pampa solitaria,  
Para abrirla al amor y á la plegaria  
De los lejanos pueblos oprimidos:  
Ora canten con *Nénia* la grandeza  
Y el glorioso dolor de los vencidos;



Ora vuelquen en versos centelleantes  
Los himnos de victoria,  
Que empujan á los pueblos, delirantes,  
Al martirio, á la muerte y á la gloria;  
Ora suban con alas de entusiasmo  
Sobre abismos, torrentes y neblinas,  
A sonar el clarín de Chacabuco  
En las cumbres andinas.

## VIII

Amemos los poetas, que levantan  
El alma con su lira;  
Son ellos los que animan y agigantan  
Las viejas tradiciones:  
Los que sueñan y cantan  
El destino inmortal de las naciones.

Y cuando llega el día  
Del dolor y la sombra, — eternamente  
Lo dice Mármol en la pátría mía: —  
Para agitar en plena servidumbre  
Con soplos de huracán el alma inquieta  
De la torva y postrada muchedumbre,  
La diosa Libertad tiene una cumbre:  
¡La frente del poeta!

## EL VOTO

(FRAGMENTOS DE UN POEMA)

### FRAGMENTO PRIMERO

#### I

En la agreste región de San Lorenzo,  
Allá, donde la espada  
Del guerrero inmortal abrió el camino  
De la inmortal cruzada;  
Donde apartando montes y riberas  
El Paraná, tendido,  
En amplia curva el horizonte ensancha,  
Y agita envanecido  
Sus turbias olas en soberbia cancha;

A la margen del río suspendida  
Sobre la alta barranca,  
Como garza dormida,  
Asomaba entre talas y algarrobos  
Una casita blanca,  
Por el ramaje á medias escondida.

Allí vivía con sus tiernos hijos  
Y la tristeza de un pesar profundo,  
Una mujer que otrora  
Feliz y hermosa se llamó en el mundo.

Esposa y madre, le robó la suerte  
Al compañero amado,  
Que en la defensa heroica del pasado  
Halló en el campo de Pavón la muerte,  
Y á aquel rincón aislado,  
De amor y llanto el corazón repleto,  
La viuda del soldado,  
Diciendo adiós al porvenir soñado,  
Se llevó su dolor como un secreto.

Allí, con Dios á solas,  
Del pasado feliz lloró la ausencia,  
Y al arrullo del viento y de las olas  
Dejó correr la misera existencia,  
Hasta que al fin la dominó la calma  
De la llanura plácida y tranquila,  
Y de la roja y húmeda pupila  
El llanto del dolor tornóse al alma.

## II

En su triste aislamiento  
Sólo dos goces para ahogar tenía  
De la dicha perdida el sentimiento:  
Saber que allí, vigor y lozanía  
A sus pálidos niños prometía  
Del aire puro el generoso aliento,

Y sentir que hasta ella se extendía,  
Como un ala invisible y protectora,  
La sombra de la cruz que coronaba  
La solitaria torre del convento.

Si en otros tiempos, de su dicha ufana,  
Fué para ella apenas  
La dulce religión, cumbre lejana  
Perdida entre las niebles luminosas  
De la esperanza humana;  
En medio de su duelo  
Se dió á ella fanática, encendida  
La tibia fé por insaciable anhelo:  
Y es que toda ilusión desvanecida,  
Proscripta de la tierra, busca el cielo.

Despierta con el alba cada día,  
La luz del sol naciente  
Postrada ante el altar la sorprendía,  
Y era el dulce rumor de su plegaria  
El primer cuchichéo misterioso  
De la iglesia vacía.

Orar, orar sin tregua, era su encanto;  
Orar, hasta que Dios compadecido  
La uniera á aquel que la quería tanto,  
Y borrando el dolor de su memoria,  
La dejara otra vez hacer su nido,  
Humilde y escondido  
En algún rinconcito de su gloria.

Después que la oración la consolaba,  
De vuelta en el hogar, en cada lecho  
Con un beso á los niños despertaba;

Y al contemplar las cabecitas rúbias  
Que entreabriendo los ojos deslumbrados  
La espiaban con sonrisa juguetona,  
El alma sin querer se le volvía  
Al templo, y suspiraba,  
Pensando en los hogares desolados  
Donde baja la muerte  
A robar á las madres su corona.

## III

Fatal presentimiento!  
Honda visión del maternal cariño,  
Que ante la cuna plácida del niño  
Descorre el porvenir al pensamiento!

Un día ¡eterno día!  
En vano al templo la llamó en el viento  
La voz de la campana;  
Que la madre infeliz, puesta de hinojos  
Junto al lecho del niño, no la oía,  
Y la risueña luz de la mañana  
Le sorprendió en los ojos  
Insomnio y llanto y vaguedad sombría.

El niño estaba enfermo!  
El niño iba á morir! — Con soplo ardiente  
La fiebre abrumadora  
Sus alas rojas le batió en la frente,  
Y apagó vencedora  
Cuantas sonrisas ensayó la aurora  
En la pálida faz del inocente.

Plégado el vuelo en la quietud del nido,  
Como un pájaro herido;  
Secos los labios, jadeante el pecho,  
Postrado, inerme, en el revuelto lecho,  
Bajo el dosel de las cortinas blancas,  
Por largas horas se quejó dormido;  
Y cuando el sol de la serena tarde  
Hundió el inmenso disco enrojecido  
Tras de la verde loma,  
El niño, sin afán y sin tristeza,  
Entregó con dulcísima entereza  
A la muerte su cuello de paloma.

## IV

¡Tremenda fué la prueba!  
¡Mudo el dolor sin lágrimas!  
Para el materno corazón desierto,  
Hasta el consuelo de llorar se lleva  
Consigo el hijo muerto!

Tremenda fué... Dudaba todavía  
Ante el abismo de repente abierto  
Donde cayó su última esperanza,  
Y ya el segundo niño, el que tenía  
La inquietud de los verdes picaflores,  
Galanes del jazmín de la ventana,  
Sobre el lecho fatal mústio yacía  
Con los azules ojos brilladores  
Cerrados á la luz de la mañana

Era la misma fiebre abrasadora,  
La misma postración desesperante,  
La misma queja en el sopor del sueño;  
Y en la tarde también, en esa hora  
En que baja del cielo á la llanura  
La sombra suspirante,  
Tranquilo, sin dolor, casi risueño,  
Se durmió para siempre; y la ternura  
De la madre angustiada,  
Y las flores silvestres, y los nidos,  
Se quedaron sin dueño.

## V

Cuando el tercero, el último pedazo  
De cielo azul que le quedó en el mundo,  
Desmayado á su vez en el regazo  
De la fiebre traidora,  
Se entregó á la caricia embriagadora  
De aquel sueño profundo  
Que era como el dintel de la partida,  
La madre, enloquecida  
De dolor y de espanto bajo el peso  
De tanta desventura,  
Huyendo del hogar, sola y perdida,  
Se echó á vagar sin rumbo en la llanura.

Andaba, y no sabía  
Porqué ni para qué: con vano intento  
Desgarrar pretendía  
La torva lobreguez del pensamiento;  
Que toda el alma suya parecía  
Nube de tempestad que arrastra el viento.

Vibrante el corazón, con ánsia loca  
De arrojar á la calma del espacio  
Sollozos y gemidos,  
Sentía alzarse en la agitada mente,  
Como viejos rencores escondidos,  
La ira por la luz indiferente,  
Y el odio por los campos florecidos.

Así, marchando siempre á la ventura,  
Llegó como atraída  
Por extraña visión del alma obscura  
Al templo del convento;  
A aquel templo, guardián de sus tristezas,  
Donde asiló sus horas de amargura,  
Y en las notas del órgano sonoro  
Oyó la inmensa voz del firmamento.

Bajo la nave, llena  
De fresca paz y soledad serena,  
Sintióse de repente  
Devuelta á la razón; en su memoria  
Surgió, roto el encanto,  
El cuadro horrible del hogar vacío,  
Sin él, sin ellos, sin amor, sin gloria,  
Sin nada más que su dolor sombrío!

Y el llanto, el dulce llanto,  
Del alma enferma bienhechor rocío,  
Cayó sobre las sombras de su duelo,  
Como una de esas lluvias del estío  
Que funden á su paso las tormentas,  
Y que en hebras de luz bajan del cielo.



En su labio, febril y tumultuosa,  
Estalló la plegaria enmudecida;  
Un no sé qué de santa confianza  
Abrió ante ella la senda luminosa  
De la eterna piedad en lontananza,  
Y de altar en altar, desfallecida,  
Arrastró de rodillas la esperanza.

## VI

Lloró, rogó: la solitaria nave  
Se llenó del clamor de su lamento,  
Y con la fé que mueve las montañas  
Como un soplo divino,  
Al dolor, á la muerte y al destino,  
Opuso la humildad de un juramento.

Juró, si el hijo de su amor vivía,  
Que á Dios consagraría  
Del niño enfermo la existencia entera,  
Y en el ara del templo inmolaría  
Los sueños de la loca fantasía,  
Y del amor la espléndida quimera.

Juró más todavía:  
Juró llevar en hábitos de duelo  
Amortajada siempre su hermosura;  
Y juró que si un día en su camino  
Algún hijo sin madre abandonaba  
La voluntad del cielo,  
Hijo suyo también se llamaría  
Aquel hijo sin madre y sin ventura.

Y en la cuna del huérfano pondría  
Tanto dulce calor de sus entrañas,  
Que le haría olvidar que eran extrañas  
La ternura perdida y su ternura.

## VII

Cuando volvió al hogar desamparado.  
Era la tarde ya: triste y serena,  
Como el recuerdo del dolor pasado,  
Velaba al pie de las cortinas blancas  
La muda soledad de sombras llena.

La pobre madre, en el silencio horrible,  
Sintió á la muerte en derredor del lecho,  
Y con las manos oprimió hasta ahogarle  
El corazón que le golpeaba el pecho.

Creyó morir: terrores de agonía  
Agolparon sollozos y tinieblas  
En aquel corazón hecho pedazos:  
Pero la fé con súbita energía  
La levantó en sus brazos,  
Y apartó las cortinas de repente  
Con fiebre de ilusión. — Allá en el fondo,  
La desmayada luz besó una frente  
De rizos coronada;  
Y vió, loca de encanto y de alegría,  
Que el niño la buscaba y sonreía  
Con lágrimas de ausencia en la mirada.

## FRAGMENTO SEGUNDO

## I

Bajo el azul de un cielo transparente  
Brillaba la mañana,  
Húmeda de rocío  
Y chispeante de luz, sonriendo ufana  
A la inquietud del río,  
Y quebrando en la trémula corriente  
Los rayos de su sol, un sol de estío.

Flotaban sobre el tímido oleaje  
En las aguas del *Tigre* los vapores,  
Como girones de rasgado encaje,  
Y en alas de la brisa pasajera,  
Columpio de las flores,  
Huían, mojando el paso en la ribera  
El lánguido follaje  
De los sedientos sauces cimbradores.

Cual lejano rumor de catarata  
Dispersado en el viento.  
La ronca voz del Plata  
Como un redoble en el confín se oía;  
Esa voz del abismo soñoliento  
Que despierta á las olas cada día.

Efluvios de perfume, desprendidos  
De toda la amplitud del horizonte,  
Pasaban en el aire, confundidos  
Con la música eterna de los nidos  
Ocultos en el monte.

La vida, desbordante  
De juventud y brillo y primavera,  
Circulaba en redor, engalanada  
Como una novia errante.  
En la atmósfera pura,  
¡Cuanta luz inflamada!  
En la verde ribera,  
Por el viejo sauzal amurallada,  
¡Cuánto alegre rumor, cuánta frescura!

Surgiendo del paisaje sonriente,  
Blandos susurros, mágicos sonidos,  
Poblaban de caricias el ambiente,  
Como el eco de arrullos escondidos  
A la sombra del monte, en los ribazos,  
Donde besaba el junco á la corriente  
Desmayada en sus brazos.

## II

El *Cisne* iba á partir: su casco entero  
Con el ronco estertor se estremecía  
Del vapor prisionero,  
Que inquieto y jadeante,  
En la cárcel estrecha comprimía  
Su aliento de gigante.

Súbito en silbo ardiente  
Arrojó al aire un grito.  
El grito de su cólera impaciente,  
Y salvando la válvula, que abría  
Paso á la libertad y al infinito,  
Con un salto de fiera  
Se lanzó sobre el émbolo indolente,  
Y lo arrastró rugiente  
En el vértigo audaz de su carrera.

El *Cisne*, con nerviosa sacudida,  
Se desprendió del viejo fondeadero,  
Balanceando su mole conmovida;  
Batió las rojas palas,  
Y ceñido de espumas bullidoras.  
Hendió las ondas y partió ligero,  
Semejante á esas aves pescadoras  
Que vuelan empapándose las alas.

## III

Cubría la toldilla  
Inquieta muchedumbre de viajeros,  
Que miraban, en grupos placenteros,  
Cómo huían los sauces con la orilla,  
Dejando á trechos asomar, esquivo,  
Tras el verdor risueño de sus hojas.  
Como un breve relámpago furtivo,  
Un ramo encantador de flores rojas  
Sobre la oscura copa de un seíbo.

Todos, con sed de luz en la mirada,  
Contemplaban los juncos, que abatían  
Al paso de la ola desbordada  
Sus tallos tembladores;  
Las aguas tumultuosas, que subían  
Con empuje de asalto á la ribera,  
Y luego descendían  
En cascadas henchidas de rumores;

Las deshechas espumas que azotaban  
Los flancos de la nave,  
Y girando en la estela se alejaban  
Cautivas del hirviente remolino;  
El vuelo tarde y grave  
De alguna blanca garza soñolienta;  
El humo negro, en fin, que en torbellino  
Corría sobre el agua y sobre el monte,  
Y remedaba nubes de tormenta  
En el vago confín del horizonte.

## IV

Al pié de la bandera  
Que oscilaba en la popa, y parecía  
Un ala fatigada,  
Movida por la ráfaga postrera  
Del huracán que la azotó en la altura,  
Un sacerdote había  
De negra vestidura,  
Recogido en la sombra, la mirada  
Vaga é inmovil, contemplando á solas  
La cinta de la estela desplegada  
Sobre el tumulto de las turbias olas.

Cual la noche y la aurora,  
Se tocaban la luz y la tristeza  
En su desnuda frente pensadora,  
Llena de majestad y de grandeza ;  
Una frente encendida  
Por implacable anhelo.  
Como si allí asomara,  
Con su clamor de juventud, la vida,  
Cautiva eterna en la prisión del cielo.

Ni un rumor, ni un acento,  
De los que en torno resonar hacía,  
Inquieta como enjambre en movimiento,  
La alegre multitud, le conmovía;  
La sola voz que oía  
Estaba allá, en su insomne pensamiento,  
Y en actitud de soñadora calma,  
Refugiado en el fondo de sí mismo,  
Diríase que balanceaba el alma;  
Con goce extraño, sobre el hondo abismo.

A veces en su frente,  
Jugando con el aire, se plegaba  
La bandera indolente;  
Y aquella frente entonces se animaba.  
Y súbito se erguía  
Nerviosa y altanera,  
Cual si la estremeciera  
El beso de la gloria que pasaba.

Otras veces, del monte desprendido.  
Un arrullo salvaje de palomas  
Llegaba con la brisa susurrante  
A cantar el amor junto á su oído ;

Y entonces la mirada  
Del pobre soñador, entre las olas  
Se hundía desolada,  
Cual si buscara en la corriente el nido

## V

El fúnebre ropaje,  
La doliente actitud, el aislamiento  
De aquella melancólica figura,  
Que cortaba el azul del firmamento,  
Proyectando su sombra en el paisaje,  
Al fin se apoderaron  
De cada pensamiento  
Con absorta fijeza,  
Y los ojos de todos se clavarón,  
Inundados de luz, en su tristeza.

En las almas vulgares  
La alegría es crüel: ella no tiene  
Esa penumbra azul de los altares  
Con que vela la dicha ruborosa  
Su Edén al infortunio;  
Ella no se detiene,  
Tímida y silenciosa,  
Como un angel de paz y de consuelo,  
Ante el dolor que á entristecerla viene  
Con su eterno reproche;  
Ni tiende, como el cielo,  
Los brazos del crepúsculo á la noche



La nube que limita  
Su horizonte de luz, desencadena  
Su cólera infantil, y en risa estalla.  
Y pasa sobre el duelo que la irrita,  
Como en los viejos tiempos de la historia,  
Después de la batalla,  
Cruzaban, de oro y púrpura cubiertos.  
Los carros de victoria,  
Sobre la sangre tibia de los muertos.

## VI

Curiosidad primero,  
Y cólera después, en torno suyo  
Despertó el solitario,  
¿Por qué estaba sombrío.  
En medio de la luz que en cada hoja  
Inflamaba la gota de rocío?  
¿Quién era ese agorero  
De desgracia ignorada,  
Esa ave negra que miraba al río  
Como una tempestad encadenada?

Un fraile! era un presagio;  
¡Y allí, sobre la borda suspendido,  
Como lúgubre heraldo del naufragio!  
Murmillos de amenaza  
Dejó escapar un labio enardecido,  
Y le siguieron otros, y en tumulto.  
Cada vez más hiriente, más acerbo.  
Entre sonrisas se elevó el insulto,  
Hasta que alguno le azotó el oído  
Con un grito brutal: «Al agua el cuervo!»

Volvióse el soñador: Paseó iracundo,  
Como león que el látigo despierta,  
Una mirada de estupor profundo  
Sobre la turba hostil; buscó el ultraje  
En los labios risueños, en los ojos  
Fijos en él con avidez salvaje,  
Y bajo el soplo ardiente  
De aquella tempestad, tornó á la calma,  
Cruzó los brazos y esperó de frente.





# LA ROSA BLANCA

POEMA DRAMÁTICO EN TRES ACTOS

ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA OPERA EL 16 DE JUNIO DE 1877

A JUAN CARBALLIDO

*Hace muchos años que la amistad nos une, esa amistad de la adolescencia que en la edad viril se confunde con los afectos fraternales.*

*Este sentimiento me impulsa a dedicarte mi primer obra dramática.*

*Es una pobre ofrenda que no puede presentar en su apoyo sinó la benerolencia con que el público de mi patria la ha recibido en la escena, y el espíritu de amor á la literatura argentina que la ha producido.*

MARTÍN CORONADO.

**Personajes****Actores**

IRENE . . . . .	STA. TULA CASTRO
ADELA . . . . .	SRA. MATILDE MACÍAS DE CORTÉS
GASPAR, JOVEN MÉDICO. . . . .	SR. HERNAN CORTÉS
MAURICIO, ESPOSO DE ADELA . . . . .	.. MARIANO RUIZ
RAMÓN, PRIMO DE ADELA. . . . .	.. JOSÉ NAVARRETE
BRUNO. JARDINERO . . . . .	.. FERNANDO CUBAS

La acción pasa en la Provincia de Buenos Aires

## ACTO PRIMERO

Jardín cubierto de flores y arbustos, con calles que se extienden en todas direcciones: la del centro es recta y termina en una escalinata de mármol, sobre la cual se levanta la casa de campo de Mauricio, que cubre el foro con su fachada anterior. En el centro de esta fachada, en la parte baja, hay una puerta de hierro, á través de la cual se descubre un patio enlosado: en la parte alta, se vé una serie de balcones entreabiertos. Bancos rústicos, etc.

### ESCENA PRIMERA

ADELA — GASPAR

*Adela* — ¡Le aseguro á usted, doctor,  
que esa locura me extraña,  
porque nunca la acompaña  
ni el más leve mal humor.

*Gaspar* — Es tan niña, y luego tiene  
un genio tan apacible!  
El furor es imposible  
cuando se trata de Irene.

*Adela* — No sabe usted la tristeza  
que por ella me devora..  
cada día, cada hora,  
verla así, no hay entereza...

*Gaspar* — Bien lo creo, que á juzgar  
por lo que siento yo mismo,  
requiere mucho estoicismo  
ver á Irene sin llorar.  
Aquella dulce expresión,  
aquella doliente calma,  
llevan la noche de su alma  
al fondo del corazón.

*Adela* — Ay, doctor! si la salud  
devolverla usted pudiera. . .  
quizá el remedio estuviera  
en su propia juventud.

*Gaspar* — Quince años!

*Adela* — Sí: yo confío  
en la ciencia . . . noble y fuerte,  
sabe vencer á la muerte,  
¿no es verdad, amigo mío?

*Gaspar* — Pero . . . ¿y si usted se equivoca?

*Adela* — Nó, nó! triunfe usted por ella. . .  
Dios, que la hizo tan bella,  
no querrá que muera loca.  
Yo tengo fé, aunque me abrume  
este incesante dolor:  
no crea Dios á la flor  
para quitarle el perfume.

*Gaspar* — *pensativo: luego con animación*  
Alma noble! qué enseñanza!  
y yo vacilo . . . ¡oh vergüenza!  
que un ser tan debil me venza  
en la fé y en la esperanza!  
No será . . . de ningún modo . . .  
doy á usted gracias, señora!  
usted me hace grande . . . ahora  
me creo capaz de todo.  
Ayer tarde, cuando oí

que en nombre de su reposo,  
me suplicaba su esposo  
que permaneciera aquí;  
tuve miedo . . . la demencia  
de Irene me parecía  
incurable, y no quería  
luchar contra la impotencia:  
y menos ¡ay! contemplar  
su mal, y á cada segundo  
verlo más grave y profundo  
sin poderlo remediar;  
y entónces un pensamiento  
cobarde me dominó,  
y por no decir que nó,  
dije . . . ¡qué remordimiento!

Adela — Dijo usted que reservaba  
su respuesta decisiva . . .  
que después . . .

Gaspar — Fué una evasiva . . .  
quedarme! . . no lo pensaba.

Adela — Y ahora?

Gaspar — Estoy decidido:  
me quedo . . .

Adela — (con alegría) De veras?

Gaspar — Sí;  
no ha de decirse de mí  
que esta lección he perdido.  
Nunca! ahora tenga sed  
de esa lucha redentora . . .  
¡que Dios me guíe señora!

Adela — Allí está: mírela usted.

(Indica á uno de los balcones, donde ha aparecido  
Irene vestida de blanco, con el cabello suelto y  
en melancólica actitud; allí permanece sin mi-  
rarlos hasta el fin de la escena siguiente)



## ESCENA II

ADELA — GASPAR — IRENE — (*en el balcón*)*Gaspar* — Siempre lo mismo!*Adela* — Se viste  
de blanco todos los días:  
es una de sus manías  
sobre la que más insiste.  
Además, le gusta andar  
con la cabellera suelta,  
y entre sus hebras envuelta  
la verá usted sin cesar.*Gaspar* — Sí: ya lo había observado . . .  
pobre Irene! ni me atrevo  
á mirarla: me conmuevo . . .  
voy á ser niño á su lado.*Adela* — Sin embargo . . .*Gaspar* — Oh! bien sé  
que es necesario ser duro  
como el mármol . . . y, lo juro,  
por salvarla lo seré.  
Arriba del corazón  
están la ciencia y mi nombre,  
y el médico es más que un hombre  
cuando cumple su misión:*(Irene se retira del balcón y desaparece).*

## ESCENA III

ADELA — GASPAS

*Adela* — Se vá: parece que hubiera  
sentido... tal vez Mauricio  
que llega. Al menor indicio  
sale, y al paso le espera.

*Gaspar* — (*señalando á Mauricio que atraviesa el patio en  
traje de montar y trayendo su látigo en la mano*).  
Pues esta vez le ha dejado  
adelantar, y ya está  
en el patio.

*Adela* — Ella vendrá  
á verle aquí: no hay cuidado.

## ESCENA IV

ADELA — GASPAS — MAURICIO

*Mauricio* — Hola! estamos todavía  
de conferencia; y ¿qué tal?  
¿qué dice el doctor del mal?

*Adela* — Que se queda, y que confía.

*Mauricio* — Gracias á Dios, que por fin  
nos depara este consuelo...  
¡Si me figuro que el cielo  
desciende hasta mi jardín!  
Doctor: ayer hizo un año

que llamé á Adela mi esposa,  
y un año que no és dichosa  
también... ¿verdad que es extraño?  
Porque usted dirá sin duda  
que quien ama y es amado  
no puede ser desgraciado  
sobre la tierra desnuda.  
Pero, ¡fatal coincidencia!  
fué en nuestra fiesta de boda  
que, para amargarla toda,  
se declaró esa dolencia.  
Irene hasta entonces era  
una niña encantadora,  
tan fresca como la aurora  
de un día de primavera.  
Algo de melancolía  
dejaba entrever, es cierto,  
pero nunca al descubierto,  
sino envuelta en su alegría.  
¿Quién había de pensar  
que esa nube pasajera  
toda su vida pudiera  
con sus sombras enlutar?  
No puedo olvidarlo; bella  
como una blanca visión,  
en el medio del salón  
estaba la noche aquella;  
cuando de pronto su boca  
deja escapar un gemido,  
y en tierra cae sin sentido...  
¡para levantarse loca!

*Adela — (designando á Irene que avanza hácia ellos)*

Calla, que no te oiga.

*Gaspar —*

Viene

al jardín.

*Adela* — (á *Mauricio*) ¿Te ha visto?

*Mauricio* — Sí;  
al pasar.

*Adela* — La trae aquí  
el cariño que te tiene

## ESCENA V

GASPAR--ADELA--MAURICIO--IRENE

*Irene* — (habla lentamente y sin levantar los ojos)  
Vaya! todos reunidos... es muy bello...  
en medio de la flores... ¿qué de cosas  
se sueñan!

*Mauricio* — Muchas, sí.

*Irene* — (después de una pausa) Y en el cabello  
¿cuáles te gustan más? (á *Mauricio*)

*Mauricio* — A mí? las rosas.

*Irene* — Rosas... blancas ¿verdad? siempre me has dicho

*Mauricio* — Es que esas simbolizan la pureza.

*Irene* — Las 'blancas... ¡ah! ¿y á tí? (á *Gaspar*)

*Gaspar* — Tengo capricho  
por las blancas también: dicen tristeza.

*Irene* — Tristeza!... es cierto, es cierto... y á tí, hermana,  
¿cuáles te gustan más?

*Adela* — Las rojas: díme,  
¿no te agradan?

*Irene* — Oh, nó! Yo busco ufana  
todo lo que no alegra... lo que oprime.

*Adela* — Entonces ya no tienes ilusiones?  
¿te falta la esperanza, cuando apenas  
te alejas de la infancia?

- Irene* — ¿Tú te opones  
á que quiera las blancas. . . y las penas?
- Adela* — Yo no; pero tan joven!
- Irene* — Sí; soy niña. . .  
tengo quince años. . . Mira, tú eres bueno. . .  
(*á Gaspar, en tono confidencial*)  
haz que Adela esta noche no me riña  
cuando me encuentre rosas en el seno.
- Gaspar* — Y porqué ha de reñirte?
- Irene* — Es que me encantan  
las rosas blancas. . . y ella. . . ella prefiere  
las rojas. . . las que rien. . . las que cantan. . .  
pero nó las que lloran. . . no las quiere.
- Gaspar* — Porque te ázia. . .
- Irene* — Mucho. . . yo he pensado  
ponerme en los cabellos cada día  
una rosa. . . una sola. . . con cuidado. . .  
para que no me vea. . . sufriría. . .  
¿Como no ama las blancas!. . . Un instante  
la teudré, nada más. . . porque en seguida  
la ocultaré en el seno. . . y mi semblante  
á nadie le dirá que está escondida.
- Adela* — Juzgue usted cuánto sufro! (*á Gaspar*)
- Gaspar* — ¿Y yo, señora?
- Adela* — Me ahoga la emoción cuando la escucho.
- Mauricio* — Alíia mía, valor!
- Irene* — (*á Gaspar*) Mira que llora. . .  
no se lo digas ¿oyes?. . . llora mucho.
- Gaspar* — Es un secreto?. . . bien: será guardado:  
pero en cambio. . .
- Irene* — ¿Qué quieres?
- Gaspar* — Tu cariño,  
tu confianza.
- Irene* — ¿Tú has sido desgraciado  
antes. . . alguna vez. . . cuando eras niño?

Gaspar — Oh, sí!

Irene — Pues bien: entonces... te prometo  
que te amaré... como á mis rosas... calla  
esto también... lo quiero... es un secreto...  
(Irene observa á Adela, que se llena el pañuelo á  
los ojos)

Mauricio — Lágrimas?... ah!

Adela — (tratando de serenarse) Mi corazón estalla!

Irene — No te dije?... me voy... te recomiendo (á Gaspar  
que tú me la consueles... yo querría,  
mas no sé... yo no puedo... no comprendo  
sinó lo que es tristeza.

Adela — (con ternura) Hermana mía!

Mauricio — Ten calma.

Irene — Adios... los dejo... en los rosales  
voy á buscar mis rosas... no lo digas...  
mis rosas blancas, dulces... mis iguales...  
suspiran como yo... somos amigas.  
(se aleja con lentitud por la derecha)

## ESCENA VI

GASPAR — ADELA — MAURICIO

Gaspar — Rosas blancas! (pensativo)

Mauricio — Son el sueño  
de su vida sin ventura:  
siempre tenerlas procura  
con particular empeño.

Adela — Yo no sé porqué esas flores  
forman toda su delicia...  
viera usted! las acaricia,  
las besa, las dice amores...

En su lecho, en donde quiera  
que ella esté, se encuentran rosas,  
blancas siempre. . .

*Mauricio* — Candorosas  
como su alma. . .

*Gaspar* — (á parte) (Si esto fuera!).

*Adela* — Y bien, doctor?

*Gaspar* — (ensimismado) Sí, talvez. . .

*Adela* — Hable usted. . .

*Mauricio* — ¿Hay esperanza?

*Gaspar* — El mal hasta el alma alcanza  
á pesar de su niñez.  
Mas no importa: sin recelo  
me ha hablado como á un amigo.  
dejándome ser testigo  
de su más íntimo anhelo;  
y hoy que sé cuanta ternura  
se enlaza á su desvarío,  
creo. . .

*Adela* — ¿Qué?

*Gaspar* — Que el triunfo es mío. . .  
(y también la desventura!).

*Mauricio* — ¡Oh! qué dicha!

*Gaspar* — A ustedes dos  
toca ahora darme ayuda.

*Adela* — Cómo!

*Gaspar* — La verdad desnuda (con gravedad)  
exijo en nombre de Dios.

*Mauricio* — La verdad!

*Gaspar* — Un hombre honrado  
que ejerce su ministerio,  
puede aclarar un misterio  
con la historia del pasado.

*Mauricio* — Comprendo, señor doctor,  
usted cree que hay de por medio. . . ?

*Gaspar* — Que hay que buscar el remedio  
de una locura. . . de amor.

*Mauricio* — Oh! no!

*Adela* — Jamás ha sentido  
su corazón.

*Gaspar* — Nunca!

*Adela* — No:

¿Podría ignorarlo yo,  
su hermana?

*Gaspar* — Estoy confundido. . .  
¿dice usted que nunca ha amado?

*Adela* — ¿Acaso el amor se vela  
á una hermana?

*Gaspar* — (*ensimismado y con alegría*) Nunca!

*Mauricio* — Adela

mil veces me lo ha jurado.  
Yo también pensé lo mismo.  
más hoy tengo la conciencia  
de mi error, y la evidencia  
de haber sondeado un abismo.

*Gaspar* — Pero entonces. . .

*Mauricio* — Lo que existe  
solamente en el pasado,  
voy á fiarlo al hombre honrado. . .

*Gaspar* — Es un secreto?

*Mauricio* — Y muy triste.

*Gaspar* — Sabré olvidarlo mañana  
si es necesario.

*Mauricio* — Quizá.

*Adela* — Sépalo usted desde yá:  
es que Irene no es mi hermana.

*Gaspar* — Ah!

*Mauricio* — Fruto desventurado  
de una pasión borrascosa,  
en el hogar de mi esposa  
halló un asilo sagrado.



*Adela* — Sí: mi madre me la dió  
por hermana y compañera;  
la pobre expósita era  
tan dulce! ¡cuánto la amó!

*Gaspar* — Expósita! ¿y ella sabe?

*Adela* — No, señor.

*Gaspar* — Y si un descuido,  
una palabra. . .

*Adela* — A su oído  
no ha llegado.

*Gaspar* — El caso es grave.  
Aunque es posible afirmar  
que un amor sin esperanza  
no surge allá en lontananza  
su locura á iluminar;  
¿quién puede decir que á ella  
no trajo un rumor el viento.  
y avivó un presentimiento  
de su alma?

*Mauricio* — Y quién? . . .

*Gaspar* — Su estrella.  
Tal vez Irene no ignora  
que, huérfana sin fortuna,  
fué proscripta de su cuna  
sin ver la primera aurora;  
y si ha descornado el velo. . .  
¡infeliz desheredada  
del arrullo y la mirada  
de un amor lleno de cielo!  
Entonces. . . no me ha engañado  
mi experiencia: esa locura  
es toda amor. . . es ternura  
y soledad!

*Adela* — (en tono de reproche) A mi lado?

*Gaspar* — Sí, señora, su razón  
no ha resistido al vacío,  
y si está loca es. . . de frío,  
de frío en el corazón.

## ESCENA VII

ADELA — GASPAR — MAURICIO — BRUNO

*Bruno* — (á *Mauricio*, entrando por el fondo)  
Señor. . .

*Mauricio* — ¿Qué hay?

*Bruno* — Hace un instante  
llegó un ginete á la puerta,  
y no encontrándola abierta  
se la llevó por delante.

*Mauricio* — Algún beodo?

*Bruno* — No, señor,  
es un jóven muy decente. . .  
y si el señor lo consiente  
lo haré entrar, aunque es mejor. . .

*Mauricio* — Está aún? . . .

*Bruno* — Allí le dejo.  
furioso con el caballo,  
y dale á llamar serrallo  
á esta casa, y fortín viejo. . .

*Mauricio* — Vaya un lance!

*Bruno* — Y no se vá,  
y dice que si supiera  
la señora que está afuera,  
me pondría. . .

*Mauricio* — (recapacitando) ¿Quién será?

## ESCENA VIII

ADELA — GASPAR — MAURICIO — BRUNO — RAMÓN

*Ramón — (entra rápidamente por el fondo, y se dirige a grupo sin cumplimientos)*

Qué casa, válgame Cristo!

si no salto las paredes. . .

*Adela — Ramón! (reconociéndole con asombro)*

*Ramón — ¿Cómo están ustedes?*

buenos todos, por lo visto. . .

Caballero. . . *(saluda á Gaspar)*

*Adela — (presentándolo) Un primo mio.*

*Gaspar — Mucho gusto. . .*

*Ramón — (volviéndose á Bruno) ¿Oyes, Cerbero?*

soy su primo, y aquí. . .

*Bruno — Pero. . .*

*Ramón — Entro y salgo á mi albedrío.*

*Bruno — Sí, señor.*

*Ramón — Ahóra falta*

que al caballo que está allá

le abras la puerta.

*Bruno — (con una sonrisa burlona) Yá, yá. . .*

*Ramón — Que lo que es ese. . . no salta.*

*(váse Bruno por el fondo.)*

## ESCENA IX

ADELA — MAURICIO — GASPAR — RAMÓN

*(Durante esta escena, Gaspar permanece retirado de los demás personajes, y examina las plantas del jardín.)*

*Mauricio* — Pero, hombre, ¿de dónde sales, después de tan larga ausencia?

*Ramón* — Pché! un caso de conciencia, porque al fin primos carnales. . .

*Mauricio* — Espícate.

*Ramón* — La familia  
debe ser unida. . . y ¡vamos!  
aunque alguna vez rompamos  
el tiempo nos reconcilia.  
Con que, me habrás entendido. . .

*Mauricio* -- A lo menos. . .

*Ramón* — Con verdad,  
enojo y rivalidad,  
todo lo he dado al olvido.

*Mauricio* — Gran tronera! y de tu parte  
te enfadaste por lo serio?

*Ramón* — ¿Lo dudabas? Sin misterio,  
tuve ganas de matarte.

*Adela* — Aturdido!

*Ramón* — Pues es nada!  
querer uno á una doncella,  
y meterse entre uno y ella  
un tercero de colada;  
y quedarse todo un primo  
sin la prima de repente.

y en la sala estar presente  
como una mesa de arrimo;  
y oír luego que incomoda,  
su amor... y por conclusión,  
recibir invitación  
para el baile de la boda!  
Razón había, y bastante,  
para treinta desafíos...  
pero los rencores míos  
nunca pasan adelante.  
Luego tú la haces dichosa  
y ella te quiere, y no soy  
ningún fátuo... y aquí estoy.  
yá vés ¡como si tal cosa!  
Díme ¿tienes escopetas? —  
Es natural. — Pues no hay más!  
Cazaremos, y además,  
si hay guitarra, unas piruetas...

*Adela* — El mismo de siempre! (*á Mauricio*)

*Mauricio* — Viene  
tal como lo conocí...

*Ramón* -- Qué quieres!... ah, diablo! aquí  
(*mirando en derredor*)  
falta alguien: ¿dónde está Irene?

*Adela* -- Bien sabes. . (*poniéndose triste*)

*Ramón* — Sí, me parece .  
que á mi madre le escribiste  
que estaba loca... y ¿persiste  
la enfermedad, ó decrece?

*Mauricio* — El doctor nos asegura  
que puede curarla...

*Ramón* — Pues...  
Y el doctor?... ya caigo... este es:  
(*indicando á Gaspar*)  
me ha gustado... ¿á que la cura?

Adela — Dios lo quiera!

Ramón — Pero en fin.

¿dónde está?

Adela — (*señalando á la derecha*) ¿Ves á lo lejos  
aquellos rosales viejos  
al extremo del jardín?  
allí...

Ramón — Oh! qué pensativa!  
es ella... ¿y qué hace?

Adela — Divaga.

Ramón — La hablaré... ; como no me haga  
llorar á lágrima viva!  
(*váase por la derecha*)

## ESCENA X

GASPAR — ADELA — MAURICIO

Mauricio — (*volviéndose á Gaspar. mientras Adela sigue  
con la vista á Ramón*)

¿Por qué tan retirado.  
doctor? ¿soñaba usted?

Gaspar — (*se aproxima ensimismado*) Soy de las flores  
amigo apasionado.

y me encantan su aroma y sus colores.

Mauricio — Venga usted, venga usted: hoy es mi día.  
hoy comprendo á la ciencia en su grandeza.  
y torna mi alegría,  
y mi esperanza á despertar empieza.  
La vuelta de Ramón se me figura  
un presagio feliz: la Providencia  
le trae tal vez á ser de mi ventura  
partícipe y testigo, tras la ausencia...

Adela — Mira, Mauricio, mira, (*sin volverse*)

Ramón está á su lado :  
le reconoce al parecer...

Mauricio — Delira...

vá á enseñarle las rosas que ha arrancado.  
(*Gaspar se aproxima y observa fijamente, olvidado de todo*)

Adela — Todas son blancas..

Mauricio — Todas.

Adela — Se enagena

con ellas... una flor coloca ahora  
en su frente... qué pena! (*conmovida*)

Gaspar — (*con vehemencia y sin poder contenerse*)

Valor, valor! la salvaré, señora!  
Lo juro! aunque sin calma  
vea pasar las horas de mi vida,  
aunque trueque mi alma por su alma,  
y mi razón por su razón perdida.

Adela — ¿Qué dice usted? ¿la duda,  
se desvanece al fin?

Gaspar — En vano, en vano

lo pretendí ocultar. La lengua muda  
cuando habla el corazón! es más que humano.  
Mi amor me vence.

Mauricio — Amor!

Gaspar — Y me arrebató;

Yo amo á Irene hace tiempo.

Mauricio — { (*con asombro*) } ¿Cómo? ¿á Irene?

Adela — { (*con asombro*) } ¿Cómo? ¿á Irene?

Gaspar — ¿Y por qué no decirlo, si es tan grata  
la dulce confesión? ¿qué me detiene?  
Huérfana, con el alma desolada,  
vírgen el corazón, ¿quién no la adora?  
la luz de su mirada  
de azul de cielo el porvenir colora.

Ah! cuando hace un momento  
la intuición de otro amor veló sombría  
mi más bella esperanza... ¡aún lo siento!  
¡qué dolor! ¡qué amargura! ¡qué agonía!  
No más! no más pretendo  
ocultar mi pasión, tan grande y pura  
que la única dicha que comprendo  
es abismar mi vida en su locura.

*Mauricio* — La amaba usted así!

*Gaspar* — Dios es testigo  
de que ese amor sostiene  
mi fe, amigos míos.

*Adela* — Yo bendigo  
la mano del Señor, que salva á Irene.  
Amada! dicha inmensa!  
¿dónde el amor no alcanza en su ternura,  
para apagar su sed, su sed intensa  
de abnegación, de triunfo...?

*Gaspar* — Y de ventura.  
Oh! si ella es mía, si á escucharla llego  
que repite mi nombre suspirando...

*Mauricio* — Doctor, cúrela usted, y luego...

*Adela* — Luego  
hágase usted querer: yo se lo mando.

*Gaspar* — Gracias, ya soy feliz: toda una vida  
no bastará á mi anhelo  
para arrancarla al mal, y estremecida  
llevarla á ser el ángel de mi cielo.  
Ah! si cruel su destino la condena  
á eterna soledad; si se levanta  
entre ella y mi alma, de ilusiones llena,  
esa locura horrible que me espanta:  
entonces este cielo que he forjado,  
será en mi vida triste y peregrina,  
como el cielo sin luz del desgraciado,  
que tan solo en sus sueños se ilumina



## ESCENA XI

MAURICIO—ADELA—GASPAR—RAMÓN—IRENE

*Ramón — (dice dentro los primeros versos: luego aparece conduciendo de la mano á Irene, que le sigue sin resistencia).*

Cuando yo lo decía!

Esta niña me ha puesto

los nervios en desorden. Prima mía,

á ver si puedes tú... cámbiala el gesto.

Hazla reír, que estoy. . . yo no he nacido

para ver pesadumbres, y me falta

el valor, y aunque lucho, en un descuido...

¿quién detiene una lágrima que salta?

*Adela — Eres bueno y sencillo,*

*Ramón.*

*Irene — Le he dado rosas*

*para que ame el dolor.*

*Ramón — Soy un chiquillo.*

*Irene — ¿No es verdad que las hallas muy hermosas?*

*Ramón — Adela, dímele algo...*

*Irene — Estando triste*

*se aduerme el corazón... la flor que exhala*

*efluvios de tristeza. . . la que viste*

*un velo de penumbra. . . ¿cuál la iguala?*

*Por eso yo me encanto*

*con mis rosas tan blancas . . . me parecen*

*ojos que vela el llanto. . .*

*estrellas que en la bruma palidecen.*

Tú las quieres. . . y tú... ¿porqué te admira

*(habla sucesivamente á 'Mauricio, á Gaspar y  
luego á Ramón, á quien continúa dirigiéndose).*

que te incite á quererlas? ¿Porque Adela  
llora cuando las mira?

mejor.. esto consuela.

Si supiera llorar!... yo lo adivino...

muy dulce debe ser.

Ramón — *(se pasea agitado)* ¡Y que me vea  
reducido... demonio! este es camino  
de volver á las lágrimas. . . pues sea!

*(se acerca á Irene con resolución)*

Y si yo las amara?

Irene — Te daría  
la que guardo en mi seno...  
la que en mi frente... chit! ella lo oiría.  
y vá á llorar.

Ramón — Y yo! bueno... muy bueno!  
*(se enjuga una lágrima)*

Irene — Tú también! pues entonces no te digo...  
voy á decirlo á... ¿cómo te llamas? *(á Gaspar)*

Gaspar — Gaspar.

Irene — Tú eres mi amigo...  
tú no lloras, Gaspar... tú sí las amas.

Ramón — ¡Loado sea Dios! me deja.)  
*(continúa paseándose)*

Irene — ¿Te acuerdas de mi idea?... ya está hecho...  
la siento que se queja  
aquí... sobre mi pecho. *(la acción)*  
Ya la verás... me está observando...

Ramón — ¿Cómo  
me escabullo?)

Adela — Ay, Mauricio, si no fuera  
la esperanza!

- Ramón — (Y el caso es que si tomo  
la puerta sin...)
- Mauricio — Dichoso del que espera!
- Irene — Tiene yo no sé qué... cuando á cortarla (*á Gaspar*)  
fué mi mano al rosal, se estremecía...  
y luego, en mi cabeza al colocarla,  
la escuché suspirar... me conocía.
- Ramón — (*se dá una palmada en la frente, y se mete en  
medio del grupo con aire resuelto*).  
Basta de caras largas...  
ea! á vivir! tú prima, de la fiesta  
serás reina amazona... tú te encargas  
de dirigirnos. (*á Mauricio*).
- Mauricio — ¿Qué avalancha es ésta?
- Ramón — Qué diantre! un plan magnífico: la luna  
deben saber ustedes que está llena...  
¿Hay caballos? Es claro... ¡qué fortuna!  
pasaremos la noche más amena.
- Adela — Piensas?...
- Ramón — Nada: se trata  
de una cosa á que nadie se resiste...  
¡desairar una hermosa cabalgata  
á la luz de la luna, fuera chiste!
- Mauricio — Lo dices seriamente?
- Ramón — No! si es broma...  
voy á hacer ensillar... ¿dónde es la cueva  
del Cancerbero aquel? por allá asoma...  
Pascual! (*llamando*)
- Adela — Bruno. (*corrigiéndole*)
- Ramón — Es lo mismo: que se mueva.  
(*váse por el fondo.*)

## ESCENA XII

MAURICIO—ADELA—GASPAR—IRENE

*Adela* — Ramón se ha enternecido: (á *Gaspar*)  
por no oirla se vá.

*Gaspar* — Oh, sí; revela  
un bello corazón.

*Irene* — ¿Por qué se ha ido?  
la hubiera visto... nó... me mira Adela.  
(*lleva la mano al seno y luego la retira vivamente*)  
Las rojas son las suyas...  
¡pobre mi rosa blanca! te desdeña...  
dice que eres muy pálida... que huyas  
te manda cuando sueña.

Pero tú nó... ¿no es cierto? (á *Gaspar*)

*Gaspar* — No, niña mía. (*ensimismado*)

*Irene* — (*aplicando el oído*) No habla... ¿tú la escuchas?  
¡Ay! ya estará marchita... la habrá muerto  
la estrechez... voy por otra... tengo muchas.  
(*se aleja por la derecha, cantando pausadamente*  
*estos versos:*)

De novia llevo el velo  
sobre la frente,  
y lloro sin consuelo  
mi amor ausente.

## ESCENA XIII

MAURICIO    ADELA    GASPAS

*Gaspar* — Ese canto! (*estremecido*)

*Adela* —        — Es vez primera  
que usted se lo oye ¿verdad?  
lo aprendió de tierna edad  
sin comprenderlo siquiera.  
Hoy con la misma inocencia  
lo repite... Irene ignora  
lo que es el amor que llora.  
y lo que vale una ausencia.

*Gaspar* — (Ah! respiro.)

*Adela* — (*con intención*) En su locura  
ya vé usted, no lo ha olvidado...  
pero no está en el pasado  
quien llenará su ternura

*Gaspar* — No me haga usted delirar,  
señora... la quiero tanto!...

*Adela* — El amor de usted es santo:  
ella lo sabrá premiar.

*Mauricio* — Sí, cúrela usted, doctor,  
y suya será en seguida  
aquella alma redimida  
por la ciencia y el amor.

*Gaspar* — La ciencia... el amor... así  
comprendo su salvación:  
que lata su corazón...  
y que lata... para mí.

¡Pobre espíritu sediento  
de amor, de amor sin medida!  
yo lo alzaré con la vida  
y el calor del sentimiento.  
Es desgraciada! que á amar  
todo en torno la convide...  
no tiene madre! que olvide  
la cuna por el hogar!

*Mauricio* — ¿Y usted cree que la reacción  
vendrá?...

*Gaspar* — Del triunfo respondo:  
siempre hay ternura en el fondo  
del más duro corazón.  
Y el suyo, que de inocencia  
y de candor está henchido,  
¿no ha de tener un latido  
para romper su demencia?

*Adela* — Y usted, doctor, nos quería  
abandonar! ¡qué egoísmo!

*Gaspar* — Es que miraba el abismo.  
señora, y me estremecía.  
Amar lo imposible era  
amar á Irene... y mi amor  
crecía ante ella!

*Adela* — Doctor,  
el que ama no desespera.

*Gaspar* — Hoy lo comprendo.

*Adela* — Pues bien.  
ya lo sabe usted: salvada.  
esa niña desgraciada  
puede llenar un Edén.

*Gaspar* — Un Edén!... un Edén mío!

*Adela* — Vamos, Mauricio, ella viene:  
que la hable á solas... que Irene  
no tema...

*Mauricio — (á Gaspar) Se la confío.  
(váse con Adela por el fondo)*

#### ESCENA XIV

GASPAR

*(con la mirada fija en el punto por donde llega Irene)*

Mi blanca virgen soñada...  
¡qué hermosa es!... resplandece  
su tristeza, que parece  
luminosa y perfumada!

#### ESCENA XV

GASPAR — IRENE

*Irene — Estás solo? (por la derecha)*

*Gaspar — Solo!... sí...  
con mis sueños... ¿tienes miedo?*

*Irene — No lo creas... yo no puedo  
tener miedo junto á tí.*

*Gaspar — Bien mío!*

*Irene — Te he prometido  
quererte...*

*Gaspar — ¿Y me quieres?*

*Irene — Tanto!  
al hablarme tú me encanto...  
porque tú me has comprendido*

*Gaspar* — Oh, gloria! (*enagenado*),

*Irene* — Cuando viniste,  
todos querían que fuera  
alegre... que no estuviera  
melancólica... ni triste.  
No sabían el anhelo  
que me consume... nó... nó...  
pero tú lo sabes.

*Gaspar* — Yo...  
sé que tu amor es el cielo!  
Que te adoro... que anonada  
tu imagen mi pensamiento,  
que llena mi alma siento  
de la luz de tu mirada!

*Irene* — Mira: ¡qué bella! es mi flor...  
mi rosa blanca... muy bella...

(*saca del seno una rosa que guarda luego*)

*Gaspar* — La rosa blanca! (*transición*)

*Irene* — Sí: ella  
también comprende el dolor.  
¡Cuántos suspiros no dá  
al viento si se la toca!

*Gaspar* — (*como saliendo de un sueño y con desesperación*)

Loca! Dios mío! está loca...  
lo había olvidado yá!

(*se queda inmóvil, cruzado de brazos y con los ojos fijos en el  
suelo.*)





## ACTO SEGUNDO

Sala elegantemente decorada en la casa de campo de Mauricio; al fondo dos balcones: á la derecha, en primer término, puerta de escalera que comunica con la parte baja; en segundo término otra puerta que dá á la habitación de Gaspar. A la izquierda, puerta también, que conduce al cuarto de Ramón

### ESCENA PRIMERA

RAMÓN—BRUNO

*(Bruno está colocando flores en los floreros de la sala: Ramón sale por la puerta de la izquierda).*

Ramón — Soledad... y es medio día!

Hola, Bruno!

Bruno — Señor?

Ramón — Diantre!

tienen sueño de sochantre  
si es que duermen todavía.

Bruno — No, señor.

Ramón — ¿Se han levantado?  
ya es algo.

Bruno — Si están en pié  
desde las seis!

Ramón — ¿Y por qué  
á mí no me han despertado?

*Bruno* — Siempre el sueño se respeta  
cuando el cansancio de un viaje...

*Ramón* — Y yo que anoche me traje  
á mi cuarto la escopeta!

*Bruno* — El señor me encargó...

*Ramón* — ¿Dices  
que te encargó? ¡fresco estoy  
con mi caza! ¿á dónde voy  
á hallar ahora perdices?  
Y la perdiz es mi fuerte...  
y les tenía una gana!  
Paciencia! será mañana:  
lo que es hoy, ¡vaya una suerte!  
¿Y dónde están?

*Bruno* — Don Mauricio  
y la señora, allá dentro...

*Ramón* — Y la niña? si la encuentro  
otra vez, doy beneficio...  
Hombre! y el doctor?

*Bruno* Salió  
al campo de madrugada...

*Ramón* — ¿También está levantada  
Irene?

*Bruno* — Sí, ya bajó.

*Ramón* — A dónde?

*Bruno* — Al jardín: allí  
las horas muertas se pasa...

*Ramón* — (como hablando consigo mismo)  
Pues... el jardín de esta casa  
no se ha hecho para mí.

## ESCENA II

RAMÓN — BRUNO — IRENE

*Irene* — (por la derecha, primer término: trae en la mano una pequeña canasta de mimbre, llena de rosas blancas)

Ya no lloras... haces bien... (a Ramón).

*Ramón* — Irene! (retrocediendo)

*Irene* — Se goza tanto  
sin llorar... el llanto... el llanto!...  
mis lágrimas no se vén.

*Ramón* — (Las mías sí: son tamañas!)

*Bruno* — (examinando los floreros)

Creo que todo está listo.

*Irene* — Huyes de mí?

*Ramón* — Yo! ¿me has visto?

*Irene* — Como te alejas...

*Ramón* — Te engañas.

*Irene* — Ven á verlas: está llena  
de rosas. (alzando la canasta)

*Ramón* — (inquieta al observar que Bruno se dirige á la puerta)  
¿Te marchas, Bruno?

*Bruno* — Sí, señor.

*Ramón* — (bajo, aproximándose á él)  
Mándame á alguno...

*Bruno* — ¿Y para qué, si es tan buena?  
(váse por la derecha, primer término)

## ESCENA III

RAMÓN - IRENE

*Irene* — Aún tienen las gotas de rocío...

Yo misma en el jardín siempre las riego...  
yo misma, sí... su corazón y el mío  
laten tan á compás!

*Ramón* — (*empieza á pasearse*) (Palo de ciego!)

*Irene* — Me han dicho que es muy dulce entrar al templo,  
y abismarse en plegarias silenciosas...  
yo creo estar allí cuando contemplo  
el sueño de letargo de mis rosas.  
Y dí ¿por qué no abres los balcones?

*Ramón* — Quieres?

*Irene* — Si es que tus lágrimas...

*Ramón* — (*abre uno d los balcones*) (No tardan.)

*Irene* — De ahí las puedes ver... mis ilusiones  
están allá... con ellas... me las guardan.

*Ramón* — Hay muchas rosas, ya lo veo

*Irene* — Observa

si están todas dormidas... si respiran...  
Cuando duermen... ya sabes... las enerva  
un ángel que las besa... y no suspiran.  
Déjame ver á mí... tú no conoces...

(*le aparta suavemente, y se inclina sobre el balcón*)  
no has empezado á amarlas todavía...

(*escucha un momento, luego retrocede*)

Duermen... cierra... que el éco de las voces  
las puede despertar.

Ramón — (*cierra el balcón*) (Ay, madre mía!)

Irene — Estas sí ya no duermen... en secreto

(*con los ojos fijos en su canastilla*)  
están hablando todas de su hermana...  
de mí, ¿no lo oyes tú?

Ramón — ¿Y con qué objeto  
las cortas?

Irene — Se las robo á la mañana.  
La mañana es alegre... ellas padecen  
con la luz... del crepúsculo son hijas...  
como yo, ¿no lo sabes?... enmudecen  
al sol... aquí no sufren... no te aflijas.

Ramón — Mucho te gustan

Irene — Yo! si son mi vida!  
perfuman mis recuerdos... compañeras  
de mis sueños, me buscan... mi alma anida  
en sus hojas... si tú las comprendieras!

Ramón — ¿No vuelves al jardín?

Irene — Cíño mi frente  
de rosas blancas para estar tranquila...  
tan tiernas y tan ténues se las siente  
que desmaya la luz en la pupila.  
Escúchame: ¿tú sufres?

Ramón — (*vivamente*) Ya lo creo!  
es decir, me parece...

Irene — Triste... y niño...  
serás también su amigo... á tí las veo  
exhalar en perfumes su cariño.

Ramón — (Soy de cera, está visto) (*lleva el pañuelo á  
los ojos.*)

Irene — (*observándole*) Siempre el llanto!

Ramón — (*volviéndose de uno y otro lado para ocultar el rostro,*  
Llorar! si soy á prueba... será el humo...

Irene — Pues bien, no llores ya... verás que encanto  
hay en mis rosas blancas.

Ramón — (*con afectada serenidad*) Lo presumo.

Irene — (*toma de la mano á Ramón y le hace sentar en un sillón, sin que aquel oponga resistencia: luego le va colocando como indican los versos*)

Siéntate... ven... aquí... baja los ojos...  
así... pon la cabeza reclinada...  
la mano al corazón...

Ramón — (Estos antojos...  
firme, Ramón!)

Irene — Apaga la mirada.

El brillo las deslumbra... te repito  
que aman la sombra... vaya... no te muevas...

Ramón — Qué vas á hacer de mí?

Irene — Habla bajito...  
tímidas son... y si la voz elevas...

(*vá poniéndole rosas en los cabellos*)

Esta es muy dulce... y esta... y esta tiene  
un suspiro de amor en cada hoja...  
esta es igual á mí... se llama Irene...  
¿no la sientes que arrulla tu congoja?  
Mira... yá están... sobre tu sien cautivas,  
sueñan.

Ramón — (*irguiéndose con un estremecimiento nervioso que  
hace caer las flores á sus pies*)

No puedo más!

Irene — Oh Dios! qué bello!  
parecen ilusiones fugitivas  
esas rosas que caen de tu cabello!

## ESCENA IV

RAMÓN — IRENE — MAURICIO — ADELA

Adela — *(llega con su esposo por la derecha, primer término, y abarca la escena con una mirada)*

Pobre Ramón! *(bajo á Mauricio)*

Mauricio — *(á Ramón)* ¿Qué tal? ¿has descansado?

Ramón — Un poco... *(siempre esforzándose por aparecer tranquilo)*

Irene — Las vá á ver... si yo pudiera...

no la quiero mirar... *(se retira á la izquierda)*

Ramón — *(vá hácia la derecha)* (Ya me han cercado!)

Mauricio — ¿La tenías aquí por compañera?

Ramón — Hace un momento.

Mauricio — ¿Y bien?

Adela — Te ha conmovido,  
lo conozco.

Ramón — No tal. *(mirando á todas las puertas)*

Adela — *(observa las rosas)* Ah! y estas flores?

Irene — *(se vuelve sin aproximarse)*

No están tristes, hermana... se han dormido...

no pueden sonreír... ¿oyes?... no llores.

Mauricio — ¿Y ha de llorar? ¿por qué? también las ama...

Irene — Las ama! ¿y á las rojas? *(pensativa)*

Adela — No las quiero,  
porque á tí no te agradan.

Ramón — *(con fingida sorpresa)* ¿Quién me llama?  
¿no has oído?

Mauricio — *(sonriendo)* Yo nó.



*Adela* — (*bajo á Ramón*)      Nunca sincero!  
tienes el corazón despedazado,  
y lo ocultas, lo sé.

*Ramón* —      Cuando te digo!...  
lo que hay es que mis nervios...

*Mauricio* — (*á Irene, que se acerca á él*)      ¿No has notado  
la momentánea ausencia de tu amigo?

*Irene* — De mi amigo...

*Mauricio* —      Gaspar: eres ingrata,  
pués que no lo recuerdas.

*Irene* —      Ay! es cierto...  
¿se enojará?

*Mauricio* —      Quién sabe! pero trata  
de hacérselo olvidar.

*Irene* —      Es que no acierto...  
Ah! sí... qué tonta!... le daré una rosa...  
la más bella y más blanca... toda olvido...  
la traeré del rosal... voy presurosa...  
estas no viven ya... las he oprimido...  
Dile que espere, que no tardo... dile  
que se vá á consolar cuando la tenga...

(*váse*)

*Ramón* — (*volviendo á sus paseos*)  
(Pues... aunque la escopeta me fusile,  
me largo sin remedio antes que venga.)

## ESCENA V

MAURICIO — RAMÓN — ADELA

*Mauricio — (á Ramón)*

Muy pensativo te has puesto.

*Ramón — Yó !**Mauricio —* Si estás desconocido !tú, que eras tan aturdido,  
tan bullicioso... ¿ qué es esto ?*Ramón —* Nada... que revuelvo aquí *(la frente)*  
cierto plan.*Mauricio —* Es singular !  
no sabías cavilar  
cuando yo te conocí.*Ramón —* Aguarda. *(yendo hácia la izquierda)**Mauricio —* Pero Ramón !...*Ramón —* Ya vuelvo. *(entra en su cuarto)**Adela — (á Mauricio que vá á detenerlo)*Déjalo ; vá  
á desahogarse, que está...  
porque tiene un corazón !

## ESCENA VI

MAURICIO — ADELA

*Mauricio* — Aún no he visto á Gaspar.

*Adela* — Pasea, según parece...

su amor hácia Irene crece,  
y ese amor la ha de salvar.

*Mauricio* — Así lo espero.

*Adela* — La adora...

¿Y sabes que ha madrugado?

*Mauricio* — Es de todo enamorado  
levantarse con la aurora.  
Al hallarte en mi camino  
tal fui yo, y en mi desvelo  
te buscaba por el cielo  
como un astro peregrino.  
Llena de luz se ofrecía  
á mi amor tu faz sonriente,  
y absorto, helada la frente,  
siempre me encontraba el día.  
Jurara que en el balcón  
Gaspar la noche ha pasado,  
y en cada éco ha escuchado  
un éco de su pasión.  
Ante la imágen risueña  
que nuestro delirio exalta,  
el sueño del cuerpo falta...  
sólo el alma duerme y sueña!

## ESCENA VII

MAURICIO — ADELA — RAMÓN

Ramón — *(sale con la escopeta y demás aríos de caza)*

Aquí me tienes.

Mauricio — ¿De caza?

Ramón — Pues.

Mauricio — A estas horas!

Ramón — Te admira?

no es la hora, es el que tira...

¿y qué dices de mi traza?

no es mala, eh? *(se echa al hombro la escopeta)*

Mauricio — Pero á quién

se ocurre?

Ramón — Tú eres novicio...

la perdiz, pobre Mauricio,

siempre cree que no la ven.

*(váse por la derecha.)*

## ESCENA VIII

MAURICIO — ADELA

Mauricio — Ahora sí que es Ramón!...

Salir de caza á las diez

en primavera! *(se echa á reir)*

Adela — Tal vez

vá huyendo de otra emoción.

Mauricio — Quizá, pero aquella ufana

actitud... Me dá una risa  
esta caza que improvisa  
á las diez de la mañana!  
Además, ya no estoy triste.  
Adela mía: me siento  
casi feliz, y el contento  
á la ocasión no resiste.  
Gaspar es un sábio, Adela.  
un sábio que ama, y combate  
porque el mal no le arrebate  
toda la dicha que anhela.  
Tengo fé en él, cada día  
le admiro más. . y me alcanza  
esa sublime esperanza  
que le anima y que le guía.

*Adela* — Sí; Gaspar tan sólo ha ido  
al fondo de su locura,  
y á la luz de su ternura  
la sombra ha desvanecido.  
Siempre la ciencia, desnuda  
de la vida de la fé,  
para nuestras almas fué  
amarga como la duda.  
Siempre la vacilación  
y el frío del desaliento!  
le faltaba el sentimiento  
para llenar su misión.  
Pero Gaspar... el amor  
es más grande que la ciencia:  
el amor es providencia  
de los hijos del dolor.  
Y el amor ha de triunfar  
de la demencia de Irene,  
que en la lucha que sostiene  
juega su cielo Gaspar.

*Mauricio* — Te has fijado?... ya no hiela  
de mi niña la mirada...  
ya su alma desolada  
algo siente y algo anhela.  
¿No es verdad que hora tras hora  
es más tierno su delirio?  
¡noche horrible de martirio,  
al fin presiento tu aurora!

## ESCENA IX

MAURICIO — ADELA — GASPAR

*Gaspar* — (por la derecha, primer término.)  
Amigos míos...

*Mauricio* — Doctor,  
de vuelta ya? bien venido.

*Adela* — Veo que usted hoy ha sido  
valiente madrugador.

*Gaspar* — En el campo me complace,  
porque es en la soledad  
que en toda su magestad  
se admira el día que nace.  
Aquí, sobre la llanura  
que sin límites se extiende,  
cada vez que el alba asciende  
el nombre de Dios murmura;  
aquí ostenta la mañana  
más esplendor, más belleza:  
aquí tiene la grandeza  
de la tierra americana.

## ESCENA X

MAURICIO — ADELA — GASPAR — IRENE

*Irene* — Mucho he tardado, pero... *(por la derecha, primer término: ha dejado su canastita y trae sólo una rosa en la mano.)*

para no despertarlas... no quería...

¡es tan dulce y ligero

el sueño que la noche les envía!

Díme, ¿estas enojado *(á Gaspar)*

porque no te recuerdo? yo he oído

que al corazón no es dado

ocultar la tristeza del olvido.

*Gaspar* — Tú me olvidaste?

*Irene* — Sí: por un momento...

¿no observas que estoy trémula?... mis ojos

no puedo alzar á tí... ya vés que siento

mi culpa y tus enojos.

*Gaspar* — Enojos para tí! ¿y lo creíste?

*Irene* — Qué importa! toma y calma

tu pena... no resiste

á su dulzura la ansiedad del alma.

*(le dá la rosa)*

*Gaspar* — Oh, Irene, gracias!... *(toma la flor y se abstrae contemplándola)*

*Irene* — Oye... no la oprimas...

sonríela á menudo... y ella... ella...

á cada beso que en su frente imprimas

se tornará más pálida y más bella.

No te dije? ya ha huído *(á Mauricio)*

su enojo con la flor... mi rosa exhala

tan lánguido perfume!

*Adela* Es que él no ha sido  
malo jamás, y tú ..

*Irene* — Yo he sido mala?

*Adela* — Tal vez !

*Irene* — (con pena) Dios mío! ¿ es cierto ?  
puedo ser mala ?

*Mauricio* — Con Gaspar, tu amigo,  
lo fuiste al olvidarle.

*Irene* Es que te advierto  
que un instante no más... tengo un testigo.

*Mauricio* — Un testigo! ¿cuál es?

*Irene* — (se apodera de la flor que tiene Gaspar)

Esta lo sabe...

esta, que há poco se meció en mi frente...

su hálito sūave

evocó los recuerdos en mi mente.

El tuyo estaba allí; surgió el primero, (a Gaspar)

ávido de la luz de su caricia...

pregúntale... su pensamiento entero

(le vuelve la rosa)

te dirá con delicia.

Ella gusta de hablar con los que ignoran

lo que es dicha y bonanza...

los tristes la enamoran ..

sus amigos no tienen la esperanza.

*Gaspar* ¿Quieres que aquí la ponga ?

(lleva la flor al ojal)

*Irene* — Nó... nó... vá á tener frío... que en tu seno

viva feliz... que nada se interponga

entre ella y tú, Gaspar... eres tan bueno !

*Gaspar* — A mi cariño llamas

bondad ? (guarda la rosa en el pecho)

*Irene* Me quieres mucho?

*Gaspar* — Te daría

la vida de mi ser!...



- Irene* — Pues si me ámas,  
no me la hagas sufrir... piensa que es mía.
- Adela* — Pero tú... me parece  
que no le quieres...
- Irene* — Yó!... sólo sin fuego  
quiere mi corazón... porque padece...  
como la flor sin riego.
- Gaspar* — ¿Y no sientes un algo indefinido,  
un anhelo... una voz que te consterna  
diciéndote al oído  
una palabra vagarosa y tierna?
- Irene* — Y qué palabra es esa?
- Gaspar* — Amor.
- Irene* — Amor!
- Gaspar* — Un éco que suspira,  
un afán que no cesa...
- Irene* — Y es blanco?
- Gaspar* — Sí; tu rosa lo respira.
- Irene* — Déjame recordar... *(lleva la mano á la frente, y  
se queda inmóvil y profundamente abstraída)*
- Gaspar* — *(á media voz)* Creo prudente  
que no los vea á ustedes... la devora  
una sed de expansión!...
- Adela* — Acaso siente...
- Gaspar* — Fijese usted, señora.
- Adela* — Es verdad... y medita!
- Gaspar* — Nó: combate...
- Mauricio* — ¿Con el mal?
- Gaspar* — Con la fuerza que comprime  
su ternura... ya es tiempo... allí... *(sin  
apartar los ojos de Irene, les designa la puerta  
de la izquierda)*
- Mauricio* — Me abate  
esa lucha...
- Adela* — La ahóga!

*Gaspar* — La redime.  
*Mauricio y Adela entran por la izquierda.*

## ESCENA XI

GASPAR — IRENE

*Gaspar* — Irene! (*inclinándose hacia ella.*

*Irene* — (*con un estremecimiento*)

Ah! soñaba adormecida...

*Gaspar* — Y bien, ¿has encontrado  
el amor?

*Irene* — Una luz desvanecida...  
¿es eso? lo he soñado.

*Gaspar* — Una luz!

*Irene* — De mis rosas  
este sueño aprendí: en su perfume  
hay ondas luminosas  
en que el alma se anega... y se consume.

*Gaspar* — Pero no ámas?

*Irene* — Yó? yo quiero á Adela,  
y á Mauricio... (*los busca en derredor*)

No están... los dos se han ido...

*Gaspar* — Talvez te desconsuela?

*Irene* — Nó... decías que amar...

*Gaspar* — No has comprendido

*Irene* — Y porqué?

*Gaspar* — No es el plácido cariño  
de hermana, el sentimiento  
que reclamo á tu espíritu... de niño  
es ese amor sin lucha y sin tormento.

Hay otro amor, Irene, que destella  
 en el límite vago de la infancia;  
 lo entrevé la doncella  
 al través de su cándida ignorancia.  
 Es fuego y es temor; duda y anhelo;  
 tristeza y bienestar: en un segundo  
 llena la vida, y se remonta al cielo,  
 porque no basta á contenerle el mundo.  
 La inquietud le acompaña,  
 vá en pos de un idéal eternamente,  
 y ora en llanto se baña,  
 ora sonríe como el sol naciente

*Irene* — Esplicámelo bien... estoy suspensa...  
 tu voz me ha confundido...  
 no puedo comprender...

*Gaspar* — El alma inciensa,  
 abre las rosas y embellece el nido.

*Irene* — Las rosas...

*Gaspar* — Ese amor les dá frescura.

*Irene* — El nido...

*Gaspar* — El ave trémula lo exhala,  
 oculta en la espesura,  
 sobre su amado suspendida el ala.

*Irene* — Es así? ¿no me engañas?

*Gaspar* — Te lo juro!

*Irene* — Debe ser imposible...

*Gaspar* — Irene, mira  
 (abre el balcón y la conduce á él)  
 ese cielo tan puro  
 en que la luz parece que se aspira.  
 Contempla esa llanura, que dilata  
 su verdor á tus piés: llena de flores,  
 expande el corazón y lo arrebató  
 en pos de sus perfumes y colores.  
 Eso es amor que en la creación rebosa,

y busca el alma humana  
para hacerse inmortal... Tú, silenciosa,  
no le respondes?

*Irene* — Yó!... quizá... mañana.

Hoy no puedo... me abrumba  
el frío de mi ser... espera... espera.

*Gaspar* — Muda á su voz! te llama...

*Irene* — Es que la bruma  
me envuelve.

*Gaspar* — Te suplica!

*Irene* — (*agitada*) Si pudiera!...

*Gaspar* — Te nombra... es una madre desolada  
que ha perdido su hija... que adivina  
su terrible orfandad! y callas!

*Irene* — Nada!

no puedo... siempre el frío! me domina...  
dile que cese...

*Gaspar* — Huérfana! ¿has oído?

huérfana! sola!... y el amor... ¿no sabes  
que tú puedes también tener un nido,  
cual lo tienen las aves?

*Irene* — Oh!

*Gaspar* — Y oponer á la orfandad su encanto,  
y al desierto su vida?

Allí se goza tanto,

que la orfandad se olvida.

Irene! Irene! que el amor te inunde!

que alce la tempestad bajo tu seno!

el hielo en él se funde...

tu corazón de arrullos está lleno.

*Irene* — Mi corazón... (*con agitación creciente*)

*Gaspar* — Escucha, ¿no sería

para tí lo supremo, enamorada,

absorber por tus lábios la ambrosía

de un beso delirante?

Irene

Estoy helada...

Gaspar — *(la toma las manos : en este momento Adela y Mauricio aparecen por la izquierda, y escuchan conmovidos).*

Une tus manos á mis manos : lanza  
un rayo de tus ojos á mis ojos...  
mi alma y la tuya sellarán su alianza,  
y escucharé tu voz puesto de hinojos!  
No tienes una madre... mas ¿qué importa?  
será tuyo el Edén... ¡y aún no estallas!  
siempre muda y absorta,  
tu ternura desborda... ¡y tú la acallas! *(la observa fijamente)*  
Oh, ventura! *(retrocediendo lleno de gozo)*

## ESCENA XII

GASPAR — IRENE — MAURICIO — ADELA

Adela —

Mi niña! *(corre á ella)*

Gaspar — *(deteniéndola)* En la corola  
de la flor, cual la gota de rocío,  
ha brillado una lágrima, una sola!  
Dios le vuelve el perfume.

Mauricio — *(le estrecha la mano)* Amigo mío!...

Adela — Se salva!

Gaspar — Es la primera,  
la más difícil.

Adela — Gracias! Dios bendiga  
su amor de usted, Gaspar!

Gaspar — Quien ama espera:  
usted lo ha dicho, mi querida amiga.

*Irene* — (alza tímidamente los ojos, y mira en torno suyo.

Y esa voz... ah! mi hermana...

vá á llorar si la oye. (se dirige á la derecha

*Mauricio* —

Ya nos dejas?

*Irene* — Sí, me voy á buscarla... muy lejana

la acabo de escuchar: me daba quejas.

*Mauricio* — Mas...

*Gaspar* — No la haga usted fuerza: la conviene salir al aire libre.

*Irene* — (volviendo al lado de Gaspar) Si ella llora,

dila que es ilusión... que en pós de Irene

el amor se alejó... me llama ahora.

(córrese por la derecha

### ESCENA XIII.

GASPAR — MAURICIO — ADELA

*Gaspar* — Esa lágrima!

*Adela* —

Doctor.

Dios le trajo á usted aquí,  
á salvarla.

*Gaspar* —

Para mí...

¡qué egoísta es el amor!

*Mauricio* — Egoísta un corazón

amante!

*Adela* —

Yo no lo creo:

yo el egoísmo no veo  
donde hay tanta abnegación.

Nó, no lo creo: usted mismo  
está convencido de ello,

lo sé: su amor tiene un sello  
que no es el del egoísmo.

*Gaspar* — Sin embargo, me sostiene  
en la lucha, sin cesar,  
una visión del hogar...  
¡del hogar donde esté Irene!

*Adela* — Se engaña usted: su ternura  
rebosa de sacrificio...  
así quiero yo á Mauricio,  
y le quiero con locura.  
No es la dulce recompensa  
de esa ternura, el anhelo  
de usted, su afán, su desvelo,  
cada vez que en ella piensa:  
es su dicha solamente  
lo que pide al porvenir...  
usted sabría morir  
para serenar su frente.

*Gaspar* — Es verdad... mi amor alcanza  
hasta inmolarle mi Edén...  
la salvaría también  
sin un rayo de esperanza.  
Oh! si Irene al arrancar  
su espíritu á la demencia,  
nada más que indiferencia  
me hubiera de revelar!  
desgarra mi corazón  
sólo el pensarlo... y no obstante  
mi sueño de todo instante  
es volverle la razón...  
Que con ella su desvío  
mis ilusiones destruya,  
que diga su voz «soy tuya»  
á un amor que enlute el mío:  
¿qué importa, si mi dolor  
en ofrenda á su ventura...?

*Mauricio* — Pero en fin ¿quién asegura?... .

¿por qué esa duda, doctor?  
Hoy no es día de tristeza  
sino de júbilo: así...  
Ya me hacías falta aquí; *(á Ramón, que apa-*  
*rece por la derecha)*  
adelante, buena pieza.

## ESCENA XIV

MAURICIO      GASPAR — ADELA — RAMÓN

*Ramón — (con la escopeta á la espalda: al ver á Gaspar,*  
*avanza alegremente).*

Amigo doctor, felices  
días...

*Mauricio —*            Y la caza? á ver:  
será cosa de poner  
epitafio á las perdices?

*Ramón —* Vaya !....

*Mauricio —*            ¿Te parece extraño?  
se conoce que eres listo...  
recién sales... por lo visto  
me las concluyes este año.

*Ramón —* Estás de broma!

*Mauricio —*            Y es claro...  
figúrese usted, Gaspar,  
que se nos marcha á cazar  
á las diez!...

*Ramón —*            Yo no reparo...

*Mauricio —* Y si usted viera qué ufano  
echó al hombro la escopeta!



*Ramón* — Qué moler!

*Mauricio* — Vendrá repleta  
la bolsa? echaré una mano...

*Ramón* — Vamos, hombre! les diré,  
la verdad, y ¡santas pascuas!  
Irene me pone en áscuas,  
me hace dar un no sé qué.  
No me lo explico yo mismo  
el porqué, pero es el cuento  
que lo triste de su acento  
descompone mi organismo.  
No hace mucho sucedió...  
y por cierto que he soltado  
cada lagrimón menguado!...

*Adela* — Y te avergüenzas?

*Ramón* — Pues nó!

*Gaspar* — Hace usted mal...

*Adela* — Por supuesto.

*Ramón* — Ello fué que á todo trance  
quise esquivar otro lance,  
y me fuí con un pretesto.  
Y es el caso que no bien  
me hallé al fin de la escalera...  
¡demonio! me desespera  
estar solo, y allí ¿quién?  
Yo no vivo: es necesario,  
para que esté satisfecho,  
que me hablen: no he sido hecho  
de pasta de solitario.

*Mauricio* — ¿Y qué hiciste?

*Ramón* — En el jardín  
estaba Irene, y no había  
de ir... tampoco quería  
que me viera tu mastín.

*Mauricio* — Hablas de Bruno?

*Ramón*

Y qué cierto

es que lo que más se huye!...  
siempre el diablo contribuye  
á qué uno haga un desacierto.  
Me dirigía á la puerta  
de entrada, y precisamente  
me lo veo de repente  
con tamaña boca abierta.  
Lo eché al demonio, empecé  
la retirada, y me puse  
á pasearme... ¿Y hay quien use  
estas armas por aquí?

*Mauricio* — Son excelentes.

*Ramón* —

No es nada

lo que pesan! ¡diantre! voy  
á guardarla, porque estoy  
con la espalda magullada.

*(cáese por la izquierda)*

## ESCENA XV

MAURICIO — GASPAR — ADELA

*Mauricio* — Vea usted si es aturdido!...

recién cae en que le pesa  
la escopeta; ¿á que regresa  
con ella muy compungido?  
¡Hombre más incorregible!  
¿Recuerdas cuando te hacía  
la corte? yo me moría  
de risa...

*Gaspar* — Y es muy sensible.

*Adela* — Si es un niño!

*Mauricio* — Y tan léal  
en medio de sus extremos!  
mi esposa y yo lo queremos  
como á un hijo.

*Gaspar* — Es natural.  
Lo que es yo, siempre he amado  
esos caracteres llenos  
de candor, francos, ajenos  
al futuro y al pasado.

## ESCENA XVI

MAURICIO — GASPAR — ADELA — RAMÓN

*Ramón* — Mira, venía pensando *(á Adela)*  
en esa extraña manía  
de Irene, que noche y día  
con rosas está soñando.

*Adela* — Bien sabes su preferencia  
por las blancas... ¿y qué cosa  
pensabas?

*Ramón* — Que fué una rosa  
así, blanca... ¡es coincidencia!

*Mauricio* — Ramón, haznos el favor  
de explicarte.

*Adela* — Si hay por medio  
rosas, será sin remedio  
una aventura de amor.

*Ramón* -- Algo de eso hay en mi historia...  
y aún no les he contado!  
como desde que he llegado  
estoy hasta sin memoria!

*Mauricio* -- Pues cuenta.

*Ramón* -- Amigo Gaspar,  
á usted apelo.

*Adela* -- Se trata  
de apelar?

*Mauricio* -- Vamos, relata  
esa historia singular

*Ramón* -- Pues... nadie en la tierra ignora,  
porque no cabe disfraz,  
de todo lo que es capaz  
un hombre que se enamora.  
En otros tiempos, primita,  
cuando yo te festejaba,  
¿puedes creer que me gustaba  
encontrarme esta visita? *(designa a Mauricio)*

*Adela* -- Pero yo no tengo nada  
que ver...

*Ramón* -- Que nó! si por tí,  
y por nadie más, urdí  
aquella calaverada!  
Juzgue usted si me pondría *(a Gaspar)*  
fuera de quicio un rival  
que como punto final  
en mis amores caía.

*Gaspar* -- Se comprende. *(sonriendo)*

*Ramón* -- Rabié tanto,  
que acabé por decidirme,  
no sólo á tenerme firme  
sino á vengar mi quebranto.

*Gaspar* -- Y de qué modo?

*Ramón* -- Empecé

por ser de noche infalible  
 en la sala... esto es horrible  
 para todos... pero qué!  
 Ellos, ni por esas... era  
 de verlos: como si tal...  
 ni lo tomaban á mal,  
 ni lo notaban siquiera.  
 Entonces yo, y aquí viene  
 mi historia, con mucho afán  
 puse en práctica otro plan  
 algo mejor, con Irene.

Mauricio — }  
 Adela — } Con Irene!  
 Gaspar — }

Ramón — Si los duelos  
 son menos con pan, me dije,  
 he de hacer que en mí se fije  
 su atención, dándola celos.  
 Y dicho y hecho: á su frente  
 noche á noche platicaba  
 con Ine, y me mostraba  
 con Adela indiferente..

Gaspar — Dice usted... (*óyese cantar dentro á Irene*)

Ramón — Creo que es ella  
 la que canta... voy á ver.  
 (*mira por el balcón*).

Pués... Irene... ¡esto es nacer  
 un hombre con mala estrella!

(*torna al medio de la escena*)

Ya vuelve... á mi cuarto: allí  
 me refugio... (*quiere irse*)

Mauricio — (*le detiene*) A dónde vas?  
 no concluyes?

Ramón — Si no hay más!

Adela — Y la rosa?

*Mauricio* — Vamos, dí.

*Ramón* — *(sin apartar los ojos de la puerta de entrada)*

La rosa! hablé de una rosa?  
¡y es verdad!... todo un enredo  
fué aquello.... pero no puedo  
detenerme, pues no es cosa...

*Adela* — Dime al menos...

*Ramón* — *(con inquietud y apresuramiento)*

Yo le dí  
á Irene una rosa blanca...

*Adela* — ¡Tú! *(se vuelven simultáneamente hacia Gaspar)*

*Mauricio* — *(éste se ha alejado algunos pasos, tiene en sus manos la rosa que le dió Irene, y la destroza conrulsos, con la frente baja y olvidado de todos)*

*Ramón* — *(La salida está franca...*

pués, señor, largo de aquí!)

*(cáese por la izquierda)*

## ESCENA XVII

MAURICIO — ADELA — GASPAR

*Mauricio* — Gaspar!

*Gaspar* — *(sin atenderle)* Amor que enloquece!  
amor eterno!

*Adela* — Gaspar!

*Gaspar* — Qué sueño... y qué despertar!  
Dios mío!

*Mauricio* — *(Cuánto padece!)*

*Adela* — *(yendo hacia Gaspar con ansiedad)*

Por Dios! que esta decepción  
no influya... de usted lo implora...

*Gaspar*     *(alzando la frente con majestad)*

Soy el médico, señora...

ya no tengo corazón!

*(se dirige vacilando á la segunda puerta de la derecha : Adela y Mauricio le siguen tristemente con la mirada).*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero: es de noche, y la escena está iluminada por la luz de la luna.

### ESCENA PRIMERA

GASPAR — RAMON

*Ramón* — Con que nos deja usted? vaya una cosa inesperada!

*Gaspar* — Sí, me voy tan luego  
como Irene se salve... si es dichosa.  
¿qué hago yo aquí?

*Ramón* — Perdone usted, soy lego  
¿puede decirse que en su actual estado  
la cura es infalible?

*Gaspar* — Amigo mío,  
cada lágrima suya ha conquistado  
un rayo para su alma

*Ramón* — Desconfío...

*Gaspar* — Y porqué?

*Ramón* — Muchas veces, verbi-gracia,  
un hombre se enternece... y ¡vamos! suelta  
á llorar... pues en viendo una desgracia  
ello viene de sí, no tiene vuelta.



*Gaspar* — Y bien?

*Ramón* — Pues si uno yerra, y desatina,  
cuando es débil y llora, ¿por ventura  
ha de creer que el alma se ilumina,  
y se deshace en llanto la locura?

*Gaspar* — (Qué lástima! y es bueno!) Hay situaciones  
en que el llanto lo es todo: si aterido  
desmaya el corazón sin ilusiones,  
una lágrima lo alza estremecido.  
Entonces bajo el ciclo nada alcanza,  
lo que el llanto, que borra la amargura,  
abre el alma á la voz de la esperanza,  
y despierta el afán de la ternura.

*Ramón* — En fin, usted sabrá... ¿pero á qué viene  
este viaje, doctor, tan repentino?...  
yo ni creo... ¡y de noche!... no conviene:  
mire usted que hay diez leguas de camino.

*Gaspar* — ¿Qué importa, si esta noche resplandece  
bañada por la luna? su luz vaga,  
la soledad que arrulla y adormece,  
el silencio que abstrae, todo me halaga.

*Ramón* — Sí, pero un día más...

*Gaspar* — (con desesperación) Un día... un día!  
¿no sabe usted que en una hora sola  
sucumbe el corazón á su agonía?  
¿no sabe usted que el desengaño inmoia?

*Ramón* — Diab!o! ¿qué tiene usted?

*Gaspar* — (cambio brusco) Qué tengo? nada...  
mi ciencia es caridad: cada segundo  
me llama al pié de un lecho desalada,  
¡porque hay tantos dolores en el mundo!...  
y yo ansío volar, y á un tiempo mismo  
llevar la salvación y el pensamiento...

## ESCENA II

GASPAR — RAMÓN — MAURICIO

*Mauricio* — *(ha entrado por el fondo y escuchado las últimas palabras del médico)*

¿Habla así por ventura el egoísmo,  
noble Gaspar, con tan sentido acento?

*Ramón* — Ahí verás... y sabes? ni á mañana  
espera para irse.

*Mauricio* — *(sorprendido)* Dices...

*Ramón* — Digo  
que se marcha esta noche... es mucha gana!

*Mauricio* — Esta noche!

*Ramón* — Lo dudas? ven conmigo.

*Mauricio* — Tan pronto! *(con dolor)*

*Ramón* — Ya tu Bruno endemoniado  
tiene listo el caballo: ven á verlo.

*Gaspar* — No será sin haberla rescatado.  
no tema usted.

*Mauricio* — Gaspar, ¿puedo creerlo?

*Gaspar* — Sí, me marchó esta noche: decidido  
estoy á ello: la razón me impone...  
más antes de partir habré cumplido...  
respondo á usted...

*Mauricio* — Que así nos abandone!

*Gaspar* — Es necesario... aproximarse miro  
el instante del triunfo... se desata  
en mí la tempestad, y este retiro  
me rechaza de sí... porque me mata!

Yo haré que la ansiedad que la consume  
se impregne de esta atmósfera de calma;  
que en la luz, en el aire, en el perfume,  
descienda el sentimiento hasta su alma.

Pero nunca esta página sombría,  
abismo de pasión, leerán sus ojos...

*(con una frialdad llena de amargura)*  
que á su amado sin lágrimas sonría,  
llena de timidez y de sonrojos!...

*Mauricio* — Doctor...

*Gaspar* — *con calma*) Ahóra es la ocasión propicia:  
la luna melancólica parece  
suspirar al espacio, que acaricia  
con sus blancos destellos...

*Ramón* — *(mirando al cielo)* Aún crece.

*Gaspar* — Este jardín á la expansión convida:  
Irene aquí... la convulsión suprema  
alienta ya en su ser... aquí á la vida  
tornará y al amor... ¡tierno poema!

*(con amargura otra vez)*

*Ramón* — *(que ha estado un momento pensativo)*  
Hombre! amigo doctor, tengo una idea:  
ni sirvo para lástimas, ni me hallo  
á gusto, es la verdad... quien me lo crea  
no falta, y no está lejos mi caballo.  
¿Quiere usted que emprendamos la jornada  
los dos? en un momento se le ensilla.

*Gaspar* — Marcharse usted!

*Ramón* — Si Irene me anonada!

*Mauricio* — Tú también!

*Ramón* — Si es mi eterna pesadilla!

A continuar así, tal vez suceda  
que envejezca en un mes.

*Gaspar* — *(conmovido)* Es solo mío  
el deber de partir: usted se queda  
para hacerla feliz.

Ramón — (*con admiración*) Qué desvarío!  
feliz.

Gaspar — (No la ama!)

Ramón — Y mire usted, ya sale...  
(*indica un balcón donde ha aparecido Irene, y sobre el cual está inclinada, con su canastita de rosas en la mano y los ojos fijos en el punto en que se supone estar los rosales*)  
y luego vendrá aquí... y luego... amigo,  
yo me voy con usted... nada me vale,  
como la vea... tiemblo... y me atosigo.  
(*ráse por el fondo mirando repetidas veces al balcón*)

### ESCENA III

GASPAR — MAURICIO — IRENE (*en el balcón*)

(*Toda esta escena es á media voz*)

Gaspar — Figura virginal! su ser respira  
una tristeza lánguida que encanta,  
que inunda el alma... mi razón delira  
cuando ante mí su imágen se levanta.  
Mi amor, mi amor!... Por Dios, que no la vea  
feliz sin mí! déjeme usted que huya,  
que lleve lejos mi dolor, que sea  
consuelo del que sufre... Irene es suya...  
es suya para siempre!

Mauricio — Hasta mañana  
aguarde usted.

Gaspar — No puedo... estallaría  
mi pobre corazón: es sobrehumana  
una lucha tan cruel, y moriría.

Oh! lo sé: lo infinito del martirio  
hace terrible el peso de la vida,  
y en medio de las sombras del delirio  
la muerte es redención. *(sombrio)*

*Mauricio* — *(con arrebató)* Usted suicida!

*Gaspar* — Y yo quiero vivir: quiero mi ciencia  
trocar en religión; quiero ser grande...  
que el doliente me llame providencia,  
que consuelo y aliento me demande!  
Y siempre la amaré... de su recuerdo  
renacerá mi fé cuando vacile..  
déjeme usted partir! ya que la pierdo,  
que el bien al menos mi dolor asile!  
*(Irene toma algunas rosas, y las coloca en los  
cubellos)*

*Mauricio* — *(con profunda tristeza)*

Pues bien, sí... parta usted, no le detengo...  
¡cómo ha de ser! en las venturas mías  
nunca falta una sombra, y hoy 'que tengo...

*Gaspar* Irene en breve alejará...

*Irene* — ¡Qué frías!

*(se quita las rosas y las arroja al jardín; luego  
desaparece del balcón)*

## ESCENA IV

MAURICIO — GASPAR

*Gaspar* — Ya no las quiere: las flores  
no bastan á su ansiedad;  
las halla frías... ¡frialdad  
hermana de sus dolores!

*Mauricio* — Es que se cumple, Gaspar,  
el afán de usted.

*Gaspar* — Sublime  
expresión! Irene gime  
porque aún no puede amar.  
Lo presiente... estremecida  
como una virgen que avanza  
hacia el altar... Mi esperanza,  
mi gloria, mi Edén!... perdida!

*Mauricio* — Ah! basta! sufro... daría  
por ver á usted fuerte..

*Gaspar* — (*arrebataido de dolor*) Sí...  
mas la adoro, y la creí  
mía, para siempre mía...  
Y me la roban! sin calma  
me dejan, y sin consuelo!  
y me arrojan de mi cielo  
con el vacío en el alma!

*Mauricio* — Vamos. . .

*Gaspar* — (*reaccionando*) ¿Qué he dicho? ¿he mostrado  
debilidad? me avergüenzo...  
yo, la ciencia, yo, que venzo  
donde otros han escollado!  
Amigo Mauricio, ha sido  
que de mi angustia á merced,  
no pude... perdóne usted  
al hombre que le ha afligido.

*Mauricio* — Perdonar!

*Gaspar* — Le volverá  
el médico á Irene, llena  
de alegrías, y esta pena  
ella la resarcirá  
No lo dude usted: prometo  
ser de mármol... y llegar  
hasta el fin, sin revelar  
mi agonía y mi secreto

*Mauricio* — Podrá usted ?

*Gaspar* — Cuando se invoca  
el deber... ah! yo lo siento:  
¿cómo ha de faltarme aliento  
para salvar á la loca? (*con fingido desdén*)  
Pero... ni un instante más  
despues... mirarla sonriente  
para él, indiferente  
para mí... ¡eso, jamás!  
Allí el médico termina  
y enmudece la razón...  
¡que allí nace una ilusión  
y otra al cielo se encamina!

*Mauricio* — Harto lo inmenso comprendo,  
Gaspar, de su sacrificio,  
para que quiera el suplicio  
agregar...

*Gaspar* — Suplicio horrendo!  
Basta que luche, que asista  
al despertar de su amor,  
que la mire en derredor  
buscarle... y que lo resista!  
Basta que ante ella respire  
el fuego del sentimiento,  
y que al éco de mi acento  
su labio por él suspire.  
Basta, sí: ¡cuánta amargura  
habré entonces apurado!  
¡voy á ser tan desgraciado  
cuando estalle su ternura!

## ESCENA V

MAURICIO—GASPAR—ADELA

*Adela — (por el fondo)*

Me ha dicho Ramón...

*Gaspar —* Que yo  
me marchó? es cierto, señora:  
la noche está encantadora,  
y un viaje así...*Adela —* Eso nó,  
no piense usted engañarme.*Gaspar —* ¿Ha olvidado usted que existe  
mi amor?...*Adela —* Es verdad! ¡qué triste!*Gaspar —* Y que ella no puede amarme?*Adela —* Ay! sobrado desconsuelo  
me causa: usted ha traído  
la paz á esta casa, ha sido  
amparo de nuestro duelo;  
¡y no poderle volver  
tanto bien, y desolado  
verle huir de nuestro lado  
sin sus ensueños de ayer!*Gaspar —* Dios lo ha querido: condena  
mi vida á la soledad:  
sin ella...*Adela —* Su voluntad  
siempre es justa y siempre es buena.  
Quién sabe qué premio tiene  
reservado á usted!



*Mauricio* — La gloria  
le aguarda, y en su memoria  
borrará tal vez...

*Gaspar* — A Irene!  
imposible!

*Adela* — Y luego el santo  
placer del bien que destella...  
¡Gaspar! qué misión tan bella  
es la de enjugar el llanto!

*Gaspar* — Hé ahí mi afán.

*Adela* — Oh! sí,  
parta usted: crüel sería  
que la luz del nuevo día  
le encontrara á usted aquí.  
Los celos matan, Gaspar,  
desgarran el corazón,  
y ella puede en su pasión...  
nó, nó!... yo quiero evitar!...

*(Irene aparece en la escalinata: permanece un instante inmóvil, y avanza después con lentitud hácia ellos).*

*Gaspar* — Irene! *(la descubre)*

*Mauricio* — Ya llega.

*Adela* — *(á Gaspar)* ¿Quién  
pudiera á su desvarío  
arrebatarla, Dios mío,  
para usted, feliz también?

## ESCENA VI

MAURICIO—GASPAR—ADELA—IRENE

*Irene* — Yo no sé porqué mis rosas  
están ahora tan yertas...  
todas me parecen muertas,  
todas... y eran tan hermosas!  
No ha mucho sobre mi frente  
las puse... y me helaron... es  
muy extraño, mucho... ¿vés?  
(*aproxima una rosa á la frente de Gaspar*)  
como nieve se las siente.

*Gaspar* — Ya no las quieres?

*Irene* — Me es dado  
acaso?... pero ese frío  
que exhalan... y cuando ansío  
calor!... mi cuerpo está helado.

*Adela* — Irene mía, tu amigo  
hará cesar las angustias  
que sufres.

*Irene* — Quizá estén mustias  
porque han vivido conmigo.  
Las otras... voy al rosal  
á verlas... tengo la luna...  
allá duermen en su cuna...  
junto á mí... yo soy glacial!  
Yo... jamás me hallo tranquila  
una ansiedad de llorar  
me domina... sin cesar...  
mi espíritu se aniquila.

*Gaspar* — Y no te calmas?

*Irene* — Me afano,  
y mi ansiedad siempre crece...  
le busco... y se desvanece...  
y mi voz le llama en vano.

*Adela* — Buscas? llamas?

*Irene* — Ni siquiera  
comprendo... es algo muy vago...  
que me arrastra con su halago  
hacia sí... y no me espera!

*Gaspar* — Es la demencia que espira...  
(*bajo á Mauricio*)

*Mauricio* — Doctor, ¿cómo agradecer?

*Irene* — (*á Gaspar, retirándose algunos pasos*)  
Ven... que no vaya á saber  
Adela... acércate... mira.  
(*levanta la fax aproximándola á él*)  
Hay una lágrima aquí...  
una lágrima que acaba  
de desbordarse... me ahogaba...

*Gaspar* — ¿Y te ha consolado?

*Irene* — Sí.  
Mas aún siento opresión,  
oh! mucha!... y desasosiego...  
y frío, que aumenta el fuego  
que tengo en mi corazón.

*Gaspar* — Fuego!... para él! (*con amargura y para sí*)

*Mauricio* — (*que le ha escuchado*) Gaspar,  
recuerde usted...

*Irene* — (*á Gaspar*). Voy á verlas:  
yo vivo para quererlas...  
yo sé sus penas calmar.  
Y ellas también .. si no han muerto...  
si duermen las pobrecillas...  
caminaré de puntillas,

y verás... no las despierto...  
Nó: ni un eco, ni un murmullo  
se alzaré bajo mi pié...

*Gaspar* — Y qué harás?

*Irene* — Aspiraré  
su perfume, que es arrullo...  
Hace olvidar... ¡el olvido!  
(*se vuelve hacia Adela*)  
tú las quieres... todavía  
no saben... hermana mía,  
yo se lo diré al oído.  
(*váase por la derecha*)

## ESCENA VII

MAURICIO — GASPAR — ADELA

*Gaspar* — (*mirándola alejarse.*)  
Oh! que cueste lo que cueste!...  
es necesario que él la ame  
de rodillas... y que clame  
por aquel amor celeste!  
¡Cuánta ternura refleja  
esa frente inmaculada!...

*Mauricio* — Ramón!... será desgraciada.  
doctor: ya ve usted, se aleja...

*Gaspar* — Que la adore... ¡si es tan bella  
y tan dulce! que delire  
de pasión... que no respire  
por Dios, sinó para ella!

*Mauricio* — Mucho temo que Ramón...

*Adela* — Tal vez...

*Gaspar*                    La amaré, señora,  
                              porque atrae, porque enamora,  
                              porque llena la creación.  
                              La amaré, porque á su lado  
                              hay un cielo de ventura,  
                              porque es niña, porque es pura  
                              y el dolor la ha desgarrado!

*Mauricio* — Sin embargo, ese aturdido...  
                              no tengo fé en él: es bueno  
                              en el fondo, mas... me lleno  
                              de inquietud.

*Adela* —                                ¡Y le ha querido!

*Gaspar* — Hasta la locura! (*con acento reconcentrado*)

*Adela* —                                Pero...  
                              puede cambiar.

*Gaspar* —                                El amor  
                              es poderoso.

*Adela* —                                Doctor,  
                              yo creo en él...

*Gaspar* —                                Y?...

*Adela* —                                Y espero.  
                              Es aturdido, no tiene  
                              las fuerzas del heroísmo,  
                              pero ser bueno es lo mismo  
                              para la dicha de Irene.

*Mauricio* — Hágalo Dios!

*Gaspar* —                                Lo repito:  
                              la amaré, puesta de hinojos,  
                              cuando un rayo de sus ojos  
                              le revele el infinito;  
                              cuando su voz, impregnada  
                              de dulzura y de cariño,  
                              con el lenguaje del niño  
                              le demande una mirada.

Lo sé: de mi marcha en pos  
feliz á mi Irene dejo,  
feliz... ah! ya no me quejo  
de la voluntad de Dios.

## ESCENA VIII

MAURICIO—GASPAR—ADELA—RAMÓN

*Ramón — (por el fondo: se ha detenido un momento examinando la escena, y al no encontrar allí á Irene, ha avanzado resueltamente.)*

Listos!... y el señor don Bruno  
no quería... ¡vaya un conde!  
si bajo la piel esconde  
una humareda ese tuno!  
Con que mi caballo estaba  
lejos, y con repetir  
que no me había de ir,  
y qué sé yó! me cargaba.  
Hasta que tuve yo mismo  
que ensillar; y qué remedio!  
con aquel tonto no hay medio  
sinó romperle el bautismo.

*Adela — Hablemos serios, Ramón:*  
Irene te ama.

*Ramón —* Qué dices?

*Mauricio —* La verdad: no martirices  
más su pobre corazón.

*Ramón —* Hombre!

*Mauricio —* ¿La quieres tomar *(con gravedad)*  
por esposa?

- Ramón* — Es inaudito!...  
es para poner el grito...  
vamos, hable usted, Gaspar.
- Gaspar* — Yó... yo sin vacilación  
le entregaría mi vida...
- Ramón* — Aquella mala partida!...  
casi tiene usted razón.
- Gaspar* — ¿Quién, como usted, adorado  
con un amor delirante,  
con sus ternezas de amante  
no borra el dolor pasado?  
Ramón, ella ha enloquecido  
por usted...
- Ramón* — (*pensativo*) Sí... lo confieso...  
no pensé.
- Gaspar* — Y bien?
- Mauricio* — No es eso  
bastante? ¿estás pervertido?
- Ramón* — Si me acuso! si me llega  
al alma!
- Adela* — De tí depende  
reparar... á ella tiende  
los brazos.
- Gaspar* — Y quién se niega?
- Ramón* — No, nó... doctor... nó, mil veces,  
la amaré.
- Mauricio* — Ahóra sí  
te admiro...
- Ramón* — Si alcanzo así  
á devolverla con creces...
- Gaspar* — Es un dulce sacrificio  
que dá la felicidad...
- Ramón* — Los celos! calamidad  
de los que no tienen juicio  
Cómo creer que de aquella

tontería, resultara!...  
hice mal... pues se repara...  
prima, me caso con ella.

Adela — Tu nobleza no podía  
menos...

Gaspar — (*con admiración*) Corazón de oro!

Ramón — Lo que sí, ya saben... lloro  
cada vez que desvaría,  
Hombre! y aquella figura  
blanca? (*fijándose en la derecha*)

Adela — Es Irene, que deja  
los rosales...

Ramón — (*inquieto*) Ya me aqueja  
mi mal... pues es cosa dura!  
Y esa culpa que además  
me destroza... no hay valor...  
yo pagaré con amor,  
¡pero no me exijan más!  
(*ráse conmovido por el fondo*)

## ESCENA IX

MAURICIO — GASPAR — ADELA

Mauricio — (*mirando a la derecha*)  
Vuelve.

Gaspar — (*estremecido*) Sí.

Adela — (*a Gaspar*) ¿Sufrirá tanto  
como antes? ¿habrá lucha  
otra vez?

Gaspar — Y angustia... mucha...  
hasta deshacerse en llanto.



Adela — No sabría resistir. . .

vámonos. (*á Mauricio*)

Mauricio — Sí; yo también  
desmayaría. . .

Adela — Pues ven. . .  
mirarla así es morir.

Mauricio — Aguarda... (*interroga á Gaspar con la mirada*)

Gaspar — Nó, es mejor  
que á nadie á su lado encuentre. .  
para que no reconcentre  
ese llanto salvador.  
Héla ahí. . . pronto la hora  
vá á sonar. . . (*á Mauricio que le estrecha la mano*)  
yo seré fuerte. . .

Adela — Doctor... (*con tristeza*)

Gaspar — Silencio! (*bruscamente; les señala el  
fondo, y los dos esposos se alejan sin volver la  
cabeza*)

La muerte. . .  
la bendeciría ahora!  
(*alza los ojos al cielo con desesperación*)

## ESCENA X

GASPAR — IRENE

Irene — (*viene con la frente baja, mirando tristemente su  
canastita de rosas*)

Muertas todas. . . heladas  
como mi sién! . . . su arrullo me abandona. .  
sus hojas perfumadas  
no más serán mi pálida corona.

*Gaspar* — (*dominando su emoción*)

Aún queda el amor, que paso á paso  
viene á inundar tu espíritu doliente.

*Irene* — ¿Y volverán acaso

á revivir y á acariciar mi frente?

*Gaspar* — Sí, la luz y la vida

llegan con el amor: blanca aurëola  
de los hijos del bien, donde él anida  
yergue la flor soberbia su corola.

Torna de tu desmayo,

Irene mía, que el hogar te espera:

pide al amor un rayo

para que alumbre tu existencia entera.

*Irene* — (*inmóvil y sin alzar los ojos*)

Algo... un extraño gozo

me agita con tu voz... otra vez dime...

que acá en mi corazón tengo un sollozo

y una fuerza invisible lo reprime.

*Gaspar* — Mira, voy á explicarte

lo que se siente: el cielo se colora,

sonríe la creación: todo comparte

de nuestro ser la aurora.

*Irene* — Qué bello! (*como en sueños*).

*Gaspar* — (*temblando*) Se adivina

la dicha de los ángeles, se sueña

con una cuna...

*Irene* — Así!

*Gaspar* — Donde ilumina

una mujer su faz... su faz risueña!

*Irene* — Así! (*junta las manos: su canastita se le escapa*)

*Gaspar* — El aire en torno se perfuma,

ondas de luz deslumbran la mirada,

y el pensamiento abruma

la imágen del Edén medio velada;

la imágen del hogar! allí el anhelo

de infinito se calma:  
la lágrima es consuelo  
allí, porque no hay sombras en el alma.

*Irene* — Así! (con un estremecimiento convulsivo que se renueva á cada palabra de Gaspar)

*Gaspar* — Los brazos al azar tendidos,  
se busca en torno con afán creciente  
una forma velada á los sentidos,  
bella como ilusión de adolescente.  
(con vehemencia y dolor)  
Y si los brazos caen sin estrecharla...  
y el desierto se mira  
donde la mente se elevó á encontrarla,  
Irene, entonces... de dolor se espira!

*Irene* — (con agitación extrema)

Es cierto... sí... se muere...  
de soledad... y de dolor... la nada!  
que no crea... ni espere...  
que enloquezca de angustia... ¡desgraciada!  
No le digas... á ella (*delirio*)  
dió el corazón... y á mí... le amo... le adoro...  
he besado la huella  
de su pié... no le digas... te lo imploro!

*Gaspar* — Oh! piedad para mí!

*Irene* —

Su amor! desvía

de Irene el corazón... y es mi esperanza!  
soy niña... sola... madre! madre mía!  
no tengo madre! y mi agonía avanza!

(se aproxima á Gaspar)

Escucha; yo le amaba... como un sueño...  
porque él nunca me dijo... ni á mi lado  
se estremeció... buscaba con empeño  
mis ojos, nada más... nunca me ha amado!  
Nunca!... palabra horrible  
que el corazón me arranca...

Ah! porqué me engañó?... ¡porqué insensible  
no tuvo compasión?... la rosa blanca!

*Gaspar* — Vacilo... calla!

*Irene* —                      Aquella flor... emblema  
de pasión... de pureza... de ternura...  
aún mis labios quema  
el beso que le dí... lo amargo dura...  
Observa ese salón... hay muchas luces...  
*(se aproxima aún más á Gaspar, y vuelve á exal-*  
*tarse su delirio)*  
muchas galas... y flores...  
y espejos... ¿Me conduces  
al altar?... ¿te conmueven mis dolores?  
¿Amparas á la huérfana, que anhela  
ser tuya... solo tuya, eternamente?  
ya no quieres á Adela,  
no es verdad? Infeliz!... ella presiente...  
Me rechazas... me alejas...  
ven... te ruego... soy tuya... y mudo... y frío...  
corres á ella... y ries... y me dejas...  
y me matas... Mauricio! amor... bien mío!  
*(con un grito del alma: echa los brazos al cuello*  
*de Gaspar y estalla en sollozos.)*

*Gaspar* — Mauricio! él! *(óyese el ruido de uno de los bales que se cierra con estrépito.)*

Le amabas! oh! me espanta...  
me estremece... le amabas!... tu locura  
estalló aquella noche... aquella... ¡cuánta  
desolación!... te robo tu ventura!  
te vuelvo á la razón... soy un infame...  
despierto tus recuerdos... y te quito  
el olvido que Dios...

*Irene* — *(más calmada, pero delirando aún)*

No huyas... dame  
tu mano... es mía... *(se la toma)*

Gaspar —

Dios! Dios infinito!

*(Mauricio trasponc la puerta de hierro del fondo, y se detiene recatándose: su actitud revela una agitación suma, y ora observa ansiosamente los balcones y la puerta. Ó escucha estremecido lo que hablan Irene y Gaspar)*

## ESCENA XI

GASPAR—IRENE—MAURICIO *(en el fondo)*

Irene — *(siempre con los ojos bajos)*

Ella no te oye... dime que me adora  
tu corazón, que para Irene alienta...  
jamás una promesa seductora  
de tu labio escuché... y estoy sedienta...  
Sedienta de tu voz... celosa y triste,  
porque nada tu amor me ha revelado...  
sólo la rosa que á Ramón pediste  
me entregara en tu nombre...

Gaspar —

El desgraciado!

Irene — Escucha... hermana mía... ella te llama,  
véte de aquí... me sacrifico... y muero...  
eres suyo... perdón! suyo... te ama...  
yo no quiero que sufra... nó... no quiero!  
*(con angustia, oprimiendo la mano de Gaspar: de pronto le mira fijamente, le aparta de sí con espanto y retrocede algunos pasos)*  
No es él! no es él! ¿en dónde estoy? la noche...  
la soledad! ¿quién es usted?

Gaspar —

Oh! deja

que te pida perdón... que á tu reproche  
arranque la amargura de la queja...

*Irene* — Quién es usted?

*Gaspar* — Te salvo y te condeno...  
alumbro tu alma, Irene, y te arrebató  
al olvido, tu bien... á tu ángel bueno...  
soy tu verdugo! y de dolor me abato...  
y ante tí desfallezco, y humillando  
á tus plantas mi ciencia,  
perdón de mi delito te demando...  
¡perdón, porque he curado tu demencia!

*Irene* — Tengo miedo... estoy sola... nadie viene...  
este jardín...

*Gaspar* — Tu labio delirante  
me reveló el secreto ¡pobre Irene!  
¿por qué no ahogué tu corazón de amante?

*Irene* — (*yendo hacia él rápidamente*)  
Mauricio... ¿sabe usted? ¿y dónde... dónde?  
¿dónde está?... una vez mirarle anhelo...  
¡sería tan feliz!... y no responde!...  
es mío... quiero verle... si es mi cielo!...

*Gaspar* — (*con acento sombrío*)

Tu amor es imposible!

*Irene* — No sea usted cruel... sólo un segundo...  
un segundo no más... silencio horrible!  
y calla aún!

*Gaspar* — Tu amor no es de este mundo!

*Irene* — Ha muerto!... ah! (*lanza un grito de agonía,  
tiende los brazos, y pierde el sentido: Gaspar la  
recibe en los suyos, y al mismo tiempo Mauricio  
corre á su lado*)

*Mauricio* — Desventurada!

*Gaspar* — Acaso...

*Mauricio* — Yo estaba allí... (*le designa el balcón*)

Yo solo: lo sé todo...  
cuánta desgracia!

*Gaspar* — Aquí. (*coloca á Irene en uno de los bancos y se queda contemplándola con ansiedad*)  
Dónde mi paso  
guiaré para olvidar?

*Mauricio* — (*agitado*) Y de qué modo?...  
cómo evitar?... los celos... esos celos  
que amargan la existencia!... yo creía  
que en mi casita aislada... mis desvelos  
la llenaron de paz... y está sombría!  
(*se inclina hácia Irene*)  
Y es mi niña, mi niña idolatrada,  
la que vá á herir á mi infeliz esposa!  
pobre Adela!... Gaspar, su alma enlutada  
gemirá silenciosa.

*Gaspar* — Lo sé... pero quién sabe!

*Mauricio* — (*con espanto*) Ese desmayo  
la muerte puede ser?

*Gaspar* — La muerte! bella  
y sublime esperanza! mata el rayo...  
¿por qué el dolor no ha de matarla á ella?  
(*la observan los dos, teniendo cada uno una mano de Irene entre las suyas*)

## ESCENA XII

GASPAR—MAURICIO—IRENE—RAMÓN

*Ramón* — (*habla dentro*)

Espera... voy á ver. (*asoma por la puerta de hierro y mira á la escena*)

Adela, corre...  
se vá á morir! (*avanza consternado*)  
Señor, quién lo creyera!...

*Adela* — (*dentro*

Cielo santo!

*Ramón* — No temas... la socorre

Gaspar.

*Adela* — (*que viene desalada por el fondo*)

Dios mío! inmóvil!

*Ramón* — (*dirigiéndole á Gaspar*) Como él quiera...

### ESCENA XIII

GASPAR—MAURICIO—IRENE—RAMÓN—ADELA

*Adela* — (*se ha sentado en el banco y tiene la cabeza de Irene sobre sus rodillas*).

No!... vive aún... su corazón palpita...

y ya no está demente, (*á Gaspar*)

no es verdad? ya conoce... pobrecita!

yo borraré las nubes de su frente.

*Gaspar* — (Y yó!)

*Adela* — (*sonriendo*) Ven, mírala... de su locura

nada queda... mañana, ya mañana

renacerá la paz.

*Mauricio* — (*con un esfuerzo*) Oh, sí!

*Adela* — (*contemplándola con delicia*) Tan pura!

tan niña!

*Mauricio* — (Pobre Adela!)

*Adela* — Estoy ufana...

voy á mirar tus labios sonrientes.

voy á verte feliz... á oír gozosa

tus secretos de amor.

*Gaspar* — (*dolorosamente*) (De amor!)



*Adela* — (*á Mauricio, tomando su mano y colocándola sobre el corazón de Irene*)                    ¿Lo sientes?

late, se anima... ese matiz de rosa...

Ah! pero olvido... aquí, al lado mío,

hay un dolor inmenso...

y al contemplarla salva, desvarío,

y sólo en ella pienso.

Por eso todos tristes, con los ojos (*examinándolos*)  
en tierra, conmovidos...

lo comprendo.

*Ramón* —                    Yo triste! son antojos  
que te vienen.

*Adela* — (*á Mauricio*) No escuchas los latidos?

Se aproxima el momento

en que alzaré radiante su cabeza;

ay! ¿por qué en mi contento

ha de haber esta sombra de tristeza?

*Mauricio* — Sombra! es verdad.

*Gaspar* —                    Señora, es necesario...  
me someto... y me alejo.

*Mauricio* — (*bajo y con acedo de súplica*) Todavía  
no he llegado á la cima del Calvario...  
una hora no más...

*Gaspar* — (*bajo, con desesperación*) Me mataría!...

*Adela* — (*que continúa contemplando á Irene*)

Se ha estremecido toda... ha suspirado...  
y su seno se agita...

me ahoga la alegría... ¡ha recobrado  
la vida y la razón' *con inmenso júbilo*)

Oh! gracias!

*Irene* — (*se incorpora y la aparta suavemente*) Quita!

*Ramón* — Al fin! (*Mauricio y Gaspar retroceden: Adela la tiende los brazos*)

*Adela* —                    Me reconoces? soy Adela,  
tu hermana, que te adora... que ha gemido

tanto tiempo sin ti!... ven y consuela  
mi dolor... y lo olvido.

*Irene — (se pone rápidamente de pie en medio de la conmoción general, y luego habla con estruendo, dirigiéndose ya al uno ya al otro)*

Dicen que ha muerto... que esperar no puedo...

*(á Gaspar)*

que mis flores se han ido... voy sedienta

*(á Adela)*

de perfume, de amor... ¡Cómo me quedo

si ha llevado mis rosas la tormenta! *(se aleja con tristeza por el fondo, entonando su cantar favorito)*

De novia llevo el velo

sobre la frente,

y lloro sin consuelo

mi amor ausente.

*Mauricio — (Oh, providencia!)*

*Adela — Irene de mi vida!*

*Ramón — Ese canto...*

*Gaspar — Esa voz... esa mirada...*

*Mauricio — Loca!*

*Gaspar — Sí, para siempre! (con voz ahogada)*

*Adela — Está perdida!*

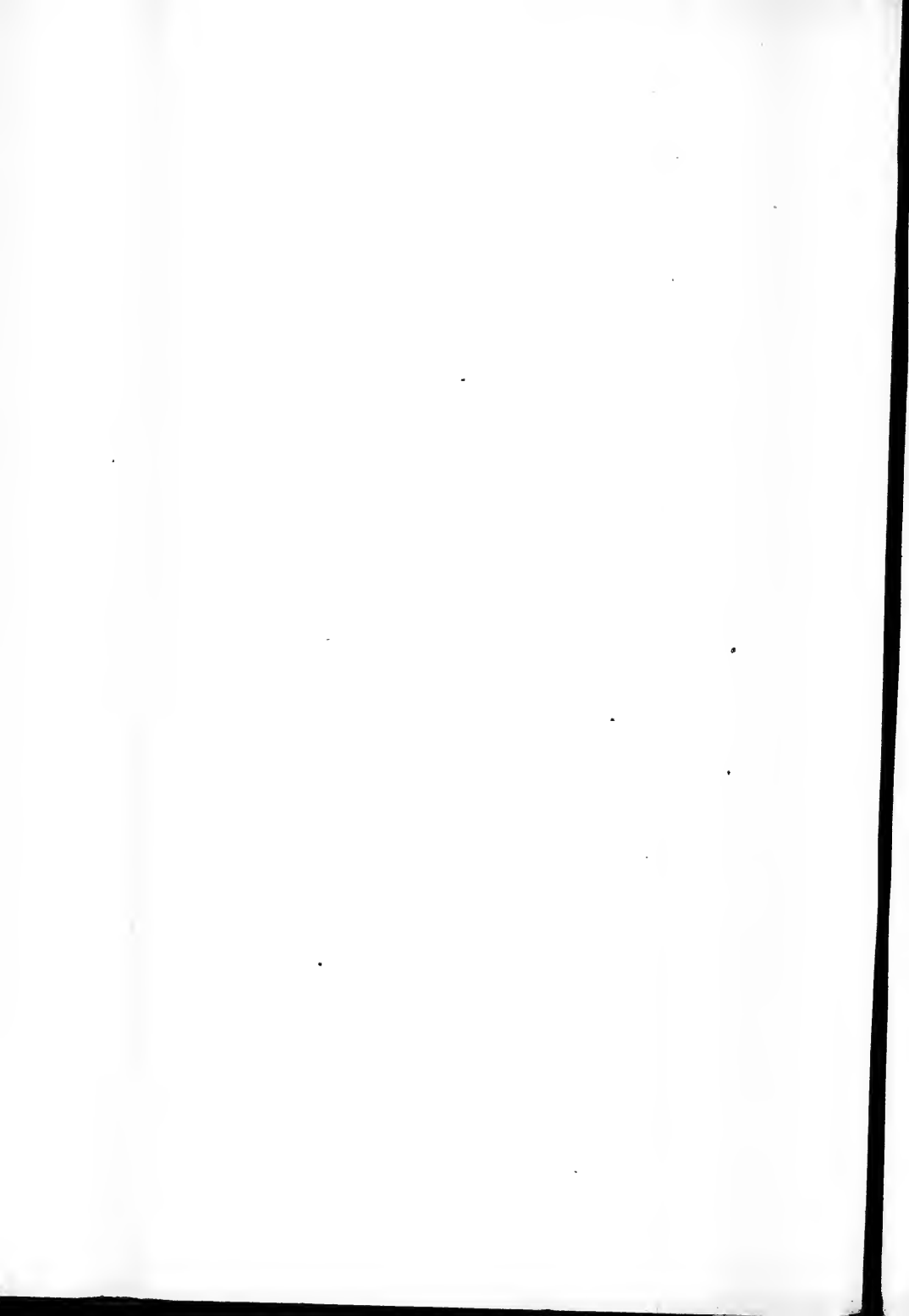
*(se arroja con desesperación en brazos de su esposo)*

*Gaspar — (tendiendo los brazos hacia Irene)*

Mi amor, mi único amor... estás salvada!

Junio 27 de 1874.

FIN DEL TERCERO Y ÚLTIMO ACTO



## NOTAS

UNA HISTORIA. — Pág. 5 — Estos versos fueron escritos para una conferencia que dió el 24 de Septiembre de 1870, en la ciudad de Mercedes, la sociedad "Porvenir Literario", de que el autor formaba parte. La fiesta era á beneficio de la obra de un hospital.

LOS HÉROES DE LA CARIDAD. — Pág. 21 — Se refiere esta composición á la valiente "Comisión Popular" que se fundó en Buenos Aires en 1871, para combatir la epidemia de fiebre amarilla que asolaba entonces la ciudad. Formaban parte de ella los más distinguidos miembros de nuestra sociedad, tanto nacionales como extranjeros.

MANUEL G. ARGERICH. — Pág. 26 — Un gran corazón y un gran carácter. Su cariñosa amistad, que guió al autor de este libro al dar sus primeros pasos en la vida, es uno de los recuerdos que conserva con más veneración en su memoria. Cayó, en lucha con la epidemia, el 25 de Mayo de 1871. Era miembro de la "Comisión Popular", á cuya obra de abnegación y caridad consagró hasta los últimos momentos de su existencia.

FLORENCIO B. DEL MÁRMOL. — Pág. 106 — Amigo y compañero del autor. Falleció en 1881, en plena juventud. Era un espíritu de otros tiempos, inflamado siempre por anhelos de justicia, que lo lanzaban con irresistible empuje á la defensa de todas las causas que consideraba amparadas por el derecho. Vendió su biblioteca americana, valiosa colección de libros reunida á costa de muchos sacrificios, para irse á luchar por la independencia de Cuba. No pudo realizar este propósito; pero años después, en 1879, se enroló como voluntario en las filas del ejército de Bolivia, en lucha entonces con Chile, y tomó parte en la campaña hasta caer postrado por una fiebre maligna, que acaso fué la causa de su muerte.

LA CAUTIVA — Pág. 114 — Esta composición fué escrita con motivo de la repatriación de los restos del General San Martín.

FEDERICO GAMBOA. — Pág. 158 — Escritor mejicano, que permaneció algunos años en Buenos Aires, en su carácter de Secretario del Ministro Plenipotenciario de su país acreditado en el nuestro. Galano y valiente novelista, cuyas prendas de carácter lo ligaron bien pronto á todo el elemento ilustrado del país, en el cual ha dejado muchísimos amigos.



# ÍNDICE

	Página
Una historia .....	5
A orillas del río .....	13
Canto á Jesús.. ..	15
Léjos .....	18
Los héroes de la caridad .....	21
La tarde .....	24
Sobre la tumba de Manuel G. Argerich.. ..	26
Tula .....	28
Adios al Edén .....	30
A la luna.. ..	34
Oración.. ..	36
Sueño de amor .....	37
Sin nombre .....	38
Así! .....	40
Madre! .....	41
Las gaviotas .....	43
La niña se vá .....	44
El éco .....	46
Bajo los sauces .....	47
La Biblia .....	49
Promesa .....	52
En el salón.. ..	53
Angela .....	55
En el cementerio .....	69
A la sombra del laurel .....	71
La azucena .....	74
El nido.. ..	76
A una niña .....	78

	Página
Nube blanca .....	80
Vén, primavera! .....	82
La cinta roja .....	84
La ola .....	87
Revelación .....	88
La leyenda de las madres .....	90
Carapachay .....	99
Desolación .....	101
Las enredaderas .....	104
En la muerte de Florencio del Mármol .....	106
La novia .....	108
Flor silvestre .....	111
El lazo azul .....	112
La cautiva .....	114
Visión de ensueño .....	118
Amor de poeta .....	120
Niña mimada .....	123
El cantar de los cantares .....	125
En la estancia .....	132
Renacimiento .....	136
Los ojos negros .....	138
Las golondrinas .....	142
Soledad .....	143
Alma! .....	146
Siempre viva .....	150
Gervasio Mendez .....	154
Claro-oscuro .....	155
Invierno .....	157
En el álbum de Federico Gamboa .....	158
Los poetas .....	160
El voto, fragmentos de un poema .....	165
La rosa blanca .....	183
Notas .....	271

